

Colección Invierno Gélido



Minerva Gallofré

Legendas
de Onhuria

1 Los Cinco Elementales

Título de la serie: Leyendas de Onhyria
Título: 1. Los Cinco Elementales
2016, Minerva Gallofré
Ilustración de portada: Natalia González Martín
1ª edición
ISBN: 978-84-945549-0-2
Depósito legal: M-15059-2016
Editorial Tres Inviernos
Contacto: leyendasdeonhyria@gmail.com
Todos los derechos reservados



9 788494 554902

Para Dani, el juglar de mis sonrisas.

Para Karol Kay, porque viaja entre los mundos.

Y para Óscar y Sara, por el paté de moscas y por todas las manzanas.

Escucha la banda sonora de esta novela entrando en:

www.editorialtresinviernos.com

El juramento

Si a algún habitante de Onhyria le preguntaras acerca de los dioses, te diría que éstos viven su propia vida, alejados del resto de los mortales, los *efimeros*, como ellos suelen llamarlos. Nada más lejos de la realidad. Lo que sucede es que los dioses saben caminar sin hacer apenas ruido y saben hablar en susurros inaudibles, pues llevan cientos de eras practicándolo. Pero, a decir verdad, suelen campar a sus anchas por el mundo terrenal, sobre todo de noche, no sea que alguien se asuste al toparse con ellos. Y la noche en que comienza nuestra historia es precisamente una de ellas. Una noche más oscura de lo normal. Una noche de cielos nubosos y misterioso novilunio. Y durante esa noche fría que invitaba al recogimiento, los bosques estaban en silencio, y sólo cinco siluetas osaban romperlo haciendo crujir la hojarasca escarchada bajo sus pies descalzos.

A la cabeza caminaba, confiado, el que parecía más veterano que ninguno. Era un ser feérico, un duende tal vez, tenía el rostro surcado de arrugas y arrastraba una larga barba roja y cana por el suelo, aunque eso poco parecía importunarle, pues iba demasiado pendiente de lo que hacían sus compañeros y se diría que conocía mejor que nadie aquellos rincones.

Le seguía un hombre con la piel del color del café. Sobre su pecho desnudo brillaba una placa rectangular de plata en la que podía leerse XIII. Llevaba el cabello trenzado, y clavaba con paso firme sus pies sobre la tierra mientras un joven, que parecía ir a desmayarse de un momento a otro, se apoyaba torpemente en él.

La otra pareja la formaban un caballero encapuchado, vestido de blanco radiante, muy alto y con la cabeza oculta bajo un yelmo plateado que reflejaba, como un espejo, todo cuanto sucedía a su alrededor. Cada vez que avanzaba un paso, sonaba de forma vaga y apenas audible un liviano

tintineo, como de diminutos cristales entrechocando entre sí. Como quien carga con un fardo que pesa poco, éste llevaba sobre sus hombros a una doncella de pelo negro que viajaba completamente dormida y, a ratos, se detenía para cubrirla con una manta raída cuando ésta se le caía al engancharse en las ramas de los enebros del camino.

Aquellos extraños caminantes nocturnos se aproximaron a un tejo, tan anciano que ni siquiera todos ellos unidos por las manos habrían sido capaces de rodearlo. Excepto los dos jóvenes, que parecían aletargados, el resto reconoció el lugar como si ya hubiera estado en él en tantas otras ocasiones. Entonces, el duende de la barba larga tocó el tronco con los dedos, suavemente, como si estuviera quitándole el polvo de encima, y de uno de los nudos incrustados en aquella madera vetusta y venenosa surgió un haz de luz que alumbró todo el bosque durante un instante, envolviendo a la misteriosa comitiva. Instantes después, los cinco se encontraban en el interior del árbol.

Una magia desconocida y sólo digna de dioses podría convertir aquel tejo centenario en un hogar. Pero no en uno cualquier, sino en un hogar de éstos que abrazan, de planta circular y no demasiado grande, ni demasiado cómodo, bastante austero, a decir verdad. Lo invadía un dulzón olor amaderado, haciendo que el mero hecho de permanecer allí ya fuera de por sí delicioso. En una de las paredes había incluso una ventana que permitía mirar hacia afuera, aunque en aquellos momentos la oscuridad era todo cuanto se podía ver. Y debajo de esa ventana residía un viejo escritorio fabricado con un vasto tronco de roble, en donde poseía el lugar de honor una tetera redonda y roja, como una manzana, que siempre contenía alguna rica bebida caliente. En los días normales, allí era donde trabajaba incansablemente el duende de la barba larga, escribiendo con tinta divina y sobre papiro sagrado todos y cada uno de los días de la vida de los seres que habitaban Onhyria. En cambio, y pese a la magnificencia de su oficio, el desorden era el protagonista en aquel rincón. Los papiros y las plumas se amontonaban sobre el escritorio y también en los huecos de una estantería que ascendía hasta que la vista no alcanzaba más, pues el techo de aquel lugar parecía perderse en el infinito.

Por otro lado, un fuego cálido y naranja crepitaba en el centro de la estancia, con el atrayente bailoteo de los espíritus ígneos que devoraban uno

a uno los leños que les servían de pasto. Y junto a ellos, alimentando a las llamas, alguien cuidaba de todo mientras esperaba a los invitados de la noche.

–Gracias una vez más, Lora –le dijo el duende con una voz amable y pausada–, gracias por haber cuidado de mi guarida en mi ausencia. Eres la mejor guardiana que existe.

Lora Nenúfar sonrió con modestia ante sus elogios, sacudiendo con disimulo su frondosa melena naranja. Sus mejillas estaban sonrosadas, quizás por el calor o bien por el rubor. Además, tanto el duende como ella tenían rasgos feéricos que los asemejaban entre sí: la nariz afilada, los ojos rasgados, oscuros y chispeantes, y las orejas notablemente alargadas por la parte superior.

–¿Quieres que prepare algo más para la ceremonia, Thot? –le preguntó ella, escrutando a sus huéspedes mientras arqueaba una de sus cejas. El duende se quedó pensativo durante un instante.

–¿Nos quedan moras? –le preguntó. Lora asintió–. Tráelas entonces. Los recién llegados van a necesitarlas.

Lora giró sobre sí misma, sacudiendo con gracia dos enormes alas de libélula que le brotaban de la parte superior de la espalda, pues ella era, como se suele decir, un hada. Se notaba que en condiciones normales disfrutaba de la desnudez, propia de su raza, pero esa noche se había puesto una túnica de lana sin teñir para asistir con algo de decoro a aquella solemne reunión.

Por su parte Thot, el anfitrión y extravagante dueño de aquella casa, portaba una vestimenta no demasiado diferente de la de su leal guardiana, y se veía tan delgado que su cuerpo parecía estar hecho de madera seca. Además, ahora que se encontraba en un lugar con luz, se podía apreciar que entre los duros pelos de su barba había ensartados desde restos de ramas y hojas hasta huesos de frutas. Era evidente que no se preocupaba demasiado por su aspecto, el cual tan sólo cuidaba un poco más cuando debía salir de su guarida, y eso era algo que no sucedía casi nunca.

–Poneos cómodos, amigos míos –invitó a sus compañeros, que continuaban en pie aguardando alguna indicación–. Vamos Narmo, acuéstala junto al fuego. Todavía duerme.

Narmo, el caballero del yelmo plateado, depositó delicadamente a la joven de pelo negro sobre el suelo, que estaba cubierto de hojas secas. Una vez tumbada, la pálida piel de la doncella se tiñó del candor cálido de la lumbre. Entonces Narmo, mientras aquélla continuaba dormida, la cubrió de nuevo con la manta raída.

Mientras tanto Avernus, el hombre de tez oscura, tomando ejemplo de su camarada ayudó a sentarse al joven que se apoyaba sobre su hombro. Éste era rubio y lampiño y tenía los ojos entreabiertos. Se adivinaba que eran llamativamente claros, pero todavía se sentía incapaz de fijarlos en un punto que no fuera el fuego, como si no le resultara posible prestar atención a más cosas pues, aunque tenía la espalda erguida y estaba despierto, aún no había adquirido conciencia de sí mismo y del momento y el lugar en los que se hallaba.

A excepción de Avernus, nadie allí parecía tener la menor de las prisas. El clima era apacible y todos actuaban de forma natural, sin intención de acelerar el ritmo de los acontecimientos. Era obvio que ya otras veces habían celebrado algún encuentro como aquél. Así pues, Thot acudió a su escritorio. Levantó un papiro y se encontró una avellana descascarillada con grata sorpresa. Se la echó a la boca y continuó revolviendo más y más papiros mientras la masticaba, lamentando que estuviera un poco rancia. Lora Nenúfar solía sugerirle que ordenase mejor sus libros de vidas, aunque él siempre posponía esa labor con la excusa de estar terminando de escribir algún otro destino interesante.

—¿Dónde están? —remugaba—. ¿Dónde los habré puesto? Juraría que estaban aquí...

De pronto, el intenso aroma de los rituales penetró en las fosas nasales de todos los presentes. Avernus quemaba sobre el fuego hojas frescas de salvia, corteza de sándalo y granos de mirra. Lo hacía muy concentrado y con una minuciosidad que rozaba la perfección. Su rostro era elegante y varonil, aunque severo. Sus ojos tenían el tono de la miel y todo él poseía un aura dorada que recordaba al color de la arena que forma los desiertos.

—Lora, querida —la llamó Thot—, por casualidad, ¿no habrás visto los libros que tenía aquí esta mañana?

Lora depositó sobre una mesilla media calabaza seca que hacía de recipiente para las moras. Después miró a Thot y suspiró, resignada, pues el duende todos los días perdía algo.

—¿Los libros indestructibles? —murmuró ella. Era evidente que le avergonzaba lo que sus huéspedes pudieran opinar respecto al caos reinante en la humilde casa—. ¿Te refieres a los libros de vida de tus invitados?

—Ésos, querida —respondió Thot en voz alta sin ningún tipo de reparo—, los de Avernus y Narmo. Me pareció haberlos dejado justo aquí.

Mientras Lora y Thot continuaban con la ardua labor de hallar lo que fuera entre aquel montón interminable de papiros, Narmo tomó del centro de la estancia un cáliz de barro que la guardiana había preparado para la ceremonia. Lo puso entre sus manos y, acto seguido, éste se llenó de agua pura y fresca, agua virgen de la nieve de las montañas más altas de Onhyria, algo que ningún *efímero* jamás podría probar. Después acercó la copa a los labios del muchacho rubio y la inclinó para darle de beber. El chico no hizo un sólo gesto de resistencia, ni tampoco protestó. Entonces, y tras tomar aquella agua sagrada, su semblante pareció cobrar algo más de vida: abrió por completo sus ojos, de color verde esmeraldino, y los clavó en el yelmo plateado de su compañero, no obteniendo más que su propio reflejo. Pero Narmo, sencillamente, lo ignoró y se aproximó a la joven.

—Todavía duerme —añadió Avernus junto a ellos—, su sueño es espeso y largo.

—Tú dormías de una forma similar el día en que te despertamos —le respondió Narmo con un tono de voz impersonal y lejano. Todo él emanaba frío y sosiego. Era tan gélido que llevaba el rostro cubierto para no mostrar sus emociones, si es que las tenía. Por el contrario, cualquiera que lo mirase se encontraría de bruces con su propia imagen.

A continuación, Narmo empapó con sutileza los labios de aquella joven con un poco del agua pura del cáliz. La doncella hizo un gesto vago con la cara, aunque seguía teniendo los ojos cerrados. En cualquier caso, el ritmo de su respiración se transformó, denotando que se estaba alejando de la profundidad del sueño. Por ese motivo, Narmo volvió a acercarle el cáliz.

—¡Menos mal que los has encontrado, Lora! —exclamó Thot, haciendo que incluso el muchacho rubio se sobresaltara—. ¡Eres maravillosa!

Thot regresaba junto al fuego, transportando en sus flacuchos brazos varios papiros enrollados mientras Lora suspiraba resignada. Entonces el duende tomó asiento en el círculo que formaban sus cuatro invitados y extrajo una pluma y un tintero que guardaba debajo de su ancho cinturón, diferentes de los que tenía sobre su escritorio.

—¿Ya les habéis dado algo para que coman? —les preguntó a Narmo y a Avernus.

—Es pronto —contestó Narmo—, si lo hacemos ahora tan sólo conseguiremos que vomiten.

—Sí, es cierto: tienes razón, Narmo. Al menos ya han bebido agua. ¿Y la savia? ¿Dónde la pusimos?

Avernus señaló una antigua vasija que contenía la savia del Árbol del Mundo. Por otro lado, el cuerpo de la doncella continuaba tendido en el suelo, a la derecha de Thot. Éste se agachó un poco para observarla, le retiró el oscuro cabello de la cara con aire paternal y sonrió. Inesperadamente, la joven abrió los ojos: los tenía grandes, negros y llenos de miedo. Parecía ir a chillar de horror cuando, de pronto, Thot le colocó una mano en la mejilla. Ella se calmó de inmediato, aunque en su mirada reinaba la angustia.

—Tranquila —le susurró el duende—, somos tus hermanos y estás en casa.

Thot hizo un gesto a Narmo y aquél se acercó a la joven para darle más agua. Ésta la bebió sin oponerse, despacio. Después intentó incorporarse, pero todavía no era capaz. Así pues, se tambaleó y se cayó, volviendo a quedarse tumbada sobre el suelo.

—¿Verdad que estabas soñando con nosotros? —le preguntó Thot con un tono de voz delicado. Ella no le contestó de inmediato. Lo observaba como si todavía estuviera terminando de enfocar la mirada.

—Sí... —afirmó, sorprendiéndose de su propia voz. Entonces Thot le sonrió y tan sólo asintió con la cabeza. No se podía negar que aquel duende desordenado era verdaderamente entrañable a la vez que sabio. La joven le devolvió la sonrisa, tímida, aunque aún no comprendía nada de lo que sucedía a su alrededor.

Al otro lado del círculo, en frente de ella, el chico rubio parecía ya más despierto. Sus ojos claros, bajo unas pobladas cejas, tenían el contorno almendrado. Tenía los pómulos marcados, y su nariz y su mandíbula rectas daban a su cara cierta forma rectangular. Narmo, que se encontraba sentado

a su lado, le ofreció unas moras, pero el muchacho, tras mirarlas con curiosidad, vaciló.

–Cómelas, hijo –lo instó Thot–, es necesario. Eres un dios, así que si no comes algo de la tierra no podrás permanecer en ella.

Acto seguido el joven obedeció, mas no sin recelo. Así que cogió un puñado de moras para acercárselas a la boca, pero Narmo detuvo su mano.

–Sólo una –le advirtió–, todavía no sabes cómo te van a sentar.

Haciendo caso a su consejo, el chico cogió entre las yemas de sus dedos uno solo de aquellos frutos del bosque, manchándose la piel con el característico tizne morado que desprendían. Lo masticó despacio y con escepticismo, comprobando así que no era nocivo para él, y después se lo tragó.

–Bien –apreció Thot con un gesto de aprobación–, parece que estás terminando de encarnar.

–¿Encarnar? –preguntó el joven, hablando por primera vez desde que sus compañeros se habían encontrado con él. Su voz todavía sonaba débil y su tonalidad era como la de cualquier joven que acaba de cerrar la adolescencia.

–Eso es –le explicó el duende mientras desplegaba algunos papiros sobre sus rodillas–, aunque sigamos siendo dioses, si queremos habitar este mundo tenemos que asumir ciertas condiciones propias de los *efímeros*, también llamados mortales. Una de ellas consiste en dejar de ser etéreos como la luz para hacernos tangibles como la madera. Aprenderéis con el tiempo que esto tiene sus ventajas. Lora –se dirigió al hada guardiana–. ¿Nos quedan más semillas de ésas que recogimos cerca del arroyo?

Lora, desde el otro lado de la estancia, se giró a escucharle, agitando sus cabellos con cierta coquetería.

–¿Te refieres a las avellanas? –le contestó extrañada–. ¿Las quieres para la ceremonia?

–¡Oh, no, querida! –exclamó Thot, riéndose–. Las quiero para mí. ¿Podrías acercármelas, por favor?

El hada, desplazándose con un brioso batir de alas, llevó al círculo otra calabaza seca. Ésta iba colmada de avellanas que Thot y ella se habían encargado de descascarillar una a una durante una larga tarde lluviosa. Después el duende, muy agradecido, comenzó a comer. Las ofreció a los

demás, aunque ningún otro se sumó a aquel placer terrenal, especialmente Avernus, que lo observaba con una brizna de altanería. Era obvio que los dioses no necesitaban comer para sobrevivir, sin embargo Thot sentía una especial fascinación por experimentar las costumbres mundanas de los *efímeros*.

–Tú también deberías comer algo ya –le dijo a la doncella del cabello negro mientras terminaba de masticar–, ¿te sientes con fuerzas para permanecer sentada?

Ella asintió, en silencio. Con grandes dificultades logró sentarse con la espalda recta ante la mirada de todos mientras la manta raída se le caía una y otra vez, dejando su cuerpo al desnudo, aunque esto no parecía importarle a ninguno de los presentes, a quienes les resultaba totalmente indistinto. El único motivo por el que se echó la prenda por encima de los hombros fue que tiritaba de frío. En ese momento, Thot asió una de sus muñecas con suavidad, le acercó una mano a la hoguera del centro del círculo y, en seguida, la joven experimentó el alivio del calor, a pesar de que su piel seguía helada. Sus labios se izaron en una sonrisa inocente y, acto seguido, Narmo le ofreció una mora. La doncella, al igual que había hecho el muchacho rubio, se la comió sin rechistar. En cambio, su cuerpo no reaccionó con la misma conformidad: salivó e incluso le abordó una arcada, aunque al final consiguió tragarse aquel fruto salvaje.

–Agua... –suplicó, contrayendo la cara. Narmo le tendió el cáliz y la jovenapuró toda la que quedaba.

Mientras ocurría todo esto, el otro joven ya había adquirido un aspecto bastante saludable en comparación al que mostraba cuando llegaron allí. A simple vista, había ganado entereza y seguridad en sí mismo. Observaba a sus compañeros en silencio, pero en especial a aquella que era tan inexperta como él.

–Deberíamos comenzar ya, Thot –sugirió Avernus, impaciente–, ya se encuentran en condiciones para escuchar.

–Está bien, Avernus –asintió Thot–, entiendo que el tiempo es muy importante para ti.

Avernus, con gesto adusto, volvió a verter en el fuego algunos granos de mirra para aromatizar el lugar y ayudar a todos a sentirse más predispuestos para la ceremonia. Mientras lo hacía, la doncella perdía su

mirada soñolienta en la placa plateada que a éste le pendía del cuello, preguntándose para qué la llevaba. Pero aquel dios de tez oscura, mirándola con rectitud, le hizo apartar rápidamente sus ojos de allí. Cuando éste volvió a tomar asiento, Thot se aclaró la voz y comenzó la tan esperada reunión.

—Muy bien, amigos míos. Os doy las gracias por venir a mi humilde casa. El caso es que hoy por fin, tras varios miles de eras, los Cinco Elementales hemos conseguido congregarnos —explicó. Ante la expresión sorprendida de los dos jóvenes, Thot se dirigió en especial a ellos—. Hoy vosotros dos decidisteis venir a Onhyria. Hasta entonces habíais existido en un mundo mucho más sutil, rodeados de luz, estrellas y otros dioses. Vuestras almas no son menos antiguas que la mía, la de Avernus o la de Narmo. La diferencia es que nosotros llevamos mucho tiempo viviendo en éste: el otro lado.

Tras mencionar estos hechos, las miradas de los jóvenes parecieron dotarse repentinamente de una sabiduría ancestral y anciana. Durante un momento, no aparentaron ser dos muchachos inmaduros, sino dos sabios despertando de un largo sueño.

—Ya lo recuerdo... —apreció el joven—. Os recuerdo a todos, como si hubiera pasado todo este tiempo soñando con vosotros. Aunque no recordaba vuestros nombres...

—Claro que no —respondió Thot—, puesto que antes no los necesitábamos. En el mundo de los dioses no hace falta nombrar a nadie, sino sólo sentirle. Pero aquí, en la tierra de Onhyria, todo tiene un nombre. Y, ¿sabéis una cosa? A mí me agrada especialmente la sonoridad del mío. ¿Vosotros ya conocéis los vuestros, jóvenes?

La muchacha se encogió de hombros. Todavía no se encontraba del todo bien y le costaba trabajo seguir aquella conversación tan enrevesada. En aquel instante se esforzaba por comprender qué era un nombre cuando, de forma inesperada, le vino el suyo a la cabeza mediante una sensación mental, desconocida y extraña para ella.

—Arcana —pronunció con firmeza, sorprendiéndose a sí misma y a los demás. Entonces Thot la observó, entrecerrando los ojos. Las arrugas que bordeaban sus párpados formaban unos hoyuelos en su piel que realzaban lo afable de su aspecto—. No sé por qué puedo saberlo.

–No te preguntes por qué –le indicó Thot mientras escribía el nombre de la joven en un nuevo papiro–, mejor pregúntate para qué.

Arcana continuaba confusa. Notaba cierto picor en la garganta y deseaba más de aquella agua fresca y limpia. Así que Narmo, junto a ella, volvió a llenar el cáliz con su magia y se lo ofreció. La doncella, sin decir nada, lo cogió y bebió de nuevo.

–¿Y tú? –le preguntó Thot al chico–. ¿Cuál es el nombre que la Gran Madre ha guardado para ti en esta tierra?

–Bran –respondió él apenas acababa de preguntárselo. Thot lo apuntó rápidamente en otro papiro–. Pero, ¿cómo estás tan seguro de que ése es mi nombre?

–Tú mismo me lo has dicho –le respondió el duende, observando sus escritos–, si no lo sabes tú, ¿quién lo va a saber?

Bran no replicó. Ahora que él y Arcana ya tenían nombre parecía incluso que en ellos estuviera aflorando una personalidad de la que antes carecían. La rigidez no abandonaba el rostro de Avernus y en el yelmo plateado de Narmo no se podía adivinar un solo gesto, así que Bran buscó con sus ojos esmeraldinos los de Arcana con la intención de establecer con ella algún tipo de complicidad. Sin embargo, la joven todavía se sentía un poco abstraída.

–Lo que voy a deciros ahora es muy importante –añadió Thot–, pues nuestros nombres son sagrados y, por tanto, no pueden revelarse a nadie, sobre todo a los *efímeros*. Tan sólo nosotros o nuestros allegados, como Lora Nenúfar, que tiene firmado un pacto de lealtad conmigo, podemos llamarnos por nuestro verdadero nombre. Además, los Cinco Elementales tenemos un juramento de fidelidad para no revelarlos jamás a nadie.

Bran y Arcana se miraron, sorprendidos. Era obvio que tenían miedo de infringir aquel juramento por culpa de un descuido, pues era tan fácil utilizar el lenguaje verbal...

–Tranquilos, mis jóvenes amigos. Sé lo que estáis pensando. Y no, no se desvela el nombre de un Elemental por culpa de una conversación despreocupada. De hecho, la revelación es un acto consciente, que implica cierto esfuerzo y que, además, reporta unas consecuencias gravísimas a quien falta al juramento. No os preocupéis: a menos que tengáis la clara intención de traicionarnos, cualquiera que os escuche hablar de nosotros no

oirá más que los nombres de nuestros oficios, pues así es como se nos conoce en el mundo de los *efímeros*.

Tras las palabras del sabio Thot, los jóvenes dioses parecieron un poco más tranquilos y ambos esbozaron una sonrisa distendida. Avernus, por su parte, los escudriñaba con sus exóticos ojos dorados, como si quisiera asegurarse de que eran aptos de verdad para asumir las responsabilidades de un Elemental, y Arcana, que lo percibía, procuraba no mirarlo a la cara. Luego, Thot prosiguió:

—Sí, en la tierra de Onhyria somos conocidos de otra manera muy diferente: así pues, Avernus es considerado el Dueño del Tiempo, el Elemental que rige el paso de los días y las noches, y quien mantiene el mundo en un constante ciclo de cambio. Narmo, el Señor del Frío, cuida el equilibrio de las estaciones y mantiene las tierras de Onhyria bajo el influjo de los tres inviernos. Y yo, el Guardián del Destino, escribo los libros de vida, es decir, la vida de cada ser que habita este lugar. Recordad esto, es muy importante: si alguien conoce vuestro verdadero nombre, entonces podrá poseer vuestra voluntad.

Aquella advertencia era estremecedora. Parecía mentira que pudiera conferírsele con tanta facilidad el poder a alguien: simplemente con un nombre. Por esa razón, Arcana pensó que aquel mundo en el que ahora le tocaría habitar era sorprendente.

—Entonces, ¿cómo se nos conocerá a nosotros? —preguntó Bran, algo inquieto—. Veo que todos vosotros habéis recibido un título. Pero, ¿cuál es el nuestro?

Se produjo un instante de silencio y Thot le hizo un gesto con la mano para que esperase mientras terminaba de escribir en los papiros. En su lugar, Narmo respondió a la cuestión con su gélida y pausada voz a la vez que el lejano tintineo de cristales sonaba cuando se movía. Arcana se dio cuenta de que le pendía una diminuta campanilla plateada del cuello y, ante su mirada curiosa, Narmo se la escondió debajo de la ropa, como si se sintiera molesto.

—Eso tenéis que descubrirlo vosotros mismos. Al igual que vuestros oficios.

—¿Oficios? —protestó Bran—. ¿Qué oficios? No podemos saberlo, no sabemos nada de este mundo, ¿verdad Arcana?

Bran esperaba el apoyo de Arcana frente a los veteranos de aquella congregación. En cambio, ella no dijo nada. Tenía demasiado miedo.

—Confía, Bran —le aconsejó Thot en tono conciliador—, eres muy joven. Todos lo fuimos un día. Tu oficio llegará a ti, se te dará si no fuerzas los acontecimientos. Sólo escucha: en este mundo, escuchar os será muy útil.

Pero Bran no pareció satisfecho con la respuesta. Se le notaba nervioso, incluso incómodo, mientras Avernus continuaba censurándolo con la mirada. Arcana, todavía encogida bajo la manta, aunque se sentía mucho más repuesta y consciente que al principio, descartó participar en la discusión. Estaba decidida a aceptar su destino, sin más. Ella lo había elegido, al igual que Bran. Aunque quizás su joven compañero no se acordaba. El viaje entre los mundos había sido muy duro y, tal vez, les había hecho olvidar sus motivos y perder facultades.

—Pensaba que vosotros nos ayudaríais —se quejó Bran, procurando no levantar la voz, algo intimidado por la presencia de Avernus—. Pensaba que permaneceríais con nosotros hasta que pudiéramos valernos solos.

—Ah, no, no... —lo interrumpió Thot con diplomacia—. Si lo hiciéramos, infringiríamos otra de las que llamamos normas del Equilibrio: los Elementales hemos venido a Onhyria para cuidar que todo esté en el sitio y el momento que le corresponde. Si nos mezclamos entre nosotros y nos implicamos en el oficio de los demás, se romperá el Equilibrio. Si lo hacemos con los *efímeros*, también se romperá.

” Tened en cuenta que, ahora que sois de carne y hueso, vuestro espíritu ha cambiado. Sentiréis que a veces os abordan sensaciones que nunca sentisteis cuando tan sólo erais luz. No os preocupéis. Algunas son interesantes e inofensivas, como por ejemplo el hambre, la sed, el frío o el calor. Pero los vínculos afectivos con otros seres y las pasiones pueden poner en serio peligro el orden del mundo: en especial el odio y el amor son potentes fuerzas que pueden destruir el Equilibrio en menos de lo que pensamos.

Bran y Arcana lo escuchaban, decepcionados, pues esperaban alguna facilidad por parte de sus compañeros. Ella, de hecho, esperaba poder conocerles mejor, sobre todo a Thot, quien le despertaba una dulce sensación de cariño. En ese instante el duende la miró y la joven se sobresaltó: sin duda, aquél le había leído el pensamiento una vez más.

–Amadlo todo, querida –le dijo, con suavidad–, pero a todo por igual.

Thot continuó escribiendo mientras Arcana se daba cuenta de que ya le estaba costando cumplir con aquella norma. Después observó a Avernus y a Narmo: los veía tan distantes y glaciales que pensó que jamás podría estar a su altura. Pero luego se fijó en Bran: él era diferente. Se parecía más a ella y, además, necesitaba hacer muchas preguntas.

–¿Gran Madre es como llamáis a la deidad suprema en este sitio? –inquirió.

–Sí, eso es –contestó Thot mientras seguía tomando notas, moviendo la mano con velocidad–, ella creó Onhyria. Ahora duerme, pues ha dejado su obra en buenas manos. Lo hará durante miles de eras. Está agotada.

–¿Y dónde está?

Avernus se impacientaba ante las preguntas de Bran, o tal vez ante su actitud, que le parecía insolente. Así que el Dueño del Tiempo no pudo reprimir un resoplido de indignación. Thot, en cambio, observó amablemente al joven, aunque Arcana intuyó que, si el viejo duende se enfurecía alguna vez, podría llegar a ser el más temible de todos ellos. Notaba su poder, su fuerza potenciada por su sabiduría antigua. Y también Bran la sintió, así que, por el momento, se mostró menos arrogante.

–Tendrás tiempo para saberlo –respondió el duende sin dejar de sonreírle–. Ahora, procederemos al juramento y luego cerraremos el ritual. Ha sido una jornada muy larga.

A Bran parecieron acabársele las ganas de seguir preguntando mientras que Arcana, por su parte, sintió que le superaban las dudas. Pero, como había dicho Thot, habría tiempo para ir averiguando todo lo que necesitaban saber.

Acto seguido, Lora llegó con un caldero de barro lleno de un líquido plateado y diamantino que recordaba al brillo de la luna llena. Lo depositó en el centro del círculo que formaban los Cinco Elementales y, después, trajo un cáliz para cada uno de ellos. Thot le dio los papiros y ella se los llevó, para guardarlos con cuidado. Entonces Avernus llenó cada cáliz con aquella bebida, procurando no derramar una sola gota al suelo, y los repartió entre sus camaradas, sirviéndose el suyo en último lugar.

–Ésta es la savia del Árbol del Mundo –comenzó Thot con aire solemne–, el árbol del principio de los tiempos, el primero que enraizó en esta tierra que ahora será vuestra casa.

Los tres veteranos alzaron sus copas y los jóvenes los imitaron. Después, Thot se dirigió a Bran:

–¿Juras ejercer como uno de los Cinco Elementales, anteponiendo el Equilibrio de Onhyria a tus prioridades y guardando lealtad a ésta, nuestra hermandad?

La voz de Bran asintió firmemente. Arcana lo observaba mientras sujetaba su cáliz. Supuso que, después del juramento, su existencia como diosa cambiaría para siempre y pasaría a subordinarse a las normas del Equilibrio de aquella tierra que desconocía: Onhyria. Perdida en sus reflexiones se sobresaltó cuando Thot terminó de hacerle a ella la misma pregunta que a su compañero. Así que se limitó a responder.

–Lo juro.

Luego, y tras unas palabras del Guardián del Destino que indicaban que la ceremonia tocaba a su fin, los Cinco Elementales bebieron la savia sagrada y el pacto de lealtad, como ya había sucedido otras tres veces a lo largo de los tiempos, volvió a forjarse entre ellos.

Los bosques de Árguembhork

Los bosques de Árguembhork sucumbían plácidamente al letargo del atardecer bajo una puesta de sol que tiznaba de color violeta y naranja las abundantes nubes del invierno tardío. Se podría decir que aquellas tierras eran, quizás, las más bellas de toda Onhyria, no sólo por su aspecto, sino también por la vida que se palpaba a través de sus senderos y arboledas.

Centenares de robles, hayas y fresnos, que pronto mudarían sus hojas, formaban la bóveda que se cernía sobre aquellos extensos parajes en que los animales salvajes convivían en armonía con pequeñas aldeas de duendes, silfos y hadas, a quienes los humanos solían llamar *jéeros*. Castaños y avellanos ofrecían sus frutos en aquella temporada y se marchitaban las últimas flores tras la euforia fecunda del pasado invierno tenue. Los suelos mullidos, cubiertos de hojarasca, estaban salpicados de hongos y setas, y las zarzas, enrolladas a lo largo de las rocas del camino, producían las moras más tardías, negras y succulentas.

Sin embargo, lo que daba verdadera magia a aquellos parajes espectaculares era la presencia de los espíritus de la naturaleza, los primeros habitantes de Onhyria, los que protegían y dotaban de vida cada rincón. Algunos volaban entre los caminos, ya fueran libélulas brillantes, mariposas de colores o pequeñas motas de luz, relucientes como chispas de fuego. Otros se desplazaban a ras del suelo, reptando o caminando a paso tranquilo, pisando la tierra con sus pies descalzos. Muchos de ellos se confundían desde la lejanía con insectos, pues sus cuerpos parecían estar hechos de ramas de árbol. Su piel era leñosa, y sus rostros, ambiguos, quedaban iluminados por sus ojos negros y relucientes. En ocasiones tenían cabeza de animal; otras veces, aspecto de reptil. Aunque algunos tenían forma humanoide.

Los *parrs*, pequeños seres con aspecto de seta y carácter ingenuo, caminaban en hilera y despacio, buscando un hueco entre las raíces de algún

tronco para pasar la noche. Por otro lado, los *devas*, criaturas feéricas no más grandes que una gota de rocío, se deslizaban por las hojas de los arbustos desprendiendo una luz plateada. Y los espíritus de los árboles, solemnes y silenciosos, acunaban a todos los demás regalándoles su presencia y su paz. Todo aquel equilibrio perfecto no se vio perjudicado cuando se aproximó un grupo de hadas que disfrutaban de aquellas bendiciones de la Gran Madre a última hora de la tarde.

Las hadas tenían apariencia humana. O bien las humanas tenían apariencia de hada. Eso nadie podría decidirlo. De hecho, no eran demasiado diferentes excepto por sus orejas alargadas hacia arriba y por sus brillantes ojos rasgados. A diferencia de los duendes, todas tenían alas en la espalda, igual que los silfos, que eran seres masculinos emparentados con ellas. Sus alas, en general, eran como las de las libélulas, igual de salvajes, y las solían llevar plegadas si no tenían intención de volar. Eso sólo lo hacían cuando lo necesitaban, al igual que otras facultades que les habían sido entregadas por su naturaleza, como el poder de transformarse en un árbol o roca si se encontraban en peligro. Pero, en cualquier caso, todos los *féeros* gustaban de hacer las tareas mundanas sin utilizar sus dotes para la magia. Una magia ancestral que les permitía comunicarse y hablar con cualquier ser, ya fuera una piedra, un río, un helecho o un jabalí. Una magia que les permitía vivir todo el tiempo que necesitaran y morir únicamente cuando lo consideraran oportuno aunque, lejos de pretender alcanzar la vida eterna con aquellas cualidades, todos sabían darse cuenta de cuándo se les agotaba el tiempo. Había incluso *féeros* que invernaban, es decir, que pasaban un largo periodo de tiempo transformados en roca o árbol para después, cuando se sentían preparados, regresar a sus cuerpos originales y continuar su existencia. Puesto que se trataba de seres muy sensibles, al contrario que los humanos, ellos no se habían olvidado de cuidar el Equilibrio. Y ése principio regía todas sus decisiones.

Pero volviendo al bosque y al atardecer, aquellas hadas, al igual que el resto de sus congéneres, iban prácticamente desnudas. La desnudez no era incómoda para ellas, sino al contrario: les permitía sentirse libres y mimetizarse mejor todavía con el medio natural, ya que la mayoría tenían el cabello y la tez de tonos similares a los colores de la tierra, los troncos y las hojas secas. Llevaban collares, brazaletes y tiaras fabricados con ramas,

semillas, hojas y flores, y vestían algunas prendas confeccionadas a base de fibras vegetales y sin teñir, aunque lo hacían más por el hecho de decorar sus cuerpos que por ocultar sus *vergüenzas*, como decían los humanos. Además, los *féeros*, al igual que los árboles, no sentían frío ni tan siquiera cuando la nieve del invierno gélido cubría las tierras de Onhyria, aunque durante ésta, la estación más fría de todas, les abordaban unas irremediables ganas de dormir durante varias lunas, una costumbre que, sin embargo, muchos de ellos habían perdido.

Tras un buen rato de camino entre risas y agradable conversación, las hadas se acercaron al arroyo. Las adultas se sentaron bajo los sauces mientras dos niñas continuaban buscando moras. La más pequeña no sumaba más de cinco eras de edad. Tenía el cabello del color del trigo y se llamaba Lila Negroboj. Metió los pies en el agua y chapoteó mientras las *ácuaras*, los espíritus femeninos de los ríos y lagos, le sonreían, haciendo alarde de su imponente belleza.

La niña continuó jugando con el agua, alejándose de sus tías mientras aquéllas comían algunos frutos silvestres, cogiéndolos del cesto que habían logrado llenar. De pronto, levantó la cabeza y divisó a lo lejos una muralla grisácea y árida que los humanos habían levantado hacía mucho tiempo, tal vez antes de que ella y sus padres naciesen. Tras aquella muralla se encontraba la ciudadela de Mergalia, en cuyo centro se había edificado un castillo de piedra gobernado por el señor de aquel inmenso feudo, quien sometía a sus vasallos humanos a cambio de mantenerlos resguardados del mundo exterior, del que se contaba que estaba lleno de peligros. Por eso los humanos de Mergalia temían y odiaban a las hadas.

Pero Lila no sabía nada de feudos ni de jerarquías humanas. En su poblado se elegía un líder cada cierto tiempo, de cualquier raza feérica, que durante el tiempo necesario coordinaba a los demás y los representaba de cara a otros jefes. Actualmente, el jefe de su aldea era su propio padre, el gran Abhain Negroboj, un duende apreciado por todos y elegido por tercera vez consecutiva para dirigir a su gente. La niña vivía cómoda y protegida en su humilde choza con aquél y con su hermana, a pesar de los tiempos difíciles que vivía su pueblo.

Olvidándose de la muralla humana, empezó a jugar a recoger piedras. Lirio Tundragrís, un hada adolescente de pelo oscuro y alborotado, se

acercó para jugar con ella. Ambas pasaban el rato distraídas cuando, de forma inesperada, una flecha rauda pasó entre ellas: era una flecha de acero, como las que utilizaban los humanos cuando les atacaban. En ese momento Lirio, asustada, giró la cabeza para comprobar dónde estaban las demás mientras cogía a Lila en brazos de un impulso. Sin embargo, descubrió con horror que dos hadas yacían en el suelo sin esperanzas de poder volver a levantarse mientras su madre discutía acaloradamente con unos soldados humanos. Lirio los había visto ya en otras ocasiones, eran guerreros de Mergalia, enormes y vestidos con jirones de pieles de animal sobre sus cotas de malla, agresivos y sedientos de muerte y destrucción.

Mientras se debatía entre proteger a la pequeña Lila Negroboj o correr a socorrer a su madre, intentaba escuchar la discusión. Pero para aquellos guerreros las palabras no servían de nada. La voz de su madre dejó de oírse tras un alarido de dolor y los humanos no perdieron ocasión de procurarles el mismo destino a las demás.

Entonces, Lirio Tundragrís gritó de horror mientras Lila comenzaba a llorar con angustia, y en ese instante los humanos las vieron. Eran muchos e iban armados, y decidieron perseguirlas cuando Lirio echó a correr sin soltar a Lila. La niña se aferraba al cuerpo de su prima con los brazos y las piernas mientras ésta intentaba buscar una manera de huir de aquella persecución. Las flechas caían vorazmente tras sus pies desnudos a la vez que se adentraba en lo espeso del bosque. Por un momento tuvo la esperanza de que los soldados se detuvieran allí, mas se equivocó. Aquellos terribles humanos las perseguían, profiriendo maldiciones, cuando de pronto decidió que era la hora de utilizar sus alas y emprender el vuelo.

Tomó impulso, golpeando la tierra con la planta de un pie, y logró elevarse por fin sobre las cabezas de sus perseguidores. Suplicaba en su interior que ya las dejaran en paz, y la adrenalina hacía que jadeara de cansancio y que su corazón latiera con fuerza. Hasta que una flecha atravesó una de sus alas.

Lirio apretó los dientes para no gritar porque sabía que eso la desconcentraría. Todavía se encontraba suspendida en los aires mientras consideraba las opciones que le quedaban. Si se abandonaba al dolor y se dejaba caer allí mismo, estaría perdida. Y también Lila: era tan pequeña que todavía no sabía volar bien. Así que decidió planear hasta que fuera

inevitable que su cuerpo rozase la tierra, mientras invocaba a los Grandes Espíritus para pedirles ayuda.

Inesperadamente, una fuerte ráfaga de viento la impulsó hacia arriba y la condujo lejos de los soldados mientras un ligero remolino levantaba las hojas secas del suelo del bosque formando, por unos instantes, una cortina que impedía a los humanos ver nada. Así pues, aprovechando la confusión de sus enemigos, Lirio descendió, tropezando al tocar la tierra con los pies. Era probable que no pudiera volver a volar nunca más, pero eso ahora le parecía irrelevante. Debía poner a salvo a Lila.

Todavía escuchando las barbáricas voces de los hombres que se acercaban, Lirio corrió con la niña y se colocó cerca de unas rocas cubiertas de líquenes y musgos. Luego, se agazapó e indicó a Lila que hiciera lo mismo, y ésta, sin decir nada, la obedeció con los ojos anegados en lágrimas.

—Ahora somos rocas, Lila —susurraba Lirio—, como cuando jugamos a escondernos.

Pero Lila la miraba confusa. Ella sabía perfectamente distinguir una roca normal de un hada mimetizada, así que temía que los soldados también pudieran hacerlo.

—Ellos no lo notarán —añadió Lirio, intuyendo lo que la niña pensaba—, son humanos.

Los soldados estaban cada vez más cerca de ellas. Podían notar la vibración que sus botas producían al correr y sentir su energía sucia y sanguinaria. Justo entonces las dos hadas desaparecieron, quedando en su lugar dos rocas más, cubiertas de musgo como el resto.

—Han vuelto al poblado —anunció un soldado gigantesco, armado con una espada más grande que la propia Lila. Después, profirió un impropio de rabia y escupió.

—La muchacha iba herida —añadió otro, pasando a tan sólo unos centímetros de la niña. Éste llevaba un casco con astas de carnero.

“No te pongas nerviosa —le dijo Lirio a la niña a través del lenguaje del corazón—, no pueden verte. Somos rocas, Lila. Somos rocas.”

—Entonces, tal vez caiga muerta antes de llegar allí —opinó el primero con una sonrisa perversa.

Lirio sentía el dolor de su herida quemándole en el ala, pero debía aguantar un poco más. En el poblado la curarían, pues aquella no era una

herida mortal. “Ahora mismo se irán –insistía para tranquilizar a Lila–, les da miedo adentrarse más.”

–¿Por qué pones esa cara, idiota? –se burló aquel soldado de su compañero. El otro lo miró ceñudo.

–¿Es que no te has fijado en la cría?

El guerrero de mayor tamaño se encogió de hombros sin entender. Para él, como para tantos de los suyos, las hadas no eran más que escoria sin domesticar. Lo mismo daba una que otra. Así pues, el hombre del casco se exasperó.

–Era una de las hijas de Negroboj. Estoy seguro.

La pequeña Lila se puso nerviosa al notar la respiración profunda de aquel humano pasando cerca de ellas.

“Somos rocas...”, le recordó Lirio. Y la niña hizo un nuevo esfuerzo por no salir corriendo de allí gritando de pánico.

–Y ahora, ¿qué hacemos? –preguntó el soldado de la espada enorme a su compañero. Éste refunfuñó con fastidio.

–Ellas cruzaron la frontera. Se acercaron demasiado. No es culpa nuestra.

El otro vaciló un instante, aunque después prefirió acogerse a los argumentos de su camarada. Dos bárbaros como aquéllos jamás admitirían haberse equivocado con las hadas.

–Tomarán represalias –contempló con temor.

–No lo harán –respondió el otro–, ellos son *leales*.

Y tras hacer especial hincapié en la última palabra, ambos estallaron en carcajadas. Se reían con crueldad y Lirio sabía por qué. Mientras tanto, ella y Lila continuaban agazapadas y rogando por su vida. Creyó que no podría soportar más el dolor de su ala cuando, por suerte, los humanos decidieron marcharse. Sin embargo, y aunque ya no los oían ni percibían su energía o su olor, las dos hadas continuaron un buen rato más acurrucadas allí, una junto a otra, mientras seguían siendo rocas.

Cruzando entre los mundos

Óscrembhork era una isla rocosa y yerma, erigida sobre escarpados acantilados. Su suelo estaba hecho de roca, roca gris y seca sobre la cual no crecía ni un miserable matojo. Sus formas eran laberínticas y estaban llenas de recovecos oscuros. Y alrededor tan sólo existía el mar, un mar de color plumizo y eternamente embravecido bajo un lánguido y nuboso cielo de igual color. En la parte más alta de la isla, en el interior de una cueva abierta en la roca, fulguraba una hoguera de llamas violetas. Lo había hecho desde el principio de los tiempos sin que nadie la alimentara y continuaba crepitando desde el día en que Arcana fue entregada a aquel inhóspito desierto de piedra. Ése era el lugar que se le había asignado, el lugar en que debía morar por siempre.

Puesto que Lora Nenúfar le había prestado agujas de hueso y un poco de hilo, hacía algunos días que Arcana había remendado aquella manta negra y raída que era su única posesión material, y con ella se había confeccionado, como buenamente pudo, una túnica que le llegaba hasta los pies, desnudos y blancos como sus manos. Pero a pesar de haber cubierto su cuerpo físico con ropa, siempre tenía frío, y las llamas de aquel fuego violeta no lograban apaciguar esa sensación tan incómoda. De hecho, Thot ya les había advertido que experimentarían algunas percepciones carnales ahora que se encontraban en un mundo que se podía tocar, así que Arcana se resignó cuando averiguó que ella era susceptible al frío.

Aquella vez, como tantas otras, estaba acurrucada junto a ese fuego. Le recordaba al que había en la casa de Thot y se preguntaba cómo sería el resto de fuegos sagrados de cada uno de los Cinco Elementales. También se preguntaba, aunque con más rabia, si el resto de sus hermanos, a diferencia de Thot, vivían en lugares tan desoladores como Óscrembhork, completamente alejados del mundo de los *efimeros*. En cualquier caso,

todavía no había averiguado el por qué, y ni siquiera tenía la menor idea de qué oficio le correspondía.

Arcana no sabía cuánto tiempo había pasado mientras cavilaba sobre todo esto. En el lugar del que venía no existía el tiempo, así que le costaba calcular si, tal vez, en el mundo de los *efímeros* habrían transcurrido días, lunas o eras. Desde que había llegado a Óscrembhork apenas había caminado por allí ni descubierto más lugares que la cueva que se había convertido en su guarida. Tan sólo una vez había descendido por los acantilados, aunque sin encontrar nada provechoso. Sin embargo aquel día, y sin saber por qué, tuvo el impulso de volver allí, a las rocas de la orilla. Así que se levantó, abandonando su sitio junto al fuego, y se desplazó gracias a su magia, pues hacerlo a la manera corpórea todavía le resultaba agotador.

Entonces halló una pequeña formación circular de rocas en cuyo interior quedaba siempre un poso de agua estancada que las olas renovaban sólo en ocasiones. Fue sobre el espejo que formaba aquella charca donde conoció su imagen: allí supo que su cabello era negro, su rostro níveo y redondeado, y sus ojos oscuros y grandes, los cuales continuaban estando llenos de miedo e inseguridad. Se preguntó por qué Thot tenía rasgos de duende y ella no, aunque supuso que cuando el Elemental más antiguo de todos llegó a Onhyria, ésta tan sólo la habitaban seres feéricos como Lora, su hada guardiana. También sintió curiosidad por saber si Narmo, el Señor del Frío, guardaría igualmente bajo su yelmo de plata unas largas orejas como las de aquéllos.

Se hallaba perdida en estas reflexiones cuando, de repente, el color de la charca se tornó dorado y en la superficie de las aguas comenzaron a mostrarse imágenes de lugares que desconocía: entonces vio Onhyria por primera vez. Y contempló la belleza de sus parajes, de sus bosques, ríos, valles y montañas. Oteó mares azules y llenos de vida, tan diferentes del suyo. Descubrió cumbres cubiertas de nieve e incluso volcanes. Y después halló por primera vez a los *efímeros*. Aquellos seres eran sin duda los habitantes del mundo. Algunos eran seres feéricos, de naturalezas muy diferentes, aunque de inconfundibles rasgos. Pero todavía llamaron más su atención los otros, los humanos, los que se parecían a ella.

Intuyó que todos convivían en perfecta armonía y que celebraban la grandeza de la Gran Madre juntos. Los veía alegres, felices, unidos...

Arcana envidió su compañía y, por un instante, imploró ser uno más de aquéllos, aunque eso le costara sacrificar sus inmensos poderes de diosa. Le pareció tan injusto que rompió a llorar. Y sus lágrimas, que eran negras como su cabello, cayeron sobre las aguas creando una onda que, poco a poco, borró todas las imágenes, provocando que la charca volviera a ser gris y opaca. Arcana, secándose los ojos con la manga de la túnica, acababa de descubrir su única ventana al mundo de Onhyria, pues Thot les había indicado a Bran y a ella que no podrían abandonar sus moradas hasta que él los considerase preparados. Así sería entonces.

Se dispuso a regresar a su guarida cuando, de pronto, sintió una presencia tras su espalda. Al principio le dio miedo girarse a mirar, pues no se imaginaba quién podría haber llegado hasta allí. No percibía la energía de ninguno de los Elementales, sino otra, mucho más liviana que la de cualquier dios.

—Mujer —insistió una voz masculina—, mujer, perdonad mi intrusión. Pero creo que necesito vuestra ayuda.

Arcana, dudosa, se dio la vuelta. Ante ella, sorprendentemente, había un humano. Tenía el cabello blanco y su aspecto era mucho más anciano que el de Thot incluso. Su piel estaba curtida y arrugada y en sus ojos azules rebosaba un cansancio vital incurable.

—Necesito cruzar este mar —explicó el anciano—, sin embargo, eso no es algo que yo pueda hacer. Vos sois una diosa, ¿verdad?

El anciano le sonrió, esperanzado, y Arcana no supo qué contestar. Tan sólo asintió con la cabeza. Acto seguido el hombre le hizo una reverencia, aunque ella no comprendería el significado de ese gesto hasta mucho tiempo después.

—¿Y para qué quieres cruzarlo? —le preguntó Arcana con la voz trémula—. Es más: ¿por qué no estás en Onhyria? ¿Cómo has conseguido llegar hasta aquí? ¿Eres humano?

El anciano la miró, estupefacto, y se acercó a ella. Entonces Arcana hizo un primer amago de retroceder, pues estaba asustada, pero el hombre, percatándose de ello, se detuvo con respeto.

—Acabo de morir —le explicó él—, ya no poseo un cuerpo para habitar Onhyria. Y ahora necesito pasar al otro lado del mar. ¿Acaso sois otra humana que tampoco sabe cruzar?

Arcana se sintió muy confusa. Esperaba que, de ninguna manera, sus hermanos los Elementales pudieran verla en aquella situación tan ridícula, pues ella era una deidad. Justo entonces respiró hondo y su aspecto se tornó repentinamente más solemne mientras se esforzaba por disimular su falta de seguridad, aunque no estaba convencida de poder hacer lo que el humano le estaba pidiendo.

–Yo soy una diosa –afirmó con un deje ufano en sus palabras–, uno de los Cinco Elementales.

A pesar de todo, no supo decir más. No conocía su oficio, así que le pareció arriesgado comprometerse con aquel anciano. ¿Y si cometía alguna falta que pusiera en peligro el Equilibrio de Onhyria? El hombre por su parte, observándola con paciencia, se encogió de hombros.

–Entonces, ¿sois vos la Dama de la Muerte? –le preguntó–. ¿La que debe guiar nuestras almas entre los mundos?

–Tal vez –respondió ella, tímidamente, volviendo a hacerse pequeña. Las palabras del anciano habían iluminado su conciencia, y su nítido mensaje llegó a ella como un regalo. Ya le había advertido Thot que, en aquel mundo, escuchar era muy útil. Así que ése era su título, y su oficio...

– Aunque no sé cómo hacerlo. Nunca lo he hecho.

Arcana se sintió estúpida al reconocer con vergüenza su ignorancia. Pero el anciano, lejos de sorprenderse, la miró con ternura.

–Diosa o no, sois muy joven –le dijo. Ella agradeció su empatía. Aquel humano le recordó a Thot, tan entrañable y comprensivo. Y en ese momento aprendió que los *efímeros* también podían dar lecciones a los dioses. Sobre todo a los dioses ineptos como ella–. ¿Por qué no venís conmigo y hacemos el camino juntos? Tal vez así sea más sencillo para ambos.

–Sí –contestó Arcana, más segura–, será mejor que quedarnos hablando aquí durante toda la eternidad. Supongo que tu alma necesita descanso.

La joven diosa se acercó al anciano y cogió su mano: era áspera y venosa. El hombre pareció sobrecogerse de frío en cuanto sus pieles se rozaron, pero no dijo nada. Por el contrario, observó a la joven con admiración.

–Jamás pensé que la muerte fuera tan hermosa –afirmó, gentil.

“¿Hermosa?”, pensó Arcana. Así que *hermosa* era como la veían los humanos. Supuso que para ellos eso era importante. Esbozó una sonrisa que rápidamente desapareció de su lánguido rostro y miró al mar embravecido. Después recibió una revelación: debía cruzarlo. Sin más. Debía llevar al anciano al otro lado. Pero, ¿qué ocurriría luego? Vaciló un instante. En realidad, deseaba que el humano pudiera permanecer más tiempo junto a ella. Aunque eso, si su intuición no la engañaba, seguro que sí transgrediría el Equilibrio.

—Sígueme —resolvió al fin, dando un decidido paso al frente. La Dama de la Muerte se abrió camino a través de las olas, caminando sin dificultad por encima del agua, mientras el anciano continuaba cogido a su mano. Arcana supo que el humano sentía miedo de las mareas bajo sus pies, de que pudiera soltarlo y abandonarlo a su suerte. Pero entonces ella le apretó la mano con más fuerza y él se tranquilizó—. ¿Qué más se dice de mí en vuestro mundo?

El anciano se sorprendió por su pregunta. Era obvio que no esperaba que una diosa supiera tan poco sobre el mundo que estaba, supuestamente, sujeto a su voluntad.

—Se os tiene miedo —respondió—, tal vez más que a ningún otro dios.

—¿Por qué? —inquirió Arcana, sintiéndose culpable aun sin conocer el motivo. No comprendía cómo podía ser hermosa a la vez que temible para los *efímeros*. El anciano trató de explicárselo mejor.

—Escuchadme, joven diosa: nadie entre los nuestros sabe con certeza lo que ocurre cuando vos llegáis. Lo que sí sabemos con certeza es que el viaje entre los mundos implica que abandonemos todas las cosas que hemos disfrutado en vida, incluso a los seres que amamos, y también nuestro propio cuerpo. A veces la separación es muy dolorosa, más que una herida sangrante.

—¿Por qué? —inquirió Arcana volviendo a parecer no más que una novata—. ¿Por qué es tan difícil para vosotros, los *efímeros*, superar este viaje?

La Dama de la Muerte y el anciano habían dejado tan atrás la inhóspita isla de Óscrembhork que ahora parecía minúscula. Por delante de ellos lo único que había era mar y, por un momento, ambos tuvieron la incómoda impresión de estar avanzando sin rumbo.

–No me siento capaz de contestaros, joven diosa. Pero lo cierto es que para nosotros, los humanos, es un momento muy complicado. No les ocurre lo mismo a los *féeros*.

–¿Los *féeros*?

–Sí. Los seres feéricos. Se cree que fueron los primeros pobladores de Onhyria.

Arcana recordó de nuevo a Lora, el hada guardiana de Thot. Efectivamente, los seres feéricos parecían haber comprendido mucho mejor que los humanos aquellos asuntos sobre la vida y la muerte. Quizás por eso conservaban su magia ancestral.

–¿Y qué sucedía antes de mi llegada? –continuó indagando Arcana. Aquel anciano era en verdad una fuente de saber–. ¿Quién os llevaba al otro lado?

–¡Oh! Nadie –contestó él–. Sencillamente, la gente sabía morir sola. Llegado el momento, los *efímeros* sabíamos que debíamos ir al otro lado, así que no nos hacía falta nada más que agazaparnos en el bosque, en soledad, y permitir que la Gran Madre nos volviera a acoger en su seno. Pero ahora...

El anciano suspiró mientras Arcana lo observaba con los ojos muy abiertos, atenta a todos los detalles que le contaba sobre Onhyria. Gracias a aquella conversación estaba aprendiendo más que todos los días que había pasado sentada junto al fuego sagrado.

–¿Qué ocurre ahora en Onhyria? –insistió ella–. ¿Por qué tengo que asumir yo este oficio?

–Pues porque los *féeros* y los humanos nos estamos separando poco a poco. Los *féeros* siguen habitando los bosques, como sucede desde su origen. Sin embargo, muchos humanos los han abandonado. En el peor de los casos los devastan para erigir ciudadelas de piedra, yermas y sin vida.

Al escuchar las últimas palabras del anciano, Arcana imaginó esas ciudades idénticas a su isla, árida y marchita.

–¿Por qué? ¿Por qué lo hacen? No puedo creerlo...

–Muchos de mi raza han renegado de la Gran Madre. Creen que merecen algo mejor que ceñirse a los ciclos de la tierra. Por eso están olvidando los dones con los que llegaron a Onhyria, se les están atrofiando los sentidos. Y también por eso, y por las dudas que están engendrando en

todos los demás de su especie, muchos de nosotros ya no sabemos cómo nacer o cómo morir.

Arcana se esforzaba por comprender todas las palabras del anciano, aunque todavía sabía demasiado poco sobre el mundo. ¿Cómo podía un *efímero* no saber morir, si ello formaba parte de su destino? Nacer y morir. Eran las únicas cosas que un mortal sabía a ciencia cierta que iban a ocurrirle.

—Onhyria está sufriendo una ruptura —continuó el anciano—, una pelea entre hermanos que se cobrará mucha sangre inocente. Aunque eso, dicen, todavía está por llegar. Ojalá los dioses podáis impedirlo.

“¿Cómo podría impedirlo —pensó Arcana, frustrada—, si ni siquiera puedo abandonar este horrible lugar?”. Además, la Dama de la Muerte supuso que ninguno de los Cinco Elementales podía intervenir en los hechos de Onhyria, sino sólo malgastar una eternidad en cumplir con sus endemoniados oficios, como si todo lo demás no importase.

—No os entristezcáis, mi joven diosa —le pidió el anciano—, vos sois quien menos culpa tiene en todo este asunto.

Arcana derramó una lágrima, negra como el azabache, mientras se carcomía de impotencia y, a la vez, de lástima por los *efímeros*. Se imaginó también que ni Avernus ni Narmo la comprenderían jamás, tan altivos y fríos como le habían parecido el día del juramento. Pero no le importó. Tal vez su naturaleza como diosa era distinta. De hecho, en ese momento le dieron ganas de abrazar a aquel humilde anciano, aunque supuso que no era correcto que una deidad mostrara tanto afecto hacia un mortal.

De pronto, una ola se levantó hasta cubrirlos por completo. Todo se quedó oscuro, excepto ellos dos. Se hizo silencio absoluto, ya no se escuchaba el ir y venir de la marea ni se podía advertir el característico olor a salitre. Entonces Arcana tuvo la sensación de que el camino había terminado. Había ayudado al hombre a cruzar el mar y era el momento de despedirse de él.

—¿Cómo te llamas? —inquirió ella con timidez. El anciano no esperaba que se lo preguntara.

—Quercus —respondió—, Quercus Tejón: ése es el nombre que me pusieron. ¿Por qué queréis saberlo?

Sin embargo, Arcana no sabía qué contestar. Ni siquiera sabía por qué se lo había preguntado. Únicamente quería implicarse más en la historia de la vida de aquel humano y no limitarse a acompañarlo entre los mundos. Así pues, Quercus prosiguió:

—Tal vez algún día no podáis deteneros a preguntar el nombre de cada mortal que vaya de vuestra mano. Sin embargo, os agradezco que me hayáis dedicado tanta atención. No sólo sois una diosa hermosa, sino también amable. Algo que, sospecho, no abunda entre los dioses.

Ella se emocionó al escucharle. No tenía por qué ser igual de déspota e impasible que sus hermanos, los Elementales. A menos que las normas del Equilibrio la obligaran, claro.

—Aquí termina el camino —indicó, muy a su pesar—, o por lo menos es hasta donde yo puedo llegar. No sé qué te esperará ahora, Quercus Tejón. Sólo espero que seas muy feliz, donde quiera que vayas. Gracias por hablar conmigo.

Quercus se limitó a sonreírle. Iba a soltar la gélida mano de Arcana cuando, de repente, ella le apretó con los dedos. Le había asaltado una última duda.

—¿Cómo es que sabes tanto? ¿Cómo puede ser que un humano como tú tenga conocimientos que ni siquiera yo poseo?

El anciano se encogió de hombros y esbozó una mueca modesta.

—Bueno —se excusó—, al fin y al cabo, yo soy un sacerdote. Todo lo que sé es lo que me enseñáis vosotros, los dioses, a través de las escrituras.

Y, acto seguido, Quercus Tejón se separó de Arcana y su cuerpo se transformó en un haz de luz evanescente. En cuanto a ella, la Dama de la Muerte, le dio las gracias en su interior sin dejar de llorar. Aunque sabía que él ya no podía verla ni escucharla, pues el anciano se había ido muy lejos de allí para terminar su viaje entre los mundos.

Justo después Arcana, taciturna, regresó a su guarida. Lo hizo cerrando los ojos y visualizando la solitaria cueva en su mente, así que no necesitó volver a cruzar el mar. Una vez allí, junto al crepitante fuego violeta, se puso a recapacitar sobre todo lo que había aprendido gracias a Quercus. Había descubierto su oficio y el nombre con el que los *efímeros* se referían a ella. Había ejercido su labor como diosa por primera vez, pero le aterraba tener que volver a experimentar, cada vez que lo hiciera, la misma añoranza y

desolación que la habían embargado en el momento en que se despidió de aquel mortal. Si su oficio perpetuo era así, entonces su existencia sería amarga y doliente.

Rompió a llover y unos relámpagos plateados cruzaron el cielo cuarteándolo en mil jirones. Eso ocurría muy a menudo en Óscrembhork. Pero Arcana ya se encontraba a cubierto, contemplando el caer de la lluvia y el plumizo horizonte de aquel mar, siempre embravecido.

El oficio

Desde su encuentro con Quercus Tejón Arcana había ayudado a cruzar el mar a incontables *efímeros*. Además, siempre les preguntaba sus nombres, los que habían tenido siendo mortales, y todavía era capaz de acordarse de todos. Disfrutaba de los instantes de conversación, de la compañía de aquéllos a los que llevaba de la mano durante unos minutos. Los amaba a todos y a todos les deseaba el mejor de los destinos. La mayoría eran ancianos que habían terminado sus andaduras por el mundo terrenal, aunque de vez en cuando debía acompañar a humanos jóvenes, incluso algunos niños. Y así descubrió cómo la enfermedad y la violencia, no sólo la vejez, eran capaces de consumir a los humanos. Pero lo que más llamaba su atención era que jamás llegaban *féeros* a su isla. No sabía demasiado sobre ellos, aunque supuso que los duendes y las hadas conservaban intactos todos sus sentidos, incluso los más profundos, y que, por tanto, no la necesitaban a ella.

Por otro lado su naturaleza de diosa la hacía omnipresente, por lo que podía dividirse en dos, en diez, en cien si era necesario, mientras una parte de ella, su parte esencial, bajaba cada vez que podía a los acantilados para situarse junto a la charca que le servía de ventana a Onhyria. Desde allí observaba el mundo de los *efímeros* y aprendía de él. Las primeras veces ardía de ganas de poder conocerlo, sin embargo, con el tiempo había ido descubriendo que su nombre era temido por todos los humanos. Y eso la entristecía mucho: para ellos era una diosa indeseable, temida y cruel. Oscuras leyendas giraban en torno a ella, tachándola de terrible y destructiva. Y aunque eso no le hacía amar menos a los mortales, no obstante le había hecho odiar su oficio visceralmente. Le parecía tan injusto... Estaba segura de que ejercía el trabajo más ingrato entre los Cinco Elementales. Todavía no tenía la

menor idea de cómo le habría ido a Bran, pero dudaba que hubiese un oficio peor que aquél que se le había sido asignado a ella.

Harta de esto y de soportar día tras día cómo los humanos le reprochaban todo cuanto hacía, Arcana se colocó junto al fuego violeta y deseó hablar con Thot. Éste les había explicado a Bran y a ella que podrían llamarle siempre que tuvieran problemas, pero que no debían abusar de su ayuda, sino aprender a resolver sus asuntos sin implicar a los demás. Aquella vez la Dama de la Muerte no lo dudó ni un instante: tras varias lunas viviendo sola allí, era la primera vez que pedía consejo al más experto de los Elementales. Así pues se arrodilló junto a la lumbre, hizo una invocación y, acto seguido, las llamas de su crepitante hoguera violeta se tornaron anaranjadas.

Ahora se encontraba lejos de Óscrembhork, en un lugar cálido que olía a madera. Sin duda se había trasladado a la morada de Thot, al interior de aquel anciano tejo colmado de papiros desordenados y frutos secos desperdigados por doquier. Era de día y por la ventana entraba luz, se oía el canto de los pájaros y se percibía el aroma de la maleza húmeda. Arcana, por un instante, se quedó atónita contemplando aquella belleza. Estaba tan abstraída que no se percató de que allí, sobre el viejo escritorio, el Guardián del Destino continuaba redactando con su pluma más y más libros de vida.

—Hola, Arcana —la saludó, sin dejar de escribir—, te esperaba por estas fechas. Yo mismo lo anoté en tu libro de vida.

Thot terminó de apuntar una última frase en un papiro y se dio la vuelta para atender a la Dama de la Muerte. Como siempre la mueca del viejo duende era risueña y afable, y entre los largos pelos de su barba roja y cana parecían haberse acumulado más objetos desde la última vez que se vieron: más cáscaras y huesos de frutas, más hojas secas, alguna que otra flor e incluso una pluma de escribir, y hasta una cucharilla de madera.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —le preguntó Arcana, que no tenía la menor idea de cómo se expresaba el tiempo en Onhyria.

—¿Quieres decir cuánto tiempo has tardado en descubrir tu oficio? —le contestó aquél, sin ninguna malicia, aunque con una evidente falta de tacto—. Exactamente trece lunas, es decir, una era.

—Una era... —repitió Arcana con indiferencia—. ¿Cuánto es eso?

El Guardián del Destino se levantó del escritorio y se acercó a ella mientras se frotaba las manos. Luego la cogió del brazo con suavidad y la condujo junto al fuego.

–Digamos que es... Un ciclo completo. Es decir, el tiempo que necesitan muchas plantas para nacer, crecer, dar fruto y fenecer, o bien dormir hasta el ciclo siguiente.

–¿Y los *efímeros*? –inquirió ella con preocupación–. ¿También les ocurre eso a lo largo de una era?

Thot acercó las manos al fuego para calentárselas y Arcana lo imitó, aunque sabía que no le serviría de nada. Las suyas siempre estaban heladas.

–Los mortales... –reflexionó el duende–. No, ellos necesitan muchas más eras para poder hacer todo eso, sobre todo los seres feéricos, que son tan longevos. En el caso de los humanos pueden ser necesarias hasta cien eras para que les dé tiempo a completar su propio ciclo vital.

Tras escucharlo Arcana tuvo una idea más aproximada de lo que significaba una era. Aun así dedujo que había tardado más de lo previsto en descubrir su oficio.

–¿Quieres una nuez? –le preguntó Thot rebuscando en uno de sus bolsillos–. Comer es... interesante.

Arcana le dio las gracias, negando con la cabeza. La única vez que había comido algo fue durante la ceremonia del juramento y no le había gustado nada la experiencia. Todavía recordaba las náuseas que había sentido con aquella maldita mora deshaciéndose sobre su lengua, así que se alegraba de no necesitar comer para subsistir.

–Así que *Dama de la Muerte* –dijo el Guardián del Destino con la boca llena–, ése es el nombre que se te ha dado en Onhyria. Y tu oficio es ayudar a los *efímeros* a viajar entre los mundos, ¿es así?

–Sí –afirmó Arcana volviendo a entristecerse–, aunque desearía que no lo fuera.

Thot hizo esfuerzos por tragarse lo que estaba masticando mientras la miraba, perplejo. Arcana tenía los negros ojos clavados en las llamas que los pícaros espíritus del fuego no dejaban de avivar. Entonces se le escapó una lágrima, pero se la enjugó lo más rápido que pudo.

–Arcana, querida –comenzó a explicarle aquél con un tono algo más solemne–, el viaje, la muerte, como quieras llamarlo, es un tránsito

necesario para ellos. Es el mayor indicador de que existe Equilibrio en Onhyria.

–Pero ellos me odian –se lamentaba la joven diosa.

–Poco ha de importarte, Arcana. Te odian hasta que comprenden que eres necesaria. Tú sólo haces tu trabajo. Te aseguro que escribir destinos tampoco es gratificante, sobre todo cuando auguras una desgracia a uno de los *efímeros*. Ellos todavía no son capaces de entender que los reveses de su vida son lecciones, y que la muerte es el culmen de su aprendizaje.

Arcana lo escuchaba con atención. Las palabras del Guardián del Destino eran sabias, y su compañía, reconfortante. Tenía razón en todo, sólo que ella comenzaba a darse cuenta de que prefería no formar parte de aquel enrevesado aunque perfecto plan divino.

–Me gustaría pasar más tiempo cerca de ellos –declaró–, tanto *féeros* como humanos. Y no acompañarlos únicamente durante sus últimos momentos.

–Arcana, querida, sé que amas a los *efímeros*, y eso no es malo: eres una deidad misericordiosa. Sin embargo, no puedes permitir que el amor que sientes hacia ellos interfiera en tu deber. Recuerda lo que te advertí una vez sobre el odio y el amor. Si consientes que tu devoción hacia los *efímeros* altere el Equilibrio, toda Onhyria se destruirá. Y si amas de verdad a esos mortales, no deberías poner en riesgo sus vidas, ¿no crees?

La Dama de la Muerte sentía impotencia y pena, mucha pena. Entonces Thot le rodeó los hombros con uno de sus enjutos brazos y, luego, le acarició los cabellos. Arcana sintió su fuerza, forjada tras eras y eras de existencia y sabiduría, y por un momento deseó que el viejo duende le permitiese quedarse allí, con él. Tal vez la compañía de Lora Nenúfar y de Thot haría menos amarga la vida que le había tocado.

–No quiero que mis palabras te hieran, querida. Pero he de decirte que no tienes opción. Es así. Aunque te flaqueen ahora las fuerzas y no seas capaz de recordarlo, tú lo elegiste. Y después hiciste un juramento. Recuérdalo.

Arcana, por más que se esforzaba, era incapaz de acordarse de en qué momento podría haber hecho ella semejante elección. No obstante, confiaba en Thot: él era incapaz de mentir. Por eso se resignó. Pensó que quizás, llegado un momento, se acostumbraría a vivir en Óscrembhork, en

su penumbra gris y plomiza, sobre su suelo árido y frío. Y lo haría por no romper el Equilibrio pues, de ser así, sufrirían todos, incluso sus amados *efímeros*. Sin embargo, y a pesar de toda su desazón, existía una idea que le reconfortaba.

—¿Crees que podré visitar Onhyria alguna vez? —preguntó—. Es una tierra muy hermosa.

Thot suspiró y la miró, compasivo. Luego le sonrió con ternura, como sonríe un padre a una hija a la que aprecia mucho.

—Aguarda un poco más, querida. Irás, si es lo que deseas. Sin embargo, aún debes aprender más sobre tu magia, que es muy poderosa.

Ella asintió, consternada. Por un lado se alegró: podría ir a Onhyria tarde o temprano. Pero, ¿cuánto tiempo más debería esperar?

—Si te sirve de consuelo —añadió Thot—, nuestro joven Bran no ha tenido más suerte que tú. Todavía no conoce su oficio. Sólo que, al contrario que en tu caso, en lugar de pasarse varias lunas sentado junto al fuego sagrado ha optado por experimentar, muchas veces con ingratas consecuencias para él. Ese joven tiene demasiadas expectativas.

Arcana sintió una gran curiosidad por averiguar qué le tenía preparado el Guardián del Destino a Bran. En cualquier caso, no podía ser peor que encarnar a la Muerte. En cambio no se molestó en preguntar siquiera, pues sabía que Thot, tan fiel a sus secretos, no le contaría absolutamente nada.

—Supongo que he de marcharme ya —sugirió.

—Supones bien, querida —le respondió Thot. Después, el Guardián del Destino le puso con afecto una mano en la espalda y volvió a sonreírle mientras un par de hoyuelos entrañables se formaban en su cara, surcada de arrugas. En ese instante Arcana pensó que era un ser muy bello. Le dio las gracias por todo y, acto seguido, se concentró en el fuego anaranjado y en las fulgurantes llamas que le permitirían viajar de nuevo a la inhóspita isla de Óscrembhork. Pero, justo antes de partir, el viejo duende le llamó la atención sobre algo más:

—¿Ya aprendiste a utilizar el *óculo*?

—¿El qué? —preguntó Arcana, sin saber siquiera de qué le hablaba.

—Las aguas oraculares —se explicó mejor—, las que nos muestran todo lo que deseamos ver. Todos los Elementales poseemos un *óculo* en nuestras guaridas.

Arcana entendió que se refería a su pequeña charca de agua marina estancada. En efecto, desde que la había descubierto no había dejado de utilizarla. Ante la mirada curiosa del duende se limitó a asentir con la cabeza.

–Muy bien entonces –aprobó Thot–, te será muy útil.

Y dicho esto, Arcana se marchó al fin.

Jórak de Anshuz

Jórak de Anshuz había cabalgado desde el amanecer a lomos de un robusto caballo negro, escoltado por varios guerreros de aspecto bárbaro y pocas palabras. La mañana había transcurrido entre lluvias y bruma que anunciaban el regreso de las noches largas y el frío, sin embargo el humano, que rondaba las treinta eras de edad, tan sólo contaba con una gastada pelliza de oveja para protegerse de la crueldad del clima y con una túnica hendida de lana cruda que solía vestir en las Cumbres de los Sabios, el lugar en el que vivía desde que era tan sólo un niño. Había llovido tanto que su cabello, castaño y levemente ondulado, se le había quedado pegado al cuello y la espalda con una incómoda sensación húmeda. Era casi mediodía justo cuando comenzó a adentrarse con su comitiva en lo profundo de los bosques de Árguembhork para llevar a cabo una delicada misión por orden de su hermano, el señor de Mergalia.

Avanzaban hacia una zona en que el follaje era más espeso y, por tanto, les protegería de la lluvia a pesar de que las hojas de los árboles se habían tornado amarillentas y esperaban los primeros vientos del Oeste para caerse de las ramas al lecho fértil de la tierra. Los cascos de los caballos se hundían entre los mullidos brezales mientras que centenares de diminutos seres feéricos se les cruzaban, reptando sobre el suelo, y a la vez varias bandadas de pequeños devas se apartaban de su camino, con recelo, volando como motas de polvo.

Jórak de Anshuz conocía aquellos bosques por su infancia, aunque apenas los recordaba. Sabía que había ido allí muchas veces con su madre, antes de que ésta enfermara de muerte, pero ya no percibía entre los árboles la misma energía limpia, ligera y alegre de cuando sólo era un muchacho. Por el contrario, su intuición le ayudó a captar cierta tristeza flotando en el ambiente, y también miedo. Mucho miedo. El silencio allí dentro era rotundo, pues parecía que todas las criaturas que habitaban aquellos bosques

se hubieran callado al verles llegar. Y no le extrañaba: sus compañeros eran soldados sanguinarios, armados y de expresión feroz. Para Jórak todos ellos llevaban la sed de sangre escrita en la frente, y sabía que los seres feéricos podían captar eso incluso a millas de distancia. Pero lo peor de encontrarse en aquel lugar y aquel momento era que estaban en tiempos de guerra.

De pronto escucharon un aullido característico, un aullido intenso capaz de atravesar el bosque de punta a punta y llegar a tantos oídos como guerreros se necesiten para tender una emboscada. Después lo acompañó el retumbar de los bodhranes de batalla y, antes de que los soldados que acompañaban a Jórak pudieran desenfundar sus armas, un centenar de *féeros* guerreros los tenía rodeados, impidiéndoles el paso. Frente a ellos los humanos sólo eran once y, además, había que descontarlo a él, pues no iba armado.

—¡Un paso más y os matamos a todos! —los amenazó un silfo de cabellera rubia y lacia. Parecía ser de los más jóvenes aunque no por ello menos sagaz. Entonces Jórak decidió guardar silencio hasta que se presentase una ocasión más apropiada para hablar porque, desde luego, aquél no era el momento. Los *féeros* portaban lanzas y les apuntaban con sus arcos, el rencor desbordaba sus rasgados ojos y un comentario desafortunado podría hacerlos montar en cólera.

En cambio, Jórak de Anshuz no estaba asustado. Su semblante mostraba una entereza y templanza sin igual mientras en su interior rezaba y pedía ayuda a los dioses para que le ayudasen a salir vivo de allí sin que nadie, ni siquiera sus enemigos, sufriesen el menor daño.

En cuanto a los soldados que lo acompañaban, su actitud era bien diferente ante la adversidad: henchidos de odio y ansias de lucha, los guerreros humanos devolvían miradas crueles a sus asaltantes, sólo que era demasiado evidente que no tenían nada que hacer contra tantos. Con que sólo uno de ellos desenvainara su espada con aire provocador, y esto era bastante habitual en los soldados mérgalos, ninguno de sus compañeros volvería a salir jamás del bosque.

—Déjame pasar, Lago —le ordenó al silfo rubio una voz femenina aunque acostumbrada a hablar con dureza—. No los matéis todavía.

Se trataba de una joven hada de rebeldes rizos castaños, retirados con una cinta para dejar su frente pecosa despejada. Iba armada, como sus

congéneres, y se la veía muy diligente y segura de sí misma mientras batía con poderío sus alas de libélula. Al escucharla, aquel silfo le abrió paso bajando su lanza con cautela y ella se posó valientemente delante de Jórak, que iba a la cabeza del grupo. Éste, por su parte, se limitó a observarla, tranquilo y sin miedo. Sabía que eran tiempos difíciles, que los *féeros* estaban atemorizados y que su temor los incitaba a actuar de aquella manera tan desagradable e impropia de ellos. Pero, precisamente por eso, no se lo tendría en cuenta.

—¿A qué habéis venido esta vez? —le preguntó el hada, con inminente desprecio y torciendo la boca en señal de desaprobación. La tensión inundaba todos los músculos del cuerpo de aquella joven, incluidos los de su mandíbula, que mantenía muy prieta, como conteniendo un mordisco de rabia. En cambio Jórak, que no se sentía intimidado por ella, se limitó a pensar qué palabras escogería para contestarle sin causar más problemas a su comitiva.

—Me envían desde Mergalia para hablar con el gran jefe Abhain Negroboj —respondió con calma. Su voz sonaba profunda y sincera. Tanto, que el hada se quedó contrariada por un instante, aunque la paz que transmitía su interlocutor no hizo sino ponerla más nerviosa aún.

—¿Cómo? —exclamó autoritaria—. ¿Venís de Mergalia acompañado por varios soldados armados y decís que sólo queréis hablar?

Jórak asintió sin mudar su expresión serena. Él decía la verdad. Luego prosiguió:

—Sólo soy un emisario. Además, tengo entendido que tenemos una tregua.

Esa última afirmación desató innumerables murmullos entre los *féeros* y decenas de miradas vengativas se cruzaron entre ellos y los humanos. Entonces Jórak, confuso, comprendió que desconocía algún episodio importante de aquella historia, aunque no era momento para hacer preguntas. “Mi hermano ha vuelto a mentirme”, pensó, molesto. El hada guerrera, por otro lado, pareció percatarse de ello y comenzó a tratarlo con menos desdén.

—Dices la verdad, humano. Te dejaremos visitar al gran jefe. Pero sólo a ti. Ahora baja del caballo y entrega aquí todas las armas que lleves encima.

–Yo no voy armado –respondió Jórak apeándose del animal–, tan sólo soy un...

–¡Registradle! –ordenó el hada, haciendo caso omiso de sus justificaciones.

Acto seguido, Lago, el silfo rubio, palpó con rapidez la túnica de Jórak, que levantó los brazos sin oponer resistencia. Después le quitó el zurrón, su único equipaje: allí tan sólo encontró un mendrugo de pan, un trozo de queso endurecido y, curiosamente, algunas joyas de oro puro, envueltas en terciopelo.

–Son regalos –explicó Jórak antes de que pudieran preguntarle–, cortesía de mi señor, para vuestro jefe.

Lago y el hada guerrera se miraron entre sí y parecieron estar de acuerdo en que permitirían al humano pasar con el zurrón.

–¡Síguenos, humano! –le ordenó ella, cerrando la conversación. Ésta comenzó a caminar delante de Jórak, con la cabeza erguida y la espalda recta, sin soltar su lanza. Al menos cinco guerreros más rodeaban al humano, apuntándole con sus armas, dispuestos a clavárselas al mínimo atisbo de rebeldía. Pero Jórak caminaba apacible, para sorpresa de sus enemigos.

Poco después abandonaron el lugar en el que los soldados mérgalos esperaban, amenazados por los *féeros*, y siguieron andando hasta llegar a un rudimentario poblado compuesto por varias chozas de planta circular, construidas con piedra y techos de madera y paja. Entre todas las viviendas había una que era, con diferencia, la más grande. El hada ordenó a Jórak y a los duendes que la esperasen y se dirigió hacia ella, penetrando después en su interior.

–¡Padre, un humano quiere verte! –exclamó. Su padre, el gran jefe, era un duende enorme que había rebasado la madurez, de mayor tamaño que muchos humanos de la zona. Tenía el cuello ancho y la espalda extensa, los brazos fornidos y unas manos grandes y duras como la roca. Llevaba la cabellera, del color del trigo, recogida en dos trenzas que caían por encima de sus prominentes hombros, y una barba muy espesa poblaba la parte inferior de su rostro, confiriéndole el porte de un macho cabrío. Sus ojos, rasgados y verdes, se habían fruncido con fiereza al escuchar a su hija y, a decir verdad, mostraba una imagen temible e imponente.

–Saldré a recibirlo, Maeror –ordenó con voz grave–, tú llévate a tu hermana.

–Está bien, padre –respondió ella sin rechistar–. Vámonos, Lila.

La pequeña Lila Negroboj jugaba junto al fuego con un juguete hecho de ramas. Aunque había heredado el cabello trigueño de su padre, guardaba gran semejanza con su hermana mayor. Ambas tenían en común el color de ojos del gran jefe. En seguida Maeror la cogió por un brazo y se la llevó de allí.

Fuera de la choza Jórak las vio marcharse en tanto que esperaba pacientemente el momento del encuentro. Acto seguido, la majestuosa figura de Abhain Negroboj salió de allí con gesto hosco. El gran jefe llevaba el torso al descubierto, cruzado por el asa de su carcaj, y sobre la clara piel de su pecho velludo lucían varias cicatrices, tal vez hechas con puntas de acero. Un faldón oscuro atado a su ancha cintura lo cubría hasta las rodillas y, al igual que los del resto de su especie, no iba calzado.

–¿En nombre de quién venís? –pronunció con una ferocidad palpable en su tono.

–Me envía mi hermano, Dagus de Anshuz –respondió Jórak con firmeza–, dueño y señor de la ciudadela de Mergalia.

A Abhain Negroboj no le agradó en absoluto escuchar aquel nombre. Tampoco le gustó que el humano que le hablaba en esos momentos guardara parentesco con aquel demonio. Sin embargo escrutó a su interlocutor minuciosamente y, luego, se acercó para mirarlo de cerca mientras éste agachaba la cabeza en señal de respeto, arrodillándose en actitud reverencial. Jórak de Anshuz era la mitad de corpulento que el venerable jefe, también bastante más joven. El tabique de su nariz dibujaba una curva ligera, dando a su rostro un aire masculino, como también la barba oscura que poblaba sus quijadas. Sus ojos eran pequeños, cálidos y del color de las avellanas y, además, poseían la virtud de transmitir sosiego y coraje a quien los mirara. Una sensación que Abhain Negroboj, por lo visto, también percibió.

–Entra en mi casa, humano –resolvió finalmente–, tú solo. Mis guerreros esperarán afuera.

Abhain se dio media vuelta mientras Jórak se disponía a seguirlo. La choza del gran jefe era cálida y acogedora, y olía a hierbas aromáticas y a la

madera que el fuego consumía, calentando así toda la estancia. El joven humano agradeció aquella sensación de calor que aliviaría en él el mordisco del frío que lo había invadido durante el incómodo viaje hasta allí. Los suelos eran de tierra y estaban cubiertos por alfombras de esparto, elaboradas con suma delicadeza por las manos artesanas de los *féeros*. No había muebles aunque sí varias vasijas y tinajas de barro, y también numerosas guirnaldas de flores o frutas secas que adornaban las paredes. Abhain tomó un cesto lleno de uvas recién cogidas y lo colocó en el suelo, justo en el lugar en que iba a transcurrir la reunión. Sin embargo, Jórak esperaba todavía junto a la puerta, prudentemente.

–Pasa y siéntate –lo invitó el gran jefe sin dejar de guardar la distancia. El humano, para no resultar descortés, obedeció y se sentó en el lugar que su anfitrión le había indicado—. Come cuanto quieras. También te traeré de beber. La guerra no nos ha hecho olvidar la hospitalidad aquí.

–Gracias –respondió Jórak, aunque era obvio que no tenía previsto comer nada. El motivo por el que había llegado hasta allí no lo animaba en absoluto a disfrutar de aquel encuentro.

A continuación, Abhain tomó asiento frente a él. Incluso sentado parecía imponente. Había llenado dos tazas con un líquido negro y aromático que humeaba en un puchero sobre el fuego, y una de ellas, evidentemente, era para su accidentado huésped. El humano dio las gracias de nuevo y la tomó entre sus manos. Estaba ardiendo. Por eso la dejó en el suelo y aprovechó el momento para extraer de su zurrón los dos brazaletes de oro que tanto habían sorprendido al silfo Lago cuando registró su equipaje. Los mostró al gran jefe y, después, se levantó para colocarlos a sus pies. Luego volvió a tomar asiento mientras Abhain los examinaba, escéptico, sin ni siquiera cogerlos con la mano.

–Son regalos de mi señor para vuestras hijas –le informó Jórak.

–No los necesitarán nunca, puedes llevártelos de vuelta –espetó el duende con acritud—. Y ahora contéstame, ¿quién eres y a qué has venido?

–Mi nombre es Jórak –se presentó él, sin parecer ofendido—, y soy el hermano mayor de Dagus de Anshuz. Mi señor me pidió encarecidamente que viniese en su nombre ante la situación de conflicto que existe entre vuestro pueblo y el nuestro. Dagus insiste en la idea de delimitar una

verdadera frontera entre ambos y quería que fuera yo quien os lo transmitiera.

—¿Cuándo os daréis cuenta los humanos de que la tierra no os pertenece? Ni a vosotros ni a nadie, sólo a los dioses. Por más murallas que alcéis ellos son quienes seguirán rigiendo los ciclos que harán que podáis comer, o que os muráis de hambre si continuáis desafiándolos con vuestra insolencia.

Jórak, asumiendo los reproches de Abhain estoicamente, intentó continuar con el cometido que le había sido enmendado, muy a su pesar. Hablaba despacio y sin alterarse, y parecía un hombre sensato.

—Mi señor me ha informado de que las relaciones entre nuestros pueblos están resultando ser cada vez más difíciles, y por eso me decidí a venir yo mismo en persona para encontrar una solución.

Abhain se puso colorado de rabia al escucharlo y dio un golpe con el puño en el suelo mientras Jórak, aunque no poco impresionado por su aspecto feroz, perseveraba tranquilo y atento.

—¿Difíciles? —clamó el gran jefe—. ¿A qué llamáis difíciles? ¿A cuántos más de nosotros vais a asesinar para conseguir someter a mi gente?

Jórak vaciló un instante. Escuchaba con atención a Abhain sin sentirse intimidado, sin entrar en discusión con él pese a lo controvertida que se planteaba aquella conversación. En lugar de intentar imponer sus razones el humano tenía en cuenta la opinión del duende, quien a pesar de todo no dejaba de ser políticamente su enemigo.

—Gran jefe Abhain —comenzó con una serenidad admirable—, siento los daños que está sufriendo vuestra gente. Yo mismo me he prestado a ayudar a mi hermano a detener esta guerra.

—¿Una guerra? —contestó Abhain sin dejar de acalorarse—. Lo que ocurrió hace diez días no fue un combate justo en el marco de una batalla. Fue un homicidio. ¿O es que no lo vais a reconocer? Además, rompisteis la tregua.

En ese instante Jórak lo observó, confuso. No sabía qué responder porque ignoraba el suceso del que le estaba hablando el duende, aunque de pronto se acordó del cruce de miradas hostiles que había tenido lugar entre los *féeros* y los soldados de su hermano en el bosque, hacía tan sólo unos minutos, cuando él mismo mencionó la dichosa tregua. Era obvio que algo

se le escapaba, pues cada minuto que pasaba se daba más cuenta de que Dagus no se lo había contado todo.

Mientras se acercaba la taza a los labios para saborear por pura cortesía aquella bebida caliente de aroma terroso, comenzó a preguntarse qué habría ocurrido por aquellas tierras durante sus largas eras de retiro. Al fin y al cabo, él había pasado casi toda la vida fuera de su pueblo natal, aislado en las Cumbres. Decidió entonces no aventurarse a sacar conjeturas y, por el contrario, reconoció delante de Abhain que no estaba al tanto de aquello. El venerable jefe, por un momento, se quedó sin habla. Era evidente que le apetecía discutir y, por qué no, sacar su espada de guerra y pelear. Sin embargo, Jórak no le daba motivos para que lo asesinara allí mismo a sangre fría.

—Así que Dagus no te lo ha contado, ¿eh?

El humano negó humildemente con la cabeza y Abhain pensó que era muy diferente de casi todos cuantos había conocido. Parecía mucho más sabio que cualquiera de sus semejantes, a pesar de su juventud, y emanaba un coraje admirable. Por otro lado, y con gran decepción, Jórak confirmó sus sospechas acerca de las mentiras de su hermano.

—Vuestros hombres asesinaron a varias hadas hace unos días junto al arroyo —informó el gran jefe con aspereza. Jórak abrió cuanto pudo sus pequeños ojos, sorprendido y horrorizado a la vez. Luego, Abhain prosiguió—: Ellas no eran guerreras, ni siquiera iban armadas. Estaban recolectando algunos frutos en las orillas cuando, inesperadamente, una tropa de soldados de Mergalia las abordó del modo más violento, acusándolas de robar en los terrenos de vuestro señor. Sólo sobrevivieron dos. Y una de ellas es mi hija pequeña, Lila.

” Muchos de nosotros deseamos la venganza esa noche. Ardíamos en deseos de romper la tregua y contraatacaros, aunque ello fuera tan desleal como lo que hicieron vuestros soldados. Pero si nos dejáramos llevar por la ira, mi pueblo quedaría a la merced de tu señor, pues eso bastaría como excusa para que él nos enviara todas sus tropas y nos aniquilara sin ningún tipo de escrúpulo.

Jórak escuchaba con ferviente indignación el relato de Abhain. Sabía que no le estaba mintiendo, e incluso se preguntaba si su hermano, Dagus de Anshuz, era consciente de lo que sus soldados habían hecho o sí, por el

contrario, éstos se habían callado para no ser castigados por haber atacado sin recibir órdenes previamente.

—No tengo palabras, venerable jefe —resolvió Jórak, resignado—. Mi hermano no debe consentir que ocurra algo así. Por eso es urgente que busquemos entre ambos pueblos un camino que nos conduzca a la paz.

Abhain Negroboj, algo menos irritado que al principio, se bebió su taza de un sorbo y la dejó con rudeza sobre el suelo tras vaciarla. Afuera reinaban el silencio y una palpable tensión, y Jórak, por su parte, se sentía deshonorado y abatido de vergüenza por los crímenes cometidos en el nombre de su familia, pues durante mucho tiempo había albergado la esperanza de que las circunstancias hubieran mejorado en su ausencia. Una vez más, como ya le había sucedido en otras ocasiones mientras crecía en las Cumbres alejado del resto del mundo, le asaltó una dolorosa sensación de culpa por haber dejado el mando a su hermano menor. Además, se sintió condenadamente ingenuo.

—¿No tienes miedo de estar aquí? —le preguntó el gran jefe. Jórak negó con la cabeza.

—Mi corazón y mis manos están limpios, así que no tengo nada que temer.

Abhain volvió a observarlo con detenimiento. Desde que Jórak había entrado en su choza, a veces tenía la sensación de tener frente a sus ojos a uno de los suyos, como si percibiese en aquél virtudes más propias de los seres feéricos que de los humanos.

—Eres muy diferente a tu hermano —concluyó Abhain—, él es despreciable. Tú, en cambio, eres distinto a todos los humanos de tu pueblo. Tu alma conserva la pureza. Qué extraño. ¿Seguro que vienes de Mergalia?

—En realidad he pasado las últimas veinte eras de mi vida muy lejos de estas tierras, renegando de mi linaje y mi patria. Cuando mi madre murió, le pedí a mi padre que me enviara a educarme a las Cumbres con los Trece Sabios. Yo tan sólo era un niño, pero tenía muy claro que no deseaba suceder a los Anshuz. Por eso, a pesar de ser el primogénito, decidí abandonar mi tierra natal y ordenarme sacerdote. Me prometí a mí mismo no regresar jamás a Mergalia. Sin embargo, no pude evitar tener un momento de flaqueza cuando recibí a los mensajeros de mi hermano, hace

tres semanas. Entonces creí que Dagus necesitaba mi ayuda, que todavía podía salvar su alma y conducirlo a la redención...

Abhain había estado una vez en las Cumbres de los Sabios. Los humanos que las habitaban eran sacerdotes y sacerdotisas que conservaban la fe en la Gran Madre y todavía honraban la tierra y sus ciclos ancestrales. ¿Cómo no se lo había imaginado? Era evidente que Jórak poseía aquella naturaleza y que, seguramente, con el paso de las eras se convertiría en un Sabio más. Por ese motivo al gran jefe le afligió que aquel humano tan respetable fuera su adversario.

—¿Cuándo llegaste a Mergalia? —le preguntó—. Hasta entonces no te habíamos visto nunca, ni siquiera sabíamos de ti.

—Ayer por la noche regresé a la fortaleza, el lugar en que nací. Mi hermano mandó a sus mensajeros a buscarme a las Cumbres, alegando que me necesitaba, tras veinte años sin haber sabido nada el uno del otro. Así que me compadecí de él. Creí que necesitaba mi consejo, que quizás mi ayuda lo empujaría a gobernar de un modo menos tiránico. Y ésa es la razón de mi regreso a Mergalia, un lugar que, en realidad, siempre desprecié.

Jórak dio un segundo aunque breve sorbo a su taza mientras un telón de nostalgia y de tristezas antiguas afloraba en sus ojos.

—Entiendo —asintió Abhain—. Tú mismo te diste cuenta, siendo niño, de que la ambición de tus ancestros ha demostrado generación tras generación ser insaciable, ¿verdad? Pues siento decirte que la tiranía de tu hermano tampoco conoce límites: ha invertido todos sus esfuerzos en formar un ejército numeroso e implacable, el mejor que Mergalia jamás ha tenido en toda su historia. Y, desde entonces, se adueña de toda la tierra que se le antoja, cercándola con murallas para que nadie más que su gente pueda pisarla. A estas alturas Dagus y sus hombres ya han colonizado a todos los pequeños poblados de los alrededores y a varios de los grandes señoríos del continente. En dos generaciones más serán los dueños de todo el lugar.

Jórak se sentía como un estúpido, aunque también como un egoísta. En realidad se había desentendido toda su vida del orden devastador que imperaba por culpa de su familia. Sin embargo, ahora se le caía la realidad encima, como un aguacero, para descubrir que todo allí no había hecho más que empeorar. ¿Cómo había sido capaz de dejar el mando a su hermano? Se reprochó una vez más el haberse desvinculado de su pueblo natal durante

las últimas veinte eras y supo que, si se hubiera quedado ejerciendo como señor feudal, cargo que le correspondía legítimamente, la historia de Mergalia habría dado un giro sorprendente. Pero ahora era tarde para seguir lamentándose por haber escapado de tantas responsabilidades. Supuso entonces que sólo le quedaba comenzar a cambiar las circunstancias desde aquel mismo instante, e intuyó que, por algún motivo que desconocía, el destino lo había conducido esa mañana hasta la casa de sus enemigos para obligarle a posicionarse de una maldita vez.

–Nosotros no estamos invadiendo la tierra de nadie, Jórak –le explicó el gran jefe con resignación–, tan sólo habitamos el mundo. La Gran Madre tiene espacio para todos. Y confío en que puedas explicarle esto a tu hermano, aunque él seguramente no lo entienda como tú porque su corazón es oscuro y está podrido de avaricia.

El humano continuaba contrariado. Hablar con Abhain Negroboj le había mostrado una verdad incómoda y dolorosa que ya no era capaz de ignorar. Ahora que ya conocía el modo en que Dagus, a la manera en que lo habían hecho sus antepasados, estaba tiranizando a los pacíficos pueblos del bosque de Árguembhork, debía buscar una solución para impedirlo, aunque tuviera que renegar de su propia sangre una vez más.

–Llévate las joyas, humano. No las quiero para mis hijas –le indicó Abhain cogiendo los brazaletes de oro con desprecio. Jórak lo miró con empatía a la vez que negaba con la cabeza.

–Yo tampoco las necesito. En el lugar en que me he educado la Gran Madre nos colma de regalos cada día a través de sus árboles, plantas y ríos. Y es allí a donde debo regresar en cuanto arregle esta situación.

Al escucharle, Abhain admiró una vez más la sensatez y la honestidad de Jórak. Se levantó en primer lugar, dando por zanjado aquel encuentro, y después lo hizo el humano. El gran jefe le estrechó la mano con respeto y, luego, lo acompañó hasta la puerta de la choza. Pero justo cuando iba a retirar la cortina de juncos que cubría la entrada, se giró para hablarle por última vez.

–Pongo en ti todas las esperanzas de mi pueblo, humano, pues si tú no logras detener esta guerra, si no eres tú quien consiga hacer razonar a tu hermano, entonces nadie podrá.

–Haré cuanto esté en mi mano, Abhain Negroboj –respondió Jórak–, os lo prometo.

–Gracias, Jórak. Recibe la bendición de mi raza.

Dicho esto, Jórak le dio las gracias por todo y se despidió con parquedad. Salió de la choza despacio y el grupo de *féeros* guerreros que lo había acompañado hasta ella volvió a rodearlo.

–Guiadlo hasta su caballo –ordenó Abhain con su fuerte tono de voz–, y dejadlos marchar nuevamente a Mergalia. A todos. No les hagáis daño. Recordad que tenemos una tregua y que los *féeros* somos leales a los pactos.

Las órdenes del gran jefe de los poblados del Este arrancaron expresiones de frustración entre sus guerreros. Jórak intuyó que todos ellos deseaban darles muerte a él y a los soldados humanos que lo habían escoltado hasta allí para vengar a las víctimas asesinadas días atrás. Sin embargo tenían el suficiente honor como para no desobedecer a su jefe ni romper la tregua.

Jórak admiró la honestidad de Abhain Negroboj y se dijo a sí mismo que no podía luchar en contra de un jefe tan venerable y justo. Entonces abandonó la aldea, cargando con la vergüenza, la tristeza y el dolor que le había causado saber de los asesinatos cometidos por los hombres de Dagus de Anshuz. Esa misma noche estaría de vuelta en Mergalia y hablaría con su hermano para dar un giro a aquella guerra absurda y devastadora.

Linaje de tiranos

Jórak y los soldados divisaron las murallas de Mergalia al atardecer, hartos de mojarse bajo la lluvia. Varias columnas de humo ascendían desde allí dentro y, a pesar de la distancia, ya se percibía el envolvente y grasiento olor de la carne asada, un olor que solía predominar en los rincones de la ciudadela. El cielo nublado se estaba ennegreciendo rápidamente y algunos relámpagos relucían en la lejanía, augurando una espantosa tormenta.

El sacerdote, que no había mediado palabra con ninguno de aquellos bárbaros durante todo el viaje de vuelta, recordó la impresión que le había causado encontrar la ciudadela ante sus ojos hacía apenas un día: los muros y la fortificación daban a su pueblo natal el aspecto de un feudo inhóspito y carente de vida. Y si alguna vez Jórak había albergado dudas sobre regresar allí, éstas ya se habían disipado por completo. En cuanto tuviera ocasión volvería a las Cumbres de los Sabios, en donde la vida en plena naturaleza era mucho más dura, aunque más satisfactoria.

Las almenas de la muralla estaban plagadas de soldados que ordenaron abrir los portones en cuanto vieron aproximarse a caballo a Jórak y a sus acompañantes. Allí, sobre el arco que unía las dos torres de flanco, colgaba una multitud de cráneos humanos y fééricos, limpios ya de cualquier resto que denotara que habían pertenecido a seres con vida, pues era costumbre desde el principio de los tiempos que los caciques mérgalos colgasen las cabezas de todos los líderes y reyes cuyas tierras habían conquistado. Una costumbre que Jórak siempre había detestado y que ahora todavía le sobrecogía más.

En cuanto penetraron en la ciudadela descubrieron que en el patio de armas no había cesado la actividad. Algunas lonas como las que se utilizaban durante los festejos se habían desplegado para que sirvieran de techo en las jornadas lluviosas como aquélla. De esa manera los entrenamientos militares

se hacían mucho más llevaderos durante los días de peor clima y se podían prolongar hasta casi el anochecer.

Dagus de Anshuz se encontraba allí mientras entrenaba con sus soldados. El señor feudal luchaba contra ellos violentamente, armado con su hacha de guerra y un escudo redondo de cuero. Guardaba cierto parecido físico con su hermano y lo superaba en complexión, aunque no en altura. Peleaba con el torso desnudo y su cuerpo musculado estaba marcado por varias cicatrices recibidas en la batalla. En su pecho había un emblema tatuado que representaba una cabeza de ciervo macho, y su cabello, de igual color que el de Jórak, le brotaba desde la frente dibujando sobre ésta un saliente en forma de pico. De sus orejas colgaban sendos aros de oro y su rostro no emanaba, ni por asomo, la honestidad que el de su hermano. Además iba afeitado, y se podía apreciar que su piel era basta y curtida. Tenía una desviación en el tabique de la nariz, probablemente fruto de algún golpe, y sus ojos, aunque también eran pequeños y castaños, transmitían ferocidad.

El sonido metálico de las armas al entrec chocar y los gruñidos de ímpetu de los soldados era lo único que se escuchaba durante aquella tarde gris y lluviosa. Los hombres exhalaban vaho por la boca debido al frío que impregnaba el aire, aunque eso no se convertía en una excusa para dejar de entrenarse. Justo entonces la figura firme de Jórak de Anshuz se personó allí, y Dagus, al verlo, abandonó en seguida cuanto estaba haciendo, pues deseaba que su hermano le trajera nuevas sobre la negociación con los *féeros*.

—Jórak, hermano —lo saludó, sorprendido por encontrarlo sano y salvo—, entremos a tomar una taza de vino caliente. Supongo que tenemos mucho de qué hablar.

Pero Jórak no le devolvió el saludo. Su expresión era funesta y Dagus se percató de ello.

—¿Qué sucede? —le preguntó. Jórak lo miraba con reprobación.

—Nada que pueda contarse en un patio de armas, rodeados de soldados —respondió con frialdad. Dagus se quedó sorprendido por su reacción. De hecho, le disgustó que su hermano mayor le hablase con tanta severidad.

—¿Por qué no subes a mi cámara y te quitas la ropa mojada? —le ofreció, observándolo de arriba abajo—. Estás empapado. Tal vez las criadas puedan prepararte un baño caliente.

La mirada de Dagus se tornó lasciva y su sonrisa, perversa, mientras le hacía aquella apetecible propuesta. Entonces Jórak frunció el ceño, indignado. En verdad había deseado dar una oportunidad a su hermano y no juzgarlo de antemano. Pero muy a su pesar iba comprobando poco a poco cómo el poder también había ido extrayendo lo peor de éste, al igual que había ocurrido con todos sus antepasados.

—Bien —se ofendió Dagus al considerar que Jórak había sido un ingrato con su generosidad—, tú mismo. Entremos pues. A ver con qué me sorprenden esos diablos de Árguembhork esta vez.

Dagus de Anshuz adelantó a su hermano, con soberbia, y atravesó un portón de madera maciza que conducía al interior de su rudimentario castillo mientras Jórak lo seguía en silencio. Tenía los cabellos y la ropa tan empapados que pesaban el doble. Tan sólo su vieja y desgastada pelliza de oveja lo había protegido de la humedad pero, aun así, llevaba las botas encharcadas y tenía frío. Si no se afanaba por entrar en calor pronto, tal vez enfermaría.

Los dos hermanos desfilaron por algunos corredores iluminados por antorchas, cuyas frías paredes se habían cubierto con tapices para hacer más acogedores aquellos rincones. Había algunos escudos colgados como ornamentos, viejos y con muestras de haber sido utilizados en la guerra por los ancestros del pueblo de Mergalia. Después se cruzaron con algunas mujeres, sirvientas que reverenciaron a Dagus al pasar por su lado. El señor de Mergalia correspondió al saludo con despotismo y continuó caminando con paso veloz hasta que, finalmente, llegaron hasta el salón familiar. Una vez allí el tirano, con una mirada amenazadora, logró desalojar en un instante a los criados que se hallaban dentro, y sólo un par de perros de caza dormidos ante la chimenea tuvieron el privilegio de quedarse. Justo después, cuando su hermano y él se quedaron a solas, cerró la puerta con brusquedad. Pero a pesar de que la violencia se palpaba en todos sus gestos, Jórak no le tenía ningún miedo.

—Bueno, hermano —comenzó Dagus mientras se arrodillaba junto al fuego de la chimenea para avivarlo con un poco de leña—, he de reconocer que no esperaba que volvieras tan pronto. A decir verdad, no esperaba que volvieras vivo.

El suelo del salón estaba recubierto por una gruesa alfombra de color rojo burdeos, y unos tupidos cortinones cubrían las pequeñas ventanas de los muros. El muro de la chimenea se encontraba adornado con los imponentes cuernos de un ciervo gigante, el Ciervo Rey, al que el primero de los antepasados de la familia de Mergalia, Aizcorus de Anshuz, había logrado cazar con su hacha. A Jórak, sin embargo, le avergonzaba profundamente aquel hecho que enorgullecía a todos sus parientes.

Se le habían olvidado ya aquellos detalles que despertaron en él profundos recuerdos de su niñez. Luego se quitó las botas y se colocó junto al fuego, sintiendo el alivio del calor: era lo mínimo que podía hacer hasta que llegara a su celda para desvestirse. Detrás de él, Dagus se sentó en torno a una antigua y robusta mesa rectangular. Sobre ella los siervos procuraban dejar manzanas, pan, tocino ahumado y un jarro de agua fresca cada día. Así pues el señor de Mergalia, que todavía tenía la piel sudorosa, se sirvió una copa para saciar su sed.

—Estoy abochornado —se quejó Jórak contundente, aunque sin perder la calma—. Me envías como emisario para negociar la paz y me veo salpicado por los crímenes que tus hombres están cometiendo deliberadamente.

—¿Crímenes? —se sorprendió Dagus—. Tenemos una tregua. ¿Eso te lo han contado los *féeros*?

A Jórak le exasperaba la indiferencia con que su hermano recibía sus impresiones. Dagus, por su parte, tomó una manzana roja del frutero y la mordió, sin más, mientras que a Jórak se le retorcían de rabia las entrañas al comprobar cuál era su actitud.

—Tus soldados mataron hace diez días a un grupo de hadas que recolectaban junto al arroyo —le informó con la esperanza de arrancarle una pizca de compasión—. Iban desarmadas, y había niñas.

El señor de Mergalia arqueó las cejas emulando una mueca de sorpresa, aunque no pareció impresionarle aquel suceso. Entonces, y como si aquello no fuera con él, continuó comiendo hasta tragarse el trozo de manzana que estaba masticando.

—¿Mis soldados? —se dijo, pensativo—. Lo que me extraña es que sólo las mataran.

Jórak, una vez más, se quedó sobrecogido por la crueldad de su hermano y su dudosa moral. Parecía como si después de todo aquel tiempo

sin verse a Dagus no le quedasen sentimientos. Él también percibía, como Abhain Negroboj, que la naturaleza de su hermano menor era muy oscura. Sin embargo, todavía confiaba en poder salvarlo de su propia mezquindad. Quizás las palabras de un sacerdote pudieran hacerle entrar en razón y arrepentirse por sus crueldades. O quizás lo único que ocurría era que Jórak se sentía demasiado culpable por haberlo dejado allí solo con Varus, su padre, pues Dagus no había tenido más referentes que el de aquel hombre, tan abominable como todos sus antecesores.

–Eso es terrible –protestó Jórak, endureciendo su tono de voz, aunque sin impacientarse–, tus hombres se han saltado la tregua y han asesinado a víctimas inocentes. Ellas no eran guerreras. La desigualdad de condiciones era considerable. ¿Es que no vas a castigar a tus soldados?

Dagus miraba a su hermano con una sonrisa burlona, pues no se estaba tomando en serio nada de lo que le decía. Él pensaba que Jórak nunca había tenido talento para la guerra y que, por tanto, su opinión al respecto era infantil e insignificante, como la de cualquier mujer.

–Castigarlos... –se mofó Dagus, echando al fuego el hueso de la manzana que acababa de comerse–. Mis soldados son sumisos a mis órdenes. Todo cuanto hagan por defender nuestras tierras estará bien hecho, como por ejemplo matar a los invasores antes de que puedan cruzar nuestra muralla.

–¿Invasores? –se enfureció Jórak–. ¿Llamas *invasores* a unas hadas recolectoras?

Sin embargo, Dagus se encogió de hombros con irritante desidia.

–Si se acercan a la muralla más de lo debido, deben pagar las consecuencias.

El señor de Mergalia estiró el brazo para alcanzar otra manzana, pero Jórak se levantó de donde estaba y se la arrancó de la mano con ira, lanzándola después contra una de las paredes. La manzana reventó, dejando una mancha en el tapiz que cubría el muro, y los perros levantaron sus cabezas, sobresaltados. Su hermano clavó en él sus ojos fulgurantes de odio, pero Jórak no cedió a su intimidación. Es más: le sostuvo la mirada.

–Jórak, ten por seguro que si no fueras mi hermano ya te habría hecho decapitar.

–¿Y qué ganarías con eso? –respondió Jórak–. ¿Qué hay de la educación que recibiste de nuestro viejo sacerdote? ¿Ya no recuerdas lo que nos enseñó Quercus Tejón sobre el respeto a los otros pueblos?

Dagus se echó a reír con insolencia ante la indignación de su hermano. Al fin y al cabo, siempre había sido cruel con los que consideraba más débiles que él.

–¿Acabas de llegar de tus malditas Cumbres y ya estás intentando amonestarme? –le preguntó en tono provocador–. Ese gesto no es nada humilde por tu parte, Jórak. ¿Es que los Sabios no te han enseñado modestia y decoro?

Jórak notaba que aquella conversación estaba condenada. No merecía la pena continuar discutiendo con su hermano, borracho de poder y tiranía, pues de lo contrario se pondría a su altura. Y eso, desde luego, no era propio de él.

–Te daré una última oportunidad, Dagus –lo amenazó al fin. Sus ojos del color de las avellanas se volvieron imponentes de pronto, y aunque no poseía la complexión de un guerrero, la dureza de la vida en las Cumbres había fortalecido su cuerpo y también su espíritu. Y su hermano lo percibía mientras lo escrutaba con asco.

–Detén los ataques –prosiguió Jórak–, retira tus tropas del bosque y firma la paz. Accede, o me veré obligado a tomar el mando de Mergalia, como me corresponde por ser el hermano mayor. No olvides que yo soy el heredero legítimo de este maldito feudo.

Dagus de Anshuz, irritado por aquella amenaza, se levantó de la silla en la que estaba sentado. Sacó pecho, jactancioso, e hizo alarde de su musculatura mientras se acercaba a Jórak. Pero éste, firme como una roca, no retrocedió ni un paso. Jamás se doblegaría ante la tiranía de su hermano. Incluso si le golpeaba la cara allí mismo con sus puños de acero, soportaría con orgullo el dolor.

–Te advierto que los dioses te pagarán con lo que tú estás haciendo a los demás –le avisó, sin flaquear.

–¿Crees que me dan miedo los dioses? –le preguntó Dagus. Jórak continuaba reteniéndole la mirada.

–Te lo darán el día en que decidan hacer justicia contigo –respondió. El tirano seguía acuchillándolo con sus ojos hostiles, mas no le levantó la

mano. Aunque no lo reconocería nunca, Jórak le infundía mucho respeto, pues era su hermano mayor, le gustase o no. Además, en el fondo sabía que el sacerdote era el más valiente de los dos y que, por ese motivo, no necesitaba mostrarse agresivo.

—Eres un tozudo como yo, hermano —resolvió Dagus al fin, dando a su voz un tono más amistoso con la intención de restarle tensión a aquel desencuentro. Entonces esbozó una sonrisa maliciosa, pero Jórak no cedió. Debía perseverar si quería seguir manteniendo el respeto de su monstruoso hermano.

—Mañana por la noche habrás tomado ya una decisión —le advirtió—, después reconsideraré asumir el mando de Mergalia. Si no lo haces, ten por seguro que yo seré el señor feudal de este lugar hasta que pagues por todos tus crímenes.

Y tras decir esto, Jórak se dio la vuelta, cogió sus botas embarradas y salió del salón, descalzo, dando un portazo tras su espalda sin girarse si quiera a mirar a Dagus.

La visita de Bran

–¡Lo ha vuelto a hacer! –exclamó Avernus, indignado, tras irrumpir inesperadamente en el tranquilo hogar de Thot. El Guardián del Destino, por su parte, continuaba sentado frente a su escritorio sin soltar la pluma. Cuando terminó la frase que estaba redactando entonces se giró y saludó a Avernus con amabilidad. Luego abrió la tetera que había sobre su mesa de trabajo y puso cara de decepción al comprobar que el té se le había quedado frío.

–Tendré que hacer más –observó–, espera aquí mientras lo busco. Lora ha vuelto a ordenarlo todo y ahora no encuentro nada.

–No te molestes por mí, Thot –le dijo Avernus cortésmente. La indiferencia del viejo Thot ante su indignación lo exasperaba. Pero el Guardián del Destino, a pesar de darse cuenta, no por ello se daba más prisa por acabar sus tareas. Siempre le decía que debía cultivar la paciencia. Aunque, claro, ésta no era la mejor virtud del Dueño del Tiempo.

Después de varios intentos por encontrar el dichoso té, rebuscando entre cestas y vasijas, Thot desistió tras haber dejado toda la estancia igual o más desordenada que antes de que Lora Nenúfar la recolocase. Al hada guardiana no le iba a gustar nada encontrarla de aquella manera, así que, consciente de ello, Thot amontonó todos los objetos lo mejor que pudo mientras Avernus resoplaba, cruzado de brazos, en el centro de la casa árbol. Finalmente, el duende de la barba larga y roja se dirigió a su invitado.

–¿Qué te reconcome, amigo? –le preguntó. El trato de Thot era siempre tan afable que resultaba imposible enfadarse con él. Luego, Avernus se desahogó.

–Se trata del muchacho –respondió con tono acusador.

–¿Te refieres a Bran? ¿Qué ha hecho esta vez?

–Ha vuelto a salir de su guarida, a pesar de que ya fui a advertirle una vez que no podía hacerlo hasta que recibiese nuestro permiso.

Thot lo escuchaba tranquilo, asintiendo con naturalidad, como si ya se lo hubiera imaginado. Mientras tanto, Avernus hablaba atropelladamente y su tez oscura parecía estar tornándose roja de rabia, así que el Guardián del Destino esperó a que dijera todo lo que tenía que decir. Era evidente que Avernus sentía un desdén insoportable hacia el joven Bran.

–Te agradezco que estés pendiente de él, Avernus –le informó Thot, un poco más preocupado–, Bran es impetuoso y algo indisciplinado. Algo propio de los jóvenes. Pero confío en que pronto aprenderá por qué es tan importante respetar el Equilibrio.

–¿Y si rompe el Equilibrio antes de darse cuenta? –elucubró Avernus, disconforme con la respuesta de Thot. El Dueño del Tiempo esperaba algún castigo o medida a tomar respecto a Bran, sin embargo el viejo duende, a su parecer, se mostraba demasiado piadoso.

–Tranquilízate, Avernus –le sugirió Thot, hablándole con parsimonia–. Pronto encontrará su lugar, descubrirá su oficio y madurará. Lo cual no quita que a partir de ahora Narmo, tú y yo nos esforcemos más por vigilarlo y amonestarlo, no sea que vaya a suceder algo inesperado.

Avernus se quedó algo más satisfecho con esta decisión de Thot. Le parecía justo que los demás veteranos le ayudaran en aquella labor, pues Bran y él se peleaban cada vez que se veían.

–No obstante –prosiguió el Guardián del Destino–, presiento que Bran no mejorará por medio de los castigos y la disciplina. Esto tan sólo alimentará más su inquietud por burlar las normas. Intentemos ser comprensivos y acompañarle en lugar de censurarle todo el tiempo. Para él ha sido una primera era muy difícil durante la cual no ha dejado de equivocarse, y tiene la impresión de que, hasta entonces, no ha logrado hacer nada bien. ¿Cómo te sentirías tú en ese caso, Avernus?

El Dueño del Tiempo ni siquiera se lo había planteado. Para él Bran era tan sólo un joven caprichoso y rebelde. No era capaz de comprender su comportamiento y, por tanto, le resultaba imposible ponerse en su lugar.

–Ya lo sé –se respondió a sí mismo Thot mientras se hacía un nudo más en la punta de su larguísima barba–, tú jamás te comportaste así. Tu naturaleza es diferente, Avernus. Siempre fuiste perfeccionista y

responsable, cualidades muy loables, sobre todo porque tu oficio lo requería así. Pero Bran...

–Todavía no conoce su oficio –añadió Avernus, culpabilizándolo.

–Bueno, eso no quiere decir nada –admitió Thot–, yo tardé muchísimo más en descubrir el mío.

–Pero tú estabas solo, Thot. Fuiste el primero. Los demás, en cambio, hemos ido despertando con cada vez más ventaja, pues la experiencia de los veteranos ha ido enriqueciendo a los recién llegados. Sin embargo Bran desprecia todos los consejos que hemos intentado darle.

Thot se encogió de hombros. No sabía qué responder ante aquello. Avernus tenía razón y también motivos para estar así de enfadado. A fin de cuentas, le había sido encomendada la labor de orientar a Bran mientras que Narmo se ocupaba de la discreta Arcana, que hasta ahora no les había dado ningún problema.

–¿No tienes una mínima idea de qué se le asignará? –preguntó Avernus a Thot, aun consciente de que era muy probable que no le diera esa información.

–Claro que la tengo –contestó Thot–, pues yo mismo estoy escribiendo su vida. Aunque últimamente estoy atascado en un punto del que no consigo pasar...

Avernus abrió con sorpresa sus exóticos ojos de color miel que brillaban con un aura dorada sobre su piel oscura y tersa. Se preguntaba si eso ya le habría ocurrido a Thot en otras ocasiones con sus libros de vidas.

–Por supuesto que sí –respondió el Guardián del Destino leyendo los pensamientos de su interlocutor. Avernus se sintió un poco avergonzado por dudar del talento de su hermano mayor, pero no dijo nada–. Y es algo muy molesto, de verdad. Llevo varios días detenido delante de su libro de vida y se me está acumulando el trabajo. Pero no hay de qué preocuparse. A veces sucede así: me bloqueo unos días y luego todo fluye, encaja y se resuelve. No temas por ello, amigo mío. En cuanto a su oficio, ya lo verás. Está a punto de descubrirlo. Y ahora, si me disculpas un momento, voy a preparar un poco de raíz tostada de achicoria.

Avernus se quedó perplejo ante la manera en que Thot había dado por zanjada aquella conversación sobre Bran. No era la primera vez que acudía a su casa a quejarse de lo difícil que estaba resultando educar a aquel

Elemental, pero al igual que en el resto de ocasiones, la única solución al problema era esperar, algo que el Dueño del Tiempo detestaba.

Por su parte, Thot había conseguido encontrar la raíz tostada de achicoria y ya se hallaba calentando agua para su tetera. Cuando el agua rompió a hervir el viejo duende quedó fascinado por las burbujas que se formaban en ella.

—¿Y Arcana? —preguntó Avernus para romper el hielo—. ¿Qué tal está evolucionando?

Thot, sin borrar de su rostro su acostumbrada sonrisa bondadosa, le indicó que se acercase a un enorme caldero negro de tres patas que había apoyado junto a una de las paredes de madera. El caldero estaba tapado y Avernus vaciló.

—Vamos —le instó el Guardián del Destino—, ábrelo. Estás en tu casa.

Aquel caldero oscuro y pesado era el *óculo* de Thot. Pero a pesar del ofrecimiento de éste, a Avernus le pareció adecuado pedir permiso antes de utilizar un *óculo* ajeno. Entonces, y puesto que Thot insistía, el Dueño del Tiempo levantó la tapa de aquél al que el viejo duende llamaba *el caldero del conocimiento*.

El caldero del conocimiento estaba lleno casi hasta arriba de agua. Agua limpia y pura. Avernus se concentró en ella, en la superficie circular que formaba, y ésta comenzó a brillar mientras despedía una luz plateada y candorosa. Acto seguido, las aguas se arremolinaron para mostrar la imagen de Arcana, acurrucada junto al fuego sagrado de llamas violetas que crepitaba eternamente en la isla de Óscrembhork.

Avernus la observaba con curiosidad mientras Thot se las apañaba para servir dos tazas con la bebida que acababa de preparar. La Dama de la Muerte continuaba en el mismo lugar en el que solía encontrarse siempre, observando el fuego con aire taciturno y sin la menor intención de moverse de allí.

—¿Por qué está tan triste? —preguntó Avernus, desconcertado. Thot se acercó a él y se asomó al caldero.

—Creo que no le gusta su oficio. Ser la Dama de la Muerte le aflige mucho.

Avernus la compadeció por un fugaz instante, pero después recobró su habitual pose altiva y reprobatoria.

–Pues no comprendo por qué no lo acepta –opinó con arrogancia–, sólo es un oficio. Y ella, una diosa que debe quedar a la merced de los designios divinos.

Thot, que también la contemplaba sobre las aguas del *óculo*, sintió lástima. Aunque éste, a diferencia de Avernus, no se molestó en ocultar sus verdaderos sentimientos. Amaba a Arcana al igual que amaba al resto de seres de Onhyria, y por ese motivo le dolía verla tan apagada.

–A simple vista –comenzó– te parecerá que el adiestramiento de Arcana ha sido mucho más sencillo que el de Bran. Bien, es cierto que con ella Narmo no ha tenido necesidad de discutir, ni siquiera de intervenir para impedirle hacer algo indebido. Arcana es fiel al Equilibrio y nunca lo quebranta. Sin embargo, me temo que su encarnación le ha reportado una consecuencia peor que sentir hambre, sed o dolor.

Avernus no entendía muy bien a qué se refería Thot. En apariencia, Arcana era una Elemental que estaba aprendiendo relativamente rápido su cometido para Onhyria, una diosa sensata y pacífica. En cambio, las palabras del Guardián del Destino entrañaban preocupación. Puesto que Avernus no terminaba de entenderlas, Thot prosiguió.

–Arcana siente una desmedida pasión por los *efímeros*. Sufre por cada uno de ellos, recuerda el nombre de todo aquel al que trasciende al otro mundo, y los ama. Siente hacia los mortales un amor que bien podría llegar a ser desmesurado.

–Algo impropio de los dioses –añadió Avernus, con un tizne de soberbia.

–Algo poco habitual, querido, pero no impropio. Aunque es cierto que no nos había ocurrido antes a ninguno de los veteranos.

Avernus tenía los ojos clavados en el rostro redondeado y níveo de Arcana. La única explicación que encontraba a ese hecho era que ella y Bran habían llegado a Onhyria en otros tiempos, diferentes de los albores, y tal vez eso había influido en su carácter, mucho más emparentado con los *efímeros* que el de los dioses antiguos.

–Sus emociones pueden llegar a ser peligrosas –concluyó Thot–. Invierte demasiada energía en ellas. No quiero decir que vaya a descuidar su oficio, el cual lleva a cabo desde hace semanas con mucha rectitud. Pero su

infelicidad puede hacerla flaquear, no lo dudo. Y tiene demasiado poder como para permitírselo.

El Dueño del Tiempo escuchaba atentamente al duende mientras seguía observando con minuciosidad a Arcana. Se preguntaba qué clase de amenaza podía suponer ella para Onhyria, sin embargo supuso que tan sólo Thot era capaz de tener alguna idea al respecto. Y ese tema, desde luego, no le concernía, pues los libros de vida eran confidenciales.

Arcana permanecía abstraída mientras observaba cómo fulguraban las llamas violetas de su fuego sagrado. Estaba aburrída y tenía frío, como siempre. Allí sentada dejaba que pasaran los días mientras que, de vez en cuando, se desdoblaba para acompañar a las almas de los *efímeros* durante su viaje entre los mundos. Óscrembhork le parecía tan inhóspito y mortecino que había descartado recorrerlo caminando, por lo que tan sólo conocía la pequeña charca entre los acantilados. Sin embargo, y aunque sabía cómo utilizarla, no la visitaba desde hacía varios días, pues para ella contemplar Onhyria desde su guarida era casi una tortura.

De pronto sintió una energía conocida a su lado. No era la energía de un *efímero*, sino una mucho más grande y antigua. Entonces, sorprendida, reconoció a Bran, cuyos cabellos rubios habían crecido mucho y ahora le daban un aire algo más indómito que la noche que lo conoció. Su rostro seguía siendo lampiño, aunque en sus ojos esmeraldinos brillaba un halo diferente a la última vez, tal vez la huella de una experiencia que antes no tenía. A la Dama de la Muerte le dio la sensación de que Bran trataba de impresionarla, pero aun así se levantó para saludarlo decorosamente y él le sonrió.

—¿Qué estás haciendo aquí, Bran? —le preguntó, temerosa de que pudieran descubrirles—. No puedes venir, no podemos cruzarnos a menos que...

—¿Qué hay de malo en hacer una visita a una camarada? —la interrumpió él, intentado convencerla. Su voz poseía un color muy juvenil. A decir verdad, a Arcana le sorprendió la osadía de Bran, aunque sintió hacia él cierta admiración.

El joven dios llevaba una túnica marrón ajustada a la cintura, rasgada por varios sitios, como si se hubiera caído sobre las rocas de los acantilados de Óscrembhork miles de veces. Parecía incluso haberse hecho más alto desde el día del juramento, aunque seguía conservando un aire aniñado que a Arcana le enternecía.

—Entonces, ¿ya te está permitido viajar? —le preguntó ella. Bran se rio con picardía mientras arqueaba una ceja.

—Desde luego que no —contestó, jactancioso—, pero aquí estoy, Arcana. Deseaba verte. Quería saber cómo estabas. Al fin y al cabo, tanto a ti como a mí nos han dejado solos y a la deriva en esto. Así que pensé que era justo que tuviéramos derecho a vernos y contarnos qué tal nos va.

En esos momentos, Arcana tenía las emociones divididas: por un lado, la visita de Bran le había alegrado. A ella también le apetecía hablar con alguien, con alguien de su naturaleza, con un dios al que no tuviera que ayudar a morir. En cambio, le aterraba pensar en las consecuencias de que estuviesen juntos, infringiendo las normas del Equilibrio. Se sentía culpable y estaba nerviosa, mirando constantemente a su alrededor por si Thot, Narmo o Avernus aparecían de improviso.

Ajeno a su intranquilidad, Bran observó el paisaje desde su posición con las manos apoyadas en la cintura. A pesar de su juventud, parecía confiado y audaz, quizás algo sobrado.

—Y pensar que yo me quejaba de mi morada... —apreció oteando la lejanía—. Arcana, no sé cómo has podido soportar aquí todo este tiempo. Es indignante que una diosa como tú tenga que aguantar en este lugar.

—Lo peor no es el lugar —añadió ella—, lo peor es mi oficio.

Arcana derramó dos lágrimas negras que comenzaron a resbalar poco a poco sobre sus mejillas blancas. Hasta ese día apenas había protestado por su suerte. Se había intentado convencer de que todo estaba bien, de que había asumido su destino. Pero al encontrarse con Bran descubrió que necesitaba explotar. Entonces él, con suma delicadeza, se acercó a ella y le limpió las lágrimas con los dedos, y Arcana disfrutó durante un instante de su caricia y del calor de su piel.

—Ven conmigo, Arcana —la invitó—, caminaremos un rato y me lo contarás. Tal vez así te sientas mejor.

Arcana, sin dudarlo ni un momento, asintió, y ambos comenzaron a pasear por la yerma isla bajo el cielo gris. Cuando se alejaron un poco de la cueva de la joven diosa, ésta descubrió con sorpresa que allí había muchos más rincones de los que había pensado: peñascos, acantilados, grutas... Supuso que una parte de su labor consistía en explorar su guarida, pues tal vez se encontrase algo inesperado. De hecho la idea le incentivó, aunque reconocía que la presencia de Bran era lo que realmente le había animado a abandonar su lúgubre rincón junto al fuego sagrado.

—Así que ya conoces tu oficio... —afirmó él. Se intercaló un espacio de silencio, alterado tan sólo por el crujido de la espuma de las olas al chocar contra los acantilados. Después Arcana decidió contestarle.

—Soy la Dama de la Muerte —pronunció con angustia. Bran, sin embargo, no dio grandes muestras de asombro, tal vez porque no llegaba a comprender la importancia de aquello, o quizás para no presionar más a su compañera. Así pues, ella prosiguió—: Todos los *efímeros* han de morir algún día durante sus vidas terrenales. Pero parece ser que antes sabían hacerlo solos. Ahora se han olvidado de muchas cosas. Si yo no les ayudara, no serían capaces de viajar entre los mundos. No sé qué les ocurriría entonces.

Bran, sin dejar de caminar a su lado, la escuchaba con atención. Su mirada astuta se había tornado comprensiva para oírla hablar. Y Arcana, sin saber por qué, se sentía muy reconfortada a su lado.

—Es un oficio hermoso —resolvió él—, y tú también eres hermosa, al contrario de lo que se cuenta.

Arcana se ruborizó. Recordó que Quercus Tejón, aquel humano anciano a quien había cruzado por primera vez, creyó igualmente que era hermosa. Después miró los ojos verdes de Bran. Su gesto había cambiado: se había vuelto galante y seductor. Ella misma había visto a los humanos hacer aquello. La Dama de la Muerte bajó la cabeza con recato y continuó andando. No podía permitir que Bran despertara en ella sentimientos de ningún tipo. Eso iba contra las normas.

—¿Eres feliz, Arcana?

Tampoco esperaba una pregunta como ésa. Hasta entonces no había barajado la opción de ser feliz. Era una diosa, una Elemental. Su cometido era cuidar de Onhyria, ¿qué importaba su felicidad? Arcana volvió a llorar y se detuvieron.

—Ellos me odian —se lamentaba—, hasta el día que me conocen, ellos piensan en mí como la mayor desgracia que puede acaecerles. Me maldicen cada vez que cumplo con mi deber. ¿Es que no se dan cuenta? Yo tan sólo guío sus almas, soy una emisaria, pero no decido cuando han de marcharse. Además, me siento tan sola en esta isla... Sólo durante el momento en que los llevo de la mano puedo sentir compañía y calor. Sin embargo, ese momento es fugaz, Bran.

Bran le cogió la cara con las manos, dulcemente, y Arcana no opuso ninguna resistencia. Estaba abatida y nunca le habían consolado con tanta dedicación. Luego alzó sus grandes ojos negros y los cruzó con los de aquel joven dios: de pronto lo vio varonil y maduro, muy distinto al adolescente que durante la ceremonia del juramento no había parado de replicar. Y por un instante Arcana deseó que siempre pudiera ser así. Que siempre estuviera él allí para apoyarla y arrancarle alguna sonrisa.

—¿A quién puede hacer daño esto? —le preguntó Bran en un susurro. Llevaba razón. No estaban cometiendo ninguna imprudencia en contra del Equilibrio, pues tan sólo había amor en aquel gesto tierno y protector. Aun así Arcana se sintió culpable y, acto seguido, se apartó de él, con suavidad. Luego decidió continuar conversando.

—¿Qué tal te ha ido a ti? —inquirió, fingiendo que no se había puesto nerviosa. Por toda respuesta, Bran dio un bufido de fastidio.

—Yo ni siquiera he descubierto mi oficio —reconoció, resignado—, y Avernus no deja de vigilarme. No para de regañarme como si todavía fuera un niño, y me ha prohibido utilizar todo mi poder. Además, me ha sorprendido varias veces fuera de mi guarida.

—¿Has salido de tu guarida? —le preguntó Arcana, asombrada. Bran le sonrió con perspicacia y ella se sintió ingenua. Vergonzosamente ingenua. Bran había mostrado durante todo aquel tiempo recluido en su guarida muchas más inquietudes que ella, tal y como ya le había anunciado Thot—. ¿Cómo es ese lugar?

Bran suspiró. Sólo de pensar en aquel sitio sentía un ferviente rencor hacia los veteranos.

—Mi guarida es etérea. No es como esta isla, erigida sobre rocas y mar. Mi guarida se halla en un espacio confuso, un espacio lleno de brumas, alumbrado siempre a malas penas por un halo azul oscuro. Al principio era

siempre así. Caminé muchísimo para descubrir alguna salida, algún objeto, algo... Pero no hay nada en él más que mi fuego sagrado, que es del color de la sangre de los *efimeros*, y una poza que me sirve de *óculo*.

—Entonces, ¿vives rodeado de bruma?

Bran volvió a dirigir a Arcana una mueca pícara. Era como si tuviera cientos de secretos que confiarle y quisiera suministrárselos poco a poco para no dejar de sorprenderla. Y a Arcana, en cierto modo, le divertía su actitud.

—Ésa es la clave, Arcana. Tras explotar todas mis habilidades y experimentar sin rendirme, tardé varias lunas en comprender que mi guarida se encuentra en un lugar donde todo es posible. Así que un día decidí pensar qué aspecto quería dar a mi guarida y, entonces, ante mis ojos se materializó un portentoso templo. Gracias a mi *óculo* había visto lugares así en el mundo de Onhyria, por lo que cree para mí un templo de piedra alzado sobre varias columnas, en cuyo centro fulgura mi fuego sagrado. Lo rodean hermosos jardines iluminados por la luna llena, pues allí siempre es de noche. Hay flores, árboles, sus aromas perfuman el aire, y también hay ciervos que lo transitan y otros animales preciosos. Allí está ubicada la poza de agua cristalina, junto a un lago sobre el que a veces nadan cisnes. ¿Te gustaría verlo, Arcana? ¿Quieres que te lleve conmigo?

Arcana se había quedado maravillada por la descripción de aquel paraíso que Bran había convertido en su guarida. No podía comprender por qué era tan diferente de Óscrembhork y, a decir verdad, la oferta de su camarada le pareció tentadora. Además, dudaba que ocurriese algo grave simplemente por ir a conocer el templo de Bran. Ardía en deseos de permanecer bajo la luz de la luna, de oler una flor, de tumbarse sobre la hierba fresca mientras él seguía mirándola con aquellos ojos seductores. Entonces Arcana intuyó que su hermano ansiaba tenerla cerca y que haría cuanto fuera para ganarse su confianza. También había visto a humanos comportándose así. Era la forma en que actuaban cuando sentían tanto amor hacia alguien que se decía que estaban enamorados. Y lo cierto es que ella dudó un instante de si a Bran le embargaba ese sentimiento, aunque admitió que le gustaría.

—¿Qué se supone que estáis haciendo? —clamó de pronto una voz autoritaria a su lado. Ambos se sobresaltaron. Se trataba de Avernus, cuyo

cabello negro y trenzado ondeaba con elegancia al caminar hacia ellos. En ese instante Arcana se sintió muy avergonzada. ¿Tan abstraída estaba en Bran y en sus ojos que no había percibido la presencia de otro Elemental? Sin embargo, la mirada reprobatoria del Dueño del Tiempo se cernía especialmente sobre el joven dios.

–Sólo he venido a ver a una igual –le respondió Bran con insolencia–. O, ¿acaso tú no te has aparecido en mi guarida cuando te ha venido en gana, Avernus?

–¡Háblame con más respeto, Bran! –le gritó aquél–. ¡Recuerda que soy mucho más antiguo y sabio que tú!

Bran hizo un amago de avanzar hacia él, pero Arcana lo sujetó por la túnica y éste se detuvo. Avernus los observaba, hecho una furia, mientras una fuerte ventisca agitaba su capa dorada.

–Vuelve ahora mismo a tu guarida o desencadenarás alguna desgracia –le ordenó el Dueño del Tiempo.

Bran tuvo unas ganas irremediables de protestar, de insultarle o desafiarle. Sin embargo, junto a él Arcana suplicaba en su interior para que no lo hiciera. Al fin y al cabo, habían sido ellos dos quienes habían infringido las normas y, por lo tanto, lo mejor que podían hacer para redimirse era reconocer su culpa.

–Perdóname, Avernus –se disculpó Arcana con verdadero arrepentimiento–, sé que lo hemos hecho mal. Pero no le castigues. En realidad no hemos salido de la isla. No hemos causado ningún daño.

–Eso no lo sabes, Arcana –le contestó Avernus con frialdad–, vosotros todavía no comprendéis las consecuencias de violar el Equilibrio. No tenéis ni idea, mocosos. Sólo se os advirtió que no desobedecieseis.

–Lo sentimos mucho, Avernus –insistió. Pero el Dueño del Tiempo no la miraba a ella, pues Bran y él seguían retándose en silencio mientras Arcana deseaba que Thot y Narmo llegasen para poner paz a aquel duelo que, tarde o temprano, estallaría entre ambos dioses.

–Lo siento mucho, Avernus –se disculpó Bran finalmente. Entonces Arcana y Avernus lo observaron con escepticismo–. Admito que esta vez he ido demasiado lejos. No volverá a ocurrir. Siento haber puesto en entredicho las normas del Equilibrio.

El Dueño del Tiempo no confiaba en Bran a pesar de aquellas bien escogidas palabras. Intentó leerle la conciencia porque estaba seguro de que había algún truco, alguna mentira. Pero los pensamientos de Bran eran impenetrables, una habilidad complicada de conseguir incluso para un dios, y a Avernus le frustró no poder averiguar de qué manera lo estaba engañando, así que no pudo sino aceptar sus disculpas.

–Está bien, no quiero oír nada más –asintió–. Ahora volvamos cada uno al lugar que nos corresponde. Y si esto vuelve a suceder, Bran, prepárate para las consecuencias.

Bran, con un deje de indiferencia, se dispuso a caminar delante de Avernus. El Dueño del Tiempo quería comprobar que el joven dios se marchaba el primero, y Arcana, aunque habría deseado despedirse de él de una forma más cálida, entendió que lo mejor era mantenerse al margen.

–Intenta dormir un poco –masculló Bran al pasar por su lado. Arcana fingió no haber oído nada, pues Avernus parecía haberse dado cuenta de que tramaban algo. En cambio, el Dueño del Tiempo estaba tan atento a los movimientos de Bran por si éste decidía escapar o atacarlo en el último momento, que pasó por alto aquel simple murmullo.

Instantes después, los tres se encontraban ante el fuego sagrado de Arcana. Bran fue el primero en marcharse. Se arrojó sobre las llamas y su cuerpo se desvaneció. La Dama de la Muerte, con tristeza, supuso que su amigo ya habría llegado a su guarida y le apenó pensar que nunca más iría a visitarla a Óscrembhork. El siguiente turno era para Avernus que, antes de abandonar el lugar, se giró y la miró con reprobación.

–No le escuches, Arcana –le advirtió–, tú hasta ahora lo estás haciendo bien. Así que no dejes que ese canalla te confunda. Sabe cómo hacerlo.

Y antes de que Arcana pudiera responder algo, también el Dueño del Tiempo viajó a través de las llamas violetas, dejando de nuevo a la Dama de la Muerte sola y hundida, en la tristeza de su lúgubre guarida de roca.

Aprendiendo a soñar

Hacía tan sólo algunas horas que Bran se había marchado de Óscrembhork dando a Arcana aquel extraño mensaje entre dientes. “Intenta dormir un poco...”. Aunque Arcana no entendía por qué. Ella no había dormido jamás desde el día del juramento. Es decir, no había dormido nunca a la manera carnal. No lo necesitaba, ningún Elemental lo necesitaba en realidad. Además, las advertencias de Avernus sobre Bran le asustaban. ¿Qué secretos guardaba el joven dios? Era obvio que Bran ocultaba muchos misterios, que no era transparente. Sin embargo, había sido gentil con ella. Le había consolado y había ido a hacerle compañía, aun sabiendo que estaba desobedeciendo las normas. A Arcana, de hecho, le agradaba Bran, y sentía curiosidad por conocer su mundo.

Entonces, y no sin cierto sentimiento de culpa, la Dama de la Muerte decidió adentrarse en su cueva y recostarse sobre el árido suelo de piedra, y allí, junto al fuego sagrado, decidió dormir. Luego cerró los ojos y se abandonó al trance que la llevaría a un estado diferente de conciencia.

No supo cuánto tiempo había transcurrido cuando, de pronto, alguien le acarició el rostro. Abrió los párpados y se encontró con la intensa mirada esmeraldina de Bran, que la contemplaba con verdadera adoración. En cambio, Arcana se sobresaltó y le detuvo la mano. Se incorporó deprisa y miró a su alrededor. Continuaba en el interior de su miserable cueva, en Óscrembhork, y Bran estaba junto a ella.

—¿Por qué has venido otra vez? —le preguntó, agitada—. Ya escuchaste a Avernus, ¿es que quieres desatar su ira?

Pero Bran, que no estaba nervioso, no dejaba de escrutarla con aquella expresión astuta que Arcana ya empezaba a reconocer. El joven dios la cogió por los brazos y le ayudó a ponerse en pie mientras ella no entendía nada de lo que estaba sucediendo.

—Aquí no nos encontrarán jamás, querida Arcana —le explicó Bran, muy seguro de sí mismo.

—¿Cómo? Si estamos junto al fuego sagrado... Llegarán a través de las llamas en cuanto se den cuenta de que has vuelto a abandonar tu guarida.

—No lo harán, no —negó él con total convencimiento—, porque yo no he abandonado mi guarida en realidad. Ni tú tampoco.

Acto seguido, las paredes de roca grisácea de la cueva de Arcana se desvanecieron y se transformaron en las columnas blancas y marmóreas de un templo en cuyo centro fulguraba una fogata roja como la sangre. Más allá de las columnas se veían extensas praderas colmadas de flores, alumbradas por la luna llena, y por esta razón Arcana, que se sentía culpable y confundida, comprendió que se encontraban en la guarida de Bran. Mas, ¿cómo la había llevado allí sin viajar a través de las llamas sagradas? No comprendía las palabras de su compañero y, aunque quería estar con él, le aterraba que Thot o los demás veteranos los descubriesen.

—¡No entiendo nada, Bran! —protestó ella, suplicando una explicación para aquello. Tenía miedo, y él lo notó, así que le pasó un brazo por encima de los hombros y la invitó a caminar. Después salieron del templo y sus pies tocaron la hierba mullida y fresca, una sensación que a Arcana le resultó deliciosa. Un grupo de ciervos pastaba tranquilamente allí cerca y el sonido de los grillos armonizaba el ambiente. Además, los aromas de las flores, como Bran le había contado, inundaban la brisa y llegaban hasta sus fosas nasales. A Arcana le maravilló en especial esa nueva sensación, pues en Óscrembhork todo olía a salitre. Por último se acercaron a una poza de agua limpia y Bran se arrodilló junto a ésta. La Dama de la Muerte hizo lo mismo.

—Verás Arcana —le explicó él—, creo que he descubierto algo que formará parte de mi oficio. Resulta que cuando los *efímeros* duermen, sus almas se trasladan a otros lugares. Es lo que ellos llaman sueños. Y tú, ahora mismo, te encuentras en uno.

Arcana seguía sin entender. Aquella idea era compleja, ¿cómo podía separarse un alma de un cuerpo sin que ello le produjese la muerte? De repente, las imágenes que se proyectaron sobre la superficie limpia de la poza ilustraron la respuesta cuando se vio a sí misma dormida en el interior de su cueva. Nadie estaba allí, nadie más que ella, y comprendió así que en

su sueño podía encontrarse con Bran sin que ninguno de los otros Elementales se diera cuenta, pues se hallaban en un mundo paralelo.

—¿Lo ves, Arcana? Así podremos vernos siempre que lo desees. Ésta es mi guarida, el mundo de los sueños, la esencia de Onhyria. Aquí es donde los *efímeros* vuelven a unirse a la Gran Madre mientras sus cuerpos carnales reposan y se recomponen en el mundo real. Y lo más fascinante es que en los sueños no existen las normas. Aquí puede ser todo como tú quieras.

Bran abrió un puño y de él brotó una rosa de pétalos rojos y aterciopelados que Arcana contempló asombrada.

—Para ti, Arcana. Esto es sólo una insignificante muestra de mi poder.

Arcana cogió la rosa, dubitativa, y se la acercó a la nariz. Su perfume era intenso y embriagador e inducía a un agradable estado de paz y serenidad.

—Gracias Bran —le dijo al joven dios.

—Gracias a ti, Arcana, por venir a mi mundo.

Una vez más, la Dama de la Muerte comprobó los esfuerzos de Bran por seducirla. Aquél la miraba con amor, pero no con un amor como el que ella sentía por los *efímeros*, o por Thot. Lejos de eso, Bran la observaba con deseo y pasión, y esperaba que ella le correspondiese. Por ese motivo, Arcana prefirió comenzar una nueva conversación para romper la tensión de aquel momento.

—¿Y qué labor debes desempeñar tú en el mundo de los sueños? —le preguntó, sentándose sobre la hierba—. Tal vez pronto consigas descubrir en qué consiste tu oficio.

—Creo que ya lo he descubierto, Arcana —respondió Bran sin mucho entusiasmo.

El joven dios, perplejo, se sentó junto a ella. A Arcana le inspiraba cariño, además le gustaba su aspecto. Le llamaba la atención aquel cabello rubio tan luminoso y comenzó a peinárselo con los dedos. Bran sonrió mientras ella trataba de recogerse en una trenza.

—¿Entonces? —insistió Arcana.

—Los *efímeros* no sólo utilizan el sueño para descansar —comenzó—, eso ocurre algunas veces. Pero la utilidad del sueño es muy diferente: algunos reciben mensajes de los dioses o de sus ancestros, otros pueden prever el futuro, incluso los hay que a través de los sueños consiguen comunicarse

con otros *efímeros* que se encuentran lejos en el mundo real. El problema es que cada vez son menos los mortales, sobre todo humanos, los que recuerdan que tienen esta facultad. Y lo peor es que los hay que sí saben entrar conscientemente en el mundo de los sueños, mas lo hacen para adueñarse del alma y la voluntad de otros *efímeros*. Así que aquí intervengo yo.

Arcana terminó de trenzarle el cabello a Bran y se lo ató con un pequeño jirón de su maltrecha túnica negra. Él se giró a mirarla y se produjo otro instante de quietud entre ellos. En cambio la Dama de la Muerte, tratando de romper aquella atmósfera de intimidad, apartó sus ojos de él y se tumbó para contemplar la luna. Después, Bran la imitó.

—Es un oficio hermoso el tuyo, Bran —se lamentó Arcana, recordando su trágica labor de ayudar a los *efímeros* a morir. Él le cogió la mano con disimulo y ella se ruborizó.

—No me quejo. Pero me niego a seguir recibiendo órdenes de los Elementales. Tú y yo somos tan dioses como ellos, ¿por qué no podemos decidir nuestro destino?

—Nosotros lo elegimos, Bran —le respondió aquella, recordando las palabras de Thot—, sin embargo, no siempre sabemos asumirlo.

—¿Cómo puedes creer esa patochada, Arcana? ¿A que te lo dijo Thot?

La joven diosa se sintió ridícula por un instante. Claro que lo creía, aunque incluso así le siguiera dando rabia el oficio que se le había asignado. Por tanto, ¿no sería quizás que estaba intentando convencerse de que su vida como Elemental tenía que ser de esa manera? A decir verdad, todo se resumía en que cuanto más dócil fuese, menos riesgos habría para el Equilibrio.

En el semblante de Bran permanecía siempre un resquicio de rencor. Ella podía sentirlo. Le gustaba su compañía, pero reconocía que su interior era turbio.

—Arcana, tú y yo somos Elementales. Tenemos tanto poder como ellos, así que no tienen ningún derecho a mandar sobre nosotros.

Puede que Bran tuviese razón, aunque Arcana no sentía que Thot le hubiese mentado. El viejo Guardián del Destino tenía más camino hecho que ninguno de los otros y su experiencia era lo que le permitía aconsejarles y guiarles. Además, Thot siempre le había parecido bondadoso.

–Yo prefiero que reine la paz, Bran –resolvió al fin, intentado ser lo más diplomática posible–, no hemos venido a Onhyria para desatar una guerra de dioses. Los *efimeros* ya tienen suficiente con las suyas.

Bran la miró, al principio con dureza. Luego su gesto se suavizó.

–Entiendo, Arcana. ¿Sabes una cosa? Tú eres el ser más puro que ha pisado Onhyria. Y eso hace que todavía te ame más.

Arcana no supo qué responder. Soltó de inmediato la mano del joven dios y se incorporó. Parecía que Bran se hubiera propuesto conquistar su corazón, que estuviera aguardando a que ella le dedicase la misma devoción que él. En cambio, la Dama de la Muerte se sintió incómoda, pues no le correspondía de aquel modo. Aunque le divertía la manera en que Bran trataba de seducirla, en el fondo ella tan sólo lo amaba fraternalmente.

–Será mejor que me despierte –anunció–, he de volver a Óscrebhork.

Bran también se levantó del suelo y, aunque lo disimuló, la frialdad de Arcana le hizo sentirse dolido. Pero al mirarla de nuevo, volvió a perderse en la intensidad de los sentimientos que ella le provocaba.

–Ojalá pudiera ir yo en tu lugar a Óscrebhork –le dijo–, para que no sufrieras tanto. Yo lo haría por ti.

Ella se sintió impresionada. Alguien capaz de hacer aquello era alguien que debía de amarla muchísimo. No obstante, y tan inquieta como estaba en aquellas circunstancias, tan sólo acertó a sonreírle con timidez.

–Ahora despierta –le susurró él.

Arcana abrió los ojos. El fuego violeta de su cueva le hizo comprender en seguida que se hallaba otra vez en Óscrebhork. Además, ya distinguía la sensación de soñar de la de no hacerlo, por lo que estaba completamente segura de encontrarse una vez más en el mundo tangible. Sentía el cuerpo algo pesado y la cabeza congestionada, así que siguió tumbada. Después, cuando consideró que se encontraba más despejada, decidió levantarse y salir afuera, pero al colocar una de sus manos sobre la roca se clavó la punta de una espina. Se trataba de la rosa que le había regalado Bran. La cogió con cuidado y volvió a olerla, comprobando que su aroma era tan real como rígida la roca que pisaba. Entonces, con cierto remordimiento, guardó la rosa roja en el interior de su cueva y suplicó para que nadie descubriera cómo había llegado hasta ella.

Aruna de los Pantanos

Jórak de Anshuz se levantó poco antes del amanecer. Era costumbre en él despertarse con los primeros cantos de los pájaros, aunque en la fortaleza de Mergalia apenas alcanzaba a escucharlos. Al contrario de lo que su hermano esperaba, Jórak descartó alojarse en la lujosa cámara de huéspedes. Es más: no quería tener servidumbre, así que una humilde celda de la parte inferior del castillo hizo de alcoba para él desde su llegada. Así era como lo había pedido. Allí tan sólo contaba con un modesto jergón para dormir y un arcón carcomido donde guardar sus enseres. Una diminuta ventana cuadrada, en cuyo alféizar reposaba un candil, permitía que entrara algo de aire aunque no luz, pues la celda se encontraba en la cara Norte de la fortificación. Además, las únicas vistas posibles desde allí eran los muros de piedra que se elevaban muy por encima de su posición, húmedos, sucios y poblados de hiedra y musgos, y éste era otro motivo por el cual, cada vez que miraba a través de aquella ventana, sentía todavía más ansias de volver a las Cumbres.

A pesar de lo pronto que era, Jórak había bebido un poco de agua al levantarse y se había terminado los últimos trozos de pan duro que llevaba en el zurrón. A ser posible, durante el tiempo que se prolongara su estancia en Mergalia, procuraría alimentarse de una manera parecida a como lo hacía con sus maestros. De hecho ya había avisado a su hermano de que no lo esperase en el gran salón. Entonces, y aunque el viaje que había emprendido hacia Árguembhork el día anterior lo había dejado bastante cansado, cuando se sintió más repuesto decidió salir a tomar un poco de aire fresco. Por encima de todo esperaba no encontrarse con Dagus hasta que cayera la noche, momento en el que deberían reunirse para tratar temas muy serios.

Cerró su celda desde la parte externa con una llave que se le había dado sólo a él, pues desconfiaba de aquel lugar. No se sentía cómodo en el interior

de ese castillo que, mal que le pesara, había sido su hogar cuando era niño. Todo allí continuaba en decadencia, pero lo peor eran sus habitantes: unos tenían mucho miedo, y otros, muchas ganas de que corriera la sangre. Deseaba marcharse un rato, al menos para caminar por alguna zona boscosa cercana en la que pudiera meditar un poco. Sin embargo, y no entendiendo muy bien por qué, cambió de opinión y se dirigió en primer lugar a la biblioteca.

A esas horas los corredores del castillo olían a pan recién horneado. No obstante los muros del lugar emanaban otro olor, perpetuo y característico, que Jórak había percibido desde que llegó a Mergalia. Era el olor de la fragua, el olor a fuego y metal, pues los herreros de por allí pasaban casi todo el día forjando armas y piezas de armadura.

De repente se detuvo en unas escaleras. Éstas ascendían hacia la torre del homenaje, en lo alto de la cual tal vez el tirano Dagus de Anshuz todavía descansaba en su flamante lecho. En cambio ese día, en medio del silencio apacible de la mañana, unos pasos ligeros descendían por ellas, acompañados por el llanto silencioso de alguien. Jórak esperó allí mientras el desdichado se acercaba cuando, inesperadamente, distinguió una voz de mujer. Justo después aquélla terminaba de bajar todos los escalones, topándose de bruces con el sacerdote.

La mujer ahogó un grito al verle. Era obvio que se había asustado, pues no esperaba encontrarse con nadie a esas horas, cuando todavía la mitad del castillo dormía. Además, no era adecuado que alguien la viese en aquel estado, aunque en su mirada se apreciaba un halo de temor que iba mucho más allá de un mero encuentro desafortunado.

—¿Estás bien? —le preguntó Jórak, intentando ser lo más sutil que pudo. Pero ella, en vez de contestarle, rompió a llorar mientras se cubría el rostro con las dos manos para que sus lamentos no fueran escuchados. Aun así, el sacerdote distinguió en seguida sus largas orejas feéricas sobresaliendo a través de su cabello lacio, rubio y pálido como la luz de la mañana. Entonces se le acercó, aunque ésta se protegió con los brazos, como si esperase una bofetada o algo peor—. No voy a hacerte daño.

Tal vez porque el tono de voz de Jórak era sereno y pacífico la mujer decidió confiar en él. Relajó los brazos, despacio, como dudando de que lo que iba a hacer fuera lo más prudente, y después permitió que él le viera la

cara: una de sus mejillas estaba hinchada y morada por haber recibido algún golpe días atrás, y ella... Ella era muy joven. Aunque Jórak, ignorando aquel detalle, se preocupó más al descubrir sus heridas.

—¿Qué te ha pasado, mujer? —inquirió, sobrecogido. Ella, en cambio, negó con la cabeza. Por algún motivo no quería hablar en aquel lugar y en aquel momento, algo que Jórak entendió a la perfección—. Ven conmigo, prepararé algo para aliviarte el dolor.

La joven, sin resistirse, decidió seguirlo, aunque no guardaba ninguna expectativa, pues en su situación, ya no tenía nada que perder. Caminaron en silencio hasta que llegaron a la austera celda de Jórak. Entonces, cuando éste abrió la puerta, ella entró en seguida, se arrodilló sobre el suelo y vomitó. Y, acto seguido, se desmayó.

El sacerdote, compadecido, le limpió el rostro y le retiró el manto sucio. Después la colocó sobre su modesto jergón y le dejó dormir mientras se ocupaba de arreglar todo lo demás. Cuando terminó, esparció paja limpia y flores de espliego seco sobre el suelo de la celda. Luego colocó con cuidado un ramillete de romero junto a la cabeza de la joven. Le untó un poco de ungüento de árnica sobre la hinchazón de la piel y, por primera vez, la observó con atención: aquella mujer no sumaba más de diecisiete eras y, además, tenía los rasgos de los *féeros*, así que dedujo que se trataba de una duende.

A pesar de las marcas de violencia y de su expresión de angustia, su rostro era delicado. La paz del sueño daba a su cara bien torneada una armonía fuera de lo común. Tenía los labios sutiles, las cejas bien dibujadas, doradas sobre su frente tersa. El sacerdote pensó que, a juzgar por cómo iba vestida, debía de ser probablemente una de las esclavas del castillo. Una saya larga de color ocre, ajustada bajo el pecho, le cubría el cuerpo. La tela estaba vieja y tenía manchas, algunas de sangre reseca, y Jórak sintió una doliente lástima hacia ella.

Después de aquel accidentado encuentro pasaron por lo menos un par de horas. La joven dormía tranquila mientras Jórak ojeaba un antiquísimo códice que los Sabios le habían regalado el día de su ordenanza. Pacientemente, el sacerdote esperó a que ella se despertara y, poco después, ésta abrió los párpados por fin. Al principio parecía desorientada, aunque luego recordó cómo había entrado allí. Por ese motivo, miró a Jórak a la

cara y emitió un lastimero gemido de horror. El sacerdote, muy tranquilo en cambio, se sentó junto a ella y le cogió una mano.

–Calma –le dijo–, ahora estás a mi cuidado. ¿Qué tal te encuentras?

–Eres como Dagus –contestó ella con la voz trémula–. Tienes sus mismos ojos. ¿Qué quieres de mí?

Jórak no entendía la verdadera razón de que la joven se mostrase tan asustada, al margen de que su parecido con su hermano no resultara demasiado alentador para nadie que estuviera hostigado por el régimen de los Anshuz. Aunque a decir verdad, para una mujer en Mergalia, encontrarse a solas con un desconocido a puerta cerrada podía suponer un grave peligro. Por eso el sacerdote se levantó con serenidad y se colocó junto a la ventana. Y ella se relajó un poco. Jórak, sin insistir en hablarle, le sirvió un cáliz con agua fresca y le dio unos granos de hinojo, para paliar el sabor agrio que se le había quedado en la boca, mientras la joven lo aceptaba todo sin decir nada.

–¿Estás mejor? –le preguntó de nuevo. La duende lo miró, confusa. Tenía los ojos de color azul oscuro y en ellos albergaba una melancolía atroz.

–Sí –respondió con timidez, avergonzada por su primera reacción–. ¿Tú eres Jórak de Anshuz, el hermano renegado de Dagus?

Jórak asintió. A pesar de sus diferencias físicas respecto a Dagus cualquiera que los observase detenidamente no podría negar que llevaban la misma sangre corriendo por sus venas. Y él supuso que ese hecho no jugaba a su favor para ganarse la confianza de aquella desconocida.

–Había oído hablar de ti –le contó ella–, aunque no te imaginaba... Así.

El sacerdote no necesitó preguntarle nada para saber qué lo diferenciaba de su hermano. Además, y aunque se había apaciguado, la joven todavía tenía mucho miedo.

–¿Cómo te llamas? –le preguntó Jórak.

–Aruna de los Pantanos –respondió ella, bajando la cabeza.

–¿Aruna de los Pantanos? –se sorprendió el sacerdote–. ¿Hija del gran jefe Arún? ¿Qué haces aquí? ¿Qué te ha pasado, Aruna?

Aruna alzó la mirada y observó a Jórak, contrariada. Se encontraba muy sorprendida. Por lo visto aquel humano no tenía ni la menor idea de lo que pasaba en el castillo de Mergalia.

—¿De verdad que no lo sabes? —le preguntó ella. El sacerdote se encogió de hombros—. Yo no sé si puedo contártelo. No debo confiar en nadie aquí, y menos todavía en un Anshuz.

Aruna se levantó del jergón y pretendió dirigirse hacia la puerta, sin embargo se tambaleó ligeramente cuando echó a andar. Jórak la sostuvo antes de que se cayera al suelo y ella se apoyó en él con cierta reticencia.

—Márchate entonces, Aruna —resolvió él, sin sentirse molesto—. Ven a verme si quieres por la tarde. Quiero comprobar que te baja la inflamación, así que te daré más unguento.

La joven, asintiendo, se separó de él y caminó con mucho esfuerzo hacia la puerta. Pero cuando estaba a punto de tocar el pomo, sus ojos se nublaron y rompió de nuevo a llorar mientras se arrodillaba sobre el suelo, encogiéndose después sobre sus rodillas. Jórak, en cambio, permanecía de pie sin acercarse demasiado, pues no quería intimidarla.

—¡Ha sido Dagus! —explotó por fin Aruna de los Pantanos entre sollozos. Pero no tuvo fuerzas para decir más, y Jórak sufrió otro latigazo de culpa por haber dejado a su hermano como dueño y señor del feudo. ¿Cómo había podido vivir tranquilo durante las veinte eras que pasó en las Cumbres, sabiendo que el demonio de su hermano probablemente se había convertido en otro tirano más de la dinastía mérgala?

Dejando por un instante su propia culpabilidad a un lado, el sacerdote levantó a Aruna del suelo con suavidad y la llevó otra vez al lecho de paja, en donde la instó a tumbarse. Aunque esta vez la joven no opuso resistencia. Lloró desconsoladamente durante un buen rato, agazapada allí, hasta que ya no le quedaron lágrimas, y después, agotada y con los ojos hinchados, se quedó callada, contemplando a Jórak con un gesto de súplica. Entonces él se armó de valor para hacerle esa pregunta cuya respuesta, por desgracia, intuía.

—¿Qué te ha hecho? —preguntó, conteniendo la respiración y preparándose para lo peor.

Ella se avergonzó y desvió la mirada hacia otro lado. Pero finalmente, con la voz temblorosa, respondió:

—Qué más da. Lo hace siempre... Él es el amo y señor de este lugar, así que supongo puede utilizarme a su antojo...

La voz de Aruna estaba ensombrecida y cargaba con un dolor prolongado a través de varias lunas de sufrimiento. Por esa razón, Jórak maldijo de nuevo a su hermano en su interior pues, al fin y al cabo, Dagus en nada era diferente de sus monstruosos ancestros.

–No lo toleraré, Aruna. Te sacaré de esta fortaleza y te devolveré a tu pueblo. Yo soy el primogénito de esta casa, aunque no haya ostentado el poder. En realidad tengo más derechos que Dagus sobre Mergalia, y asumiré el mando del feudo para cambiar la historia de una vez por todas. Voy ahora mismo a hablar con mi hermano.

–¡No vayas! –le rogó Aruna, haciendo un esfuerzo por levantarse. Jórak recapacitó por un instante.

–Tienes razón –concluyó–, primero te pondré a salvo. En tu estado no deberías continuar aquí, soportando sus abusos.

El sacerdote contuvo sus impulsos de salir corriendo a buscar a Dagus cuando, de pronto, se percató de que Aruna se había quedado sin aliento al escucharle. ¿Acaso había dicho algo que no debiera?

–¿De qué estado hablas, Jórak? ¿Qué me pasa?

En ese momento, el humano se dio cuenta del error que había cometido y del poco tacto que había tenido a la hora de explicarle a Aruna lo que le ocurría.

–Estás embarazada.

Un silencio incómodo se hizo presente en la humilde celda y ambos se quedaron mirando, el uno al otro, sin decir nada. Instantes después, Aruna sintió que el mundo se le caía encima y dos lágrimas recorrieron sus mejillas doloridas, pero esta vez lloró en silencio mientras se colocaba una mano sobre el vientre, instintivamente.

–Perdóname, Aruna –se disculpó Jórak, maldiciéndose a sí mismo por su torpeza–, creí que ya te habías dado cuenta.

–No es culpa tuya. Tal vez he ignorado las señales que me estaba dando mi cuerpo. ¿Cómo es posible que tú lo hayas averiguado? Sólo eres un hombre, un humano.

–Sí, lo soy. Pero me dedico a la sanación. Y ya he tratado con otras mujeres en tu estado. De hecho lo supe en cuanto te vi, antes incluso de que entrases en mi celda.

Aruna se quedó pensativa. En realidad Jórak de Anshuz era un humano muy diferente a todos los que había conocido. Era sensible, era sabio. Era adorable. Era todo lo que no era Dagus. En ese instante, la hembra duende rogó para sus adentros que el sacerdote se quedara con ella para siempre, pues su presencia aliviaba todos sus temores. Deseó poder quedarse en aquella celda, en calma, sin que nadie la encontrara jamás. Aunque sabía que, tarde o temprano, el tirano la reclamaría. Así pues, un escalofrío le recorrió el cuerpo y volvió a aterrizar en la cruda realidad que se gestaba en el interior de su útero, pues allí dentro llevaba a un hijo de su agresor.

—Dagus no puede enterarse, por favor —le pidió a Jórak—, si eso ocurriera ya no me dejaría escapar jamás de Mergalia.

Jórak tenía otra vez la ya conocida sensación de que en su tierra natal habían ocurrido muchas cosas que él todavía desconocía. Por eso supo que era momento de escuchar con atención a Aruna antes de salir de aquella celda para hacer justicia. Luego se sentó sobre el arcón de madera y se armó de valor para conocer otras tantas atrocidades cometidas por su hermano menor.

—¿Por qué es tan importante para Dagus que tú alumbres a un hijo suyo? ¿No eres tan sólo una esclava para él?

Aruna negó con la cabeza. Los hematomas que tenía en el rostro parecían haber remitido un poco gracias a los cuidados de Jórak pero, aun así, en su piel había otros signos de violencia más antiguos.

—Soy la hija primogénita de Arún de los Pantanos, el gran jefe de los poblados del Sur de Árguembhork. Y he llegado a este castillo como rehén.

Jórak conocía a la mayoría de los jefes feéricos y recordaba vagamente al padre de Aruna, un duende pacífico y diligente que gobernaba varios poblados y aldeas en la región pantanosa de los bosques de Árguembhork.

—Todo comenzó hace dos eras —prosiguió Aruna—, durante una tarde de invierno gélido. La tierra estaba cubierta por la nieve, los pantanos, congelados, y se preveían más tormentas. Yo me encontraba en mi hogar con mi madre, Artemís Tiloazul, que aún vivía. También estaban allí mi padre y mis hermanos pequeños cuando, de repente, recibimos la visita de Dagus de Anshuz. Por aquel entonces Dagus todavía no había declarado la guerra a los pueblos de Árguembhork, aunque su reputación como tirano y conquistador ya se había expandido por otras tierras de los alrededores. Aun

así, el señor de Mergalia entró en mi casa en son de paz, con la intención de establecer buenas relaciones con los poblados de los Pantanos.

” Mi padre le cedió un lugar junto al fuego y le sirvió comida y bebida calientes. Mientras tanto, mi madre me instó a que me llevara a todos mis hermanos de allí. Supuse que se trataba de asuntos complicados. Poco después, vi que otros *féeros* y nuestro chamán se sumaban a la reunión.

” Yo estaba fuera con los niños, así que no pude escuchar nada de lo que se habló. Sin embargo, todos sabíamos que desde hacía tiempo Dagus pretendía aliarse con los pueblos feéricos, aunque ninguno sospechábamos la manera en que pretendía hacerlo. Cuando el señor de Mergalia abandonó la choza, seguido por dos de sus caballeros y su sacerdote, traía mala cara. Me dio tanto miedo que me oculté tras un árbol para que no me viera. Y después de que se fueron, corrí a ver a mis padres. Ellos me explicaron que Dagus me había pedido en matrimonio. Pero mi padre, el gran jefe Arún, se lo negó desde el principio.

Jórak se quedó atónito. ¿Por qué habría tenido su hermano una idea tan peregrina? Aruna volvía a estar pálida, así que le dio más agua y se dispuso a ir a las cocinas para conseguirle algo de comer. Pero ella le insistió en que esperase hasta terminar de oír su relato.

–¿Por qué mi hermano quería convertirte en su esposa? –le preguntó Jórak sin entender nada.

–Era una manera sencilla de lograr una alianza. Dagus pensaba que, si desposaba a una *féera* y ésta engendraba a un hijo legítimo suyo, todos los poblados de Árguembhork serían leales a éste y, por tanto, dejarían las armas. Me consta que primero se lo propuso al gran jefe Abhain Negroboj, que mora en la zona del nacimiento del río, la más cercana a Mergalia. Abhain tiene dos hijas, una de ellas tiene mi edad y se llama Maeror. Sin embargo, ellos también le dieron una negativa.

Jórak recordaba a Maeror Negroboj. Era el hada que le había permitido entrar en la choza del gran jefe. Pero a diferencia de Aruna, tan delicada y discreta, Maeror parecía una de las mejores guerreras entre su gente. Dagus no habría podido someterla, aunque hubiera querido. Después, Aruna prosiguió su relato:

—Y de ese modo, puesto que Dagus no había conseguido su propósito por la vía matrimonial, decidió someter a todas las tribus fééricas a la fuerza. Habían pasado dos eras cuando, de pronto un día, los bosques de Árguembhork fueron invadidos por él y sus guerreros, que provocaron una gran masacre. Intenté proteger a mis hermanos mientras mis padres hacían frente a los soldados con el resto de los duendes. Mi madre murió, y a mí me secuestraron. Y después me trajeron aquí, donde Dagus hace tres lunas me convirtió en su esclava. Ahora voy a darle un heredero. Un hijo que llevará sangre humana e indigna...

Aruna se tapó el rostro con las manos y se lamentó, desconsolada, mientras Jórak la observaba, entristecido. Entonces la duende se percató del alcance de sus palabras: quizás no todos los humanos eran despreciables. Miró a Jórak con ternura y un halo de esperanza brilló en sus ojos azules.

—Aunque también llevará tu sangre, Jórak. Y tú eres tan diferente de Dagus... Ojalá mi hijo se parezca a ti.

—Eso ahora no importa, Aruna —le respondió el sacerdote, cogiéndole las manos para consolarla—, lo que debemos procurar es que tu hijo, se parezca a quien se parezca, se eduque lejos de aquí. Si Dagus sabe que llevas a su heredero en tu vientre, no sólo no te dejará marchar jamás, sino que se adueñará de ese niño en cuanto nazca y lo instruirá para que perpetúe su tiranía. Y eso no podemos consentirlo, ni por ti, ni por tu hijo, ni tampoco por el bien de los pueblos.

—¿Y a dónde voy a ir, yo sola? —se preguntaba Aruna—. Estoy atrapada en esta fortaleza. Ni siquiera poseo ya mi magia féérica.

—¿Por qué? —se extrañó Jórak. Tenía entendido que todos los *féeros* gozaban de ciertas facultades mágicas. Claro que, entonces, comprendió por qué Aruna no había sido capaz de escapar de allí durante todo aquel tiempo de cautiverio. El problema era que ella tampoco sabía la razón por la que había perdido sus capacidades.

—No lo sé. Sólo recuerdo que la noche en que me trajeron aquí me llevaron en primer lugar al templo de la colina. Dagus me obligó a arrodillarme ante el altar mientras ese sacerdote suyo pronunciaba unas oraciones que yo no entendía. Era como un sortilegio. Luego me desmayé, y después de eso pasé tres días inconsciente, sumida en unas pesadillas

terribles. Cuando me desperté, mi magia y mi energía feérica me habían abandonado. Supongo que para siempre.

Jórak ignoraba que Dagus tuviese tan buena relación con Quercus Tejón, el sacerdote de Mergalia. Además, recordaba que aquel hombre parecía un sacerdote honesto que, en la medida posible, había puesto freno en algunas ocasiones a la arrogancia y hostilidad de Varus de Anshuz, su padre. Por otro lado, le extrañaba muchísimo que Quercus se hubiera inclinado por la magia oscura, a menos que su hermano Dagus lo estuviera extorsionando como a todos los demás. De cualquier manera, debía acercarse al templo de la colina y averiguar qué estaba ocurriendo allí.

–Aruna, iré a ver a ese sacerdote.

–¡Es un hombre peligroso! –le advirtió ella con horror–. Todo aquí es demasiado peligroso, Jórak. Si indagas demasiado, acabarán matándote a ti también.

–Eso no ocurrirá, Aruna. Yo soy el legítimo heredero de este feudo, y mi hermano todavía me respeta porque le cedí mi poder. Así que no me marcharé sin antes procurar la paz con Árguembhork y el resto de pueblos. En cuanto a ti, debo ponerte a salvo. Te conseguiré un caballo y te marcharás a escondidas, cuando caiga la noche. Dirígete a las Cumbres de los Sabios y explícales que vas de mi parte. Ellos os protegerán a ti y a tu hijo. Allí estarás más segura que en los bosques, al menos hasta que cese la guerra.

–¿Y tú, Jórak? –le preguntó, angustiada–. ¿Cuándo abandonarás esta fortaleza abominable? No es justo que me vaya yo y te quedés tú.

–Aruna, hazme caso si no quieres que todo se complique. Iré al templo y esta noche me reuniré con mi hermano. Recuerda que soy un sacerdote de las Cumbres, no osarán hacerme daño.

Aruna, no mucho más tranquila, asintió. Sentía un gran malestar físico, pero la idea de escapar de aquella cárcel la había animado mucho. De cualquier modo, y hasta que llegara el momento, tan sólo se rendiría al descanso en la apacible celda de Jórak, a salvo, tras la agitada y turbia noche en la cámara de Dagus.

–Duerme, Aruna –le ofreció amablemente el sacerdote–. Mientras, iré a buscarte algo de comer.

—Gracias... —respondió ella, con la mirada entornada y un hilo de voz. Se acababa de quedar dormida. Jórak la arrojó con una manta de piel y luego la contempló, mientras suspiraba resignado. Aquella joven sería pronto la madre de su sobrino. Demasiado pronto para ella. Tal vez por eso ahora el vínculo que los unía era mucho más fuerte.

Una hora escasa más tarde, Jórak se encontraba junto al templo de Mergalia, erigido sobre una colina cercana fuera de las murallas de la ciudadela. Era un edificio de piedra tosca, de una sola altura y planta rectangular, y los altos abetos que crecían a su alrededor parecían guarecerlo de las miradas de los curiosos.

Jórak, con el cabello empapado por la llovizna, recordó las tardes en que Dagus y él se acercaban a escuchar al sacerdote Quercus. Se preguntó qué le habría sucedido para actuar de aquella manera tan extraña pues, hasta donde él recordaba, Quercus había ejercido a menudo como freno a la ruindad de su padre, añadiendo una pizca de justicia y compasión a sus decisiones como gobernante. Mas al parecer esos tiempos habían pasado a la historia y ahora la ambición de Dagus estaba desbocada por completo.

Una vez frente a la puerta, Jórak tocó insistentemente con los nudillos. Sobre la madera estaba grabado el símbolo divino, un símbolo circular hecho de nudos que se unían unos a otros, dibujando un complejo trenzado. Recordó cuánto se extrañó al llegar a las Cumbres, cuando tan sólo tenía diez eras de edad y preguntó dónde estaba el templo allí. Los Sabios le sonrieron y le explicaron que las Cumbres eran el templo: las rocas, las gargantas, las grutas... No necesitaban erigir un edificio para adorar a los dioses, pues la Gran Madre ya se había encargado de construirlos con sus manos divinas.

Se encontraba abstraído en aquellos pensamientos justo cuando alguien le abrió desde dentro. Era un humano altísimo y vestido humildemente con una túnica grisácea, tan delgado que sus manos y hasta su cráneo se apreciaban esqueléticos. Su cara, alargada y picuda, tenía la expresión huraña y mezquina, y el pelo, entrecano y negro, le caía

enmarañado hasta la cintura. A pesar de que el interior del templo olía a mirra, aquel sacerdote desprendía un olor desagradable y su tez poseía un tono enfermizo.

—¿Qué deseas, peregrino? —le preguntó, con voz apagada y cierto acento extranjero. Jórak notó que aquel sacerdote tenía un pie detrás de la puerta para que ésta no se pudiera abrir del todo. En los viejos tiempos, en cambio, Quercus animaba a entrar a cualquiera que pasara por allí, en especial si era un caminante que quería ponerse a resguardo de la lluvia. Por eso Jórak intuyó que aquel hombre le estaba ocultando algo. A decir verdad, no aparentaba ser nada servicial—. El templo está cerrado ahora.

—¿Cerrado? —se indignó Jórak—. La casa de los dioses es también la casa de los mortales. ¿Es que no te lo han enseñado tus maestros? Déjame entrar, quiero hablar con Quercus Tejón.

—Quercus Tejón ya no vive aquí —le respondió aquel hombre, agrio—. Se fue a las Cumbres.

—Mientes —protestó Jórak de inmediato—, yo vengo de las Cumbres. He pasado veinte eras allí y puedo asegurarte que no me he cruzado con Quercus ni una sola vez.

El desconocido, sin saber qué responder, frunció el ceño y se acercó más a Jórak para verle el rostro. Se había sentido incómodo al saber que venía de las Cumbres y que, seguro, era tan sacerdote como él. Pero Jórak, por su parte, permanecía impávido, sin temer nada.

—¿A qué esperas para dejarme entrar? —le sugirió, con severidad.

El desaliñado clérigo abrió la puerta con disgusto y le permitió el paso. Acto seguido, Jórak entró, decidido, y escudriñó el templo con la mirada: había cambiado mucho desde la última vez que estuvo en él. Se hallaba descuidado y sucio, y sobre los altares había instrumentos que no identificaba. Aunque lo peor fue que descubrió restos de sangre en uno de ellos. Se indignó muchísimo, pues jamás en toda su vida religiosa le habían enseñado que los pagos con sangre fueran válidos. Esas prácticas pertenecían, ineludiblemente, a la magia negra.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó al sacerdote, que lo miraba con desdén, cruzado de brazos.

—Sagart Auguria —le contestó con cara de asco. Luego añadió—: Tú debes de ser el hermano de mi señor, ¿no es así?

–Lo soy.

–Ya lo imaginaba –concluyó Sagart.

Al escucharlo hablar más de continuo, Jórak captó mejor su acento foráneo. Desde luego no recordaba haberse cruzado jamás con Sagart mientras vivió en Mergalia. Aunque, claro, había pasado mucho tiempo.

–Sagart, todavía no me has dicho qué le pasó a Quercus, ¿por qué no está aquí?

–Ya te he respondido –insistió aquél sin alterar el tono de voz–, se fue a las Cumbres. Si lo consiguió o no, de eso no tengo noticia. Tal vez un grupo de *féeros* endemoniados lo atacó por el camino.

–Ese mensaje es el que estáis transmitiendo a mi pueblo –lo censuró Jórak–, debería daros vergüenza, sobre todo a ti, que eres un sacerdote.

–Y tú deberías de marcharte por donde has venido si no quieres que las cosas empeoren –lo amenazó Sagart.

Sin embargo Jórak, en lugar de amedrentarse, lo fulminó con la mirada. Sagart era muchísimo más alto que él. Tanto, que caminaba medio encorvado. Pero Jórak poseía un porte sagaz y el valor rebosaba en sus ojos de color avellana. Sabía que aquel sacerdote era incapaz de atacarlo de frente, aunque tal vez planeaba la manera de hacerlo por la espalda. Además, le resultaba sospechoso que Quercus hubiese permitido que alguien así ocupara su puesto.

–Soy el legítimo heredero del feudo de Mergalia –declaró con firmeza–, y pienso asumir el mando del mismo si las circunstancias no cambian. Así que, quizás, el que no debe buscarse problemas eres tú.

Sagart se reconcomió de odio hacia él cuando lo escuchó decir esto, mas no respondió nada. Jórak tenía razón, aunque supuso también que aquel sacerdote correría a avisar a su señor de lo ocurrido en cuanto él saliera por la puerta.

–Y procura mantener este espacio como se merece –le advirtió, por último–, sin derramar más sangre sobre él.

El siniestro sacerdote analizó a Jórak mientras éste se daba la vuelta: había descubierto qué tipo de rituales practicaban y eso no debía conocerse fuera de los muros de aquel templo. Bajo ningún concepto.

Minutos más tarde, Jórak inició el camino de retorno a la fortaleza en tanto que Sagart cerraba el templo de un portazo. Por desgracia, la situación

en Mergalia era mucho peor de lo que esperaba. Tal vez lo más inteligente sería sacar a Aruna de los Pantanos de allí en cuanto tuviese oportunidad de hacerlo y, después, correr directo al encuentro con su hermano para anunciarle, sin ningún tipo de negociación, que definitivamente asumía el mando del feudo.

Mientras descendía por la colina del templo escuchó un agitado tañido metálico: eran campanas y anunciaban ejecuciones. Desde allí, Jórak pudo ver cómo la muchedumbre se arremolinaba en seguida en la plaza fortificada de la ciudadela para asistir a aquel espectáculo, sanguinario y decadente, pues era así, mediante el miedo y la violencia, como su hermano conseguía mantener a raya a sus súbditos. Entonces un escalofrío le recorrió el cuerpo e intuyó que también ése había sido el destino del viejo sacerdote, Quercus Tejón.

El Amo de los Sueños

Arcana había pasado largas horas asomada a la charca de agua salada desde la que veía todo lo que ocurría en Onhyria. Tal y como esperaba, aquél era un mundo recién acabado de hacer por la mano divina de la Gran Madre y, por lo tanto, se encontraba en un agitado proceso de cambio. Un proceso que conllevaba, muy a menudo, conflictos entre los *efímeros* que lo habitaban. Le apenaba contemplar a aquellos amados seres luchando a muerte entre sí, pero asumía que ella, la Dama de la Muerte, no podía intervenir.

Cansada de estar allí contemplando su óculo decidió volver a la cueva, pues la idea de recorrer la isla para descifrar sus secretos no le llamaba lo más mínimo la atención. Además, hacía días que no había dormido. Y sólo ella sabía lo que significaba hacerlo.

Una vez en su acostumbrado rincón, contempló de nuevo la rosa que le había regalado Bran. La olió, pues seguía fresca e intacta, y descubrió que echaba de menos al joven dios. A decir verdad, deseaba tener nuevas noticias sobre él. Se preguntaba también si éste ya habría descubierto cuál era su oficio sagrado. Así que, una vez más, Arcana se echó sobre el suelo y cerró los ojos, rindiéndose al sueño plácido y reconfortante.

—Hace días que no duermes —le dijo Bran, acariciándole el cabello—, ¿ha ocurrido algo, Arcana?

Arcana estaba tumbada sobre un lecho mullido, recubierto de sábanas sedosas. La última vez que fue allí no existía. Supuso que, seguramente, Bran lo habría hecho para ella. Notaba su mano cálida sobre su frente, aunque intuía en él cierto halo de desconfianza.

—¿Los veteranos te han hecho sentirte culpable otra vez? —le preguntó, de una forma más directa. A Arcana le incomodó aquella pregunta. Los veteranos no sabían nada respecto a la manera que tenían de encontrarse, sin embargo ella tenía remordimientos.

—No, Bran —respondió con timidez—, ellos no saben nada. Me prometiste que aquí no podrían vernos, ni siquiera con los óculos. Pero he pasado unos días un poco extraña, reflexionando sobre muchas cosas. Me apetecía estar sola.

Bran se dio cuenta de que mentía, aunque no dijo nada, y Arcana, que notó cómo aquél se adentraba en sus pensamientos, se sintió intimidada. Su joven amigo tenía mucho poder, incluso Thot se había dado cuenta desde el principio.

—No hacemos nada malo, Arcana —le prometió él, resoplando de impaciencia—, únicamente nos damos compañía. ¿Qué consecuencias crees que puede tener eso para Onhyria?

Arcana no lo sabía. También a ella le parecía que aquella norma no tenía fundamentos. Mas confiaba en Thot y, si él se lo había advertido, seguro que existiría algún motivo. Bran, que no tenía ganas de seguir discutiendo sobre aquello, le cogió la mano con suavidad y le ayudó a levantarse. La Dama de la Muerte, a pesar de sus dudas, ansiaba volver a pisar la hierba húmeda de aquellos jardines de ensueño. Entonces comprobó, sorprendida, que sus pies desnudos caminaban sobre una hermosa alfombra de pétalos de rosa. Miró a Bran con los ojos iluminados de ilusión y él le sonrió.

—¿Te gusta? —le preguntó, satisfecho—. Lo he preparado todo para ti. Pensaba que no ibas a venir nunca a verlo.

—Gracias, Bran —le respondió ella—, todo lo que creas es precioso.

—Pues te daré una sorpresa más...

Arcana lo miró con curiosidad y Bran esbozó una mueca pícara. El joven llevaba otra vez la cabellera desordenada y la rebeldía de su imagen llamaba la atención de la Dama de la Muerte. De hecho, hasta creyó que era atractivo.

—Descubrí mi oficio —declaró orgulloso. Arcana se alegró al escucharlo, pero sobre todo al verlo conforme con la labor que debería desempeñar durante toda la Eternidad, al contrario que ella—. El Amo de los Sueños. Ése es mi título. Y mi oficio, mediar entre los *efímeros* a través del mundo de los sueños. ¿Sabes lo que significa, Arcana? ¿Te das cuenta del gran poder que este oficio me confiere?

La Dama de la Muerte no terminaba de comprender por qué se mostraba tan airoso y feliz. En cambio, percibió en él una ambición extraña. Por otro lado, a Bran le decepcionó que ella no se sumase a su pequeño momento de júbilo pero, aun así, continuó explicándole sus habilidades con la intención de excusarse por haber parecido tan pretencioso.

–Arcana, yo soy quien debe cuidar que en el mundo del sueño todo esté en armonía. Debo enseñar a los *efímeros* cómo deben utilizar sus sueños y controlar que no lo hagan indebidamente. Además, tengo la capacidad de moverme en libertad por sus conciencias, de indagar en sus sentimientos más profundos. No existirá un solo secreto en las mentes de los mortales que yo no sea capaz de conocer.

–La vida de los *efímeros* no nos concierne a los dioses, Bran –le advirtió Arcana. Bran se quedó perplejo al escucharla y se sintió molesto. Sin embargo, ella no vaciló–. Tú debes cuidar las fronteras de ese mundo, pero no inmiscuirte en lo que los *efímeros* sientan o piensen. Eso les pertenece a ellos. No puedes entrometerte.

–¿Qué más da? –le respondió el Amo de los Sueños con desprecio–. Ellos no se enterarán jamás. No sabes lo apasionante que es saber que puedes llegar hasta el último rincón de sus almas.

–Y eso, ¿en qué te beneficia a ti?

Por primera vez desde que se conocían, Arcana se había dirigido a él en tono autoritario. Bran entrecerró los párpados con un evidente gesto de rabia, pero ella le sostuvo la mirada con firmeza. Entonces, el joven dios se dio media vuelta bruscamente y se dirigió a la poza, su óculo, donde vio su propio reflejo en las aguas. A éste se sumó en seguida la imagen de Arcana que, arrepentida por haber resultado tan mordaz, apoyó con ternura una de sus manos en la espalda de Bran.

–Me apetece sentirme como un dios –confesó–. Después de las penurias que los veteranos nos han hecho pasar, nos merecemos disfrutar de nuestra grandeza.

–Te entiendo, Bran –lo consoló Arcana. En momentos como aquéllos, el Amo de los Sueños parecía tan sólo un adolescente desorientado–. Te entiendo, aunque no puedes engrandecerte a costa de los *efímeros*. Los dioses no hemos venido a dominar a los mortales, sino a ayudarles. Su mundo no nos pertenece.

Bran continuaba cabizbajo y sin responder. Tal vez Arcana le estaba dando una merecida lección de humildad. Además, delante de ella no era tan odioso reconocer que se estaba equivocando. Aunque, por otro lado, no pensaba renunciar a su poder ahora que lo había descubierto. De pronto una brizna de malicia cruzó su rostro. Sonrió a la joven diosa y ella intuyó de nuevo que le ocultaba cosas.

—¿Quieres que te enseñe algo, Arcana? —le preguntó. A la Dama de la Muerte le molestó que cambiase de tema, pero Bran prosiguió, seguro de su éxito—. ¿No te has preguntado cómo son las guaridas de Narmo y de Avernus? ¿Quieres que te lleve?

A Arcana le consumía la curiosidad. Claro que deseaba conocer aquellos lugares y saber cómo vivían sus otros hermanos. Sin embargo, y por mucho que se encontraran dentro de un sueño en donde no podrían descubrirles jamás, aquello le parecía demasiado osado.

—Bran, será mejor que no tientes a la suerte, ¿y si se dan cuenta?

—Yo ya lo he hecho otras veces. Y te puedo asegurar que ellos no perciben nada.

—Entonces, ¿por qué sospechan de ti?

El Amo de los Sueños no respondió. Era obvio que los veteranos tenían toda su atención puesta en él porque les había dado motivos de sobra. Así pues, le fastidió que Arcana no accediera de inmediato. Era testaruda y leal a las normas, y en eso le recordaba a Thot.

—¡Ay, Arcana! —exclamó, intentando quitarle gravedad al asunto—. Tú siempre tan justa y comedida. ¿Cuándo podré convencerte para que hagas alguna travesura conmigo?

Pero la Dama de la Muerte no se reía. Bran se había propuesto tentarla, era obvio, por muy inquebrantable que fuera la honestidad de Arcana.

—Olvídalo ya, Bran. Sentémonos un rato, si te apetece. Luego me despertaré.

—Dame una última oportunidad para sorprenderte —le suplicó él sin saber qué más podía hacer para persuadirla. La mirada negra de Arcana, por su parte, denotaba desconfianza. Aunque el Amo de los Sueños estaba aprendiendo poco a poco la manera de mellar su férrea voluntad.

—Quiero mostrarte lo que he aprendido, Arcana. Nadie hasta ahora lo ha visto. Te prometo que no saldremos del mundo de los sueños, así que no te pasará nada, y tampoco nadie se dará cuenta.

—Está bien, pero no quiero que me mientas, Bran —accedió ella por fin. Él se sintió victorioso y le guiñó un ojo.

—¿Yo a ti? Jamás...

Acto seguido, aquellas praderas floridas se desvanecieron y, poco a poco, se materializó alrededor de ambos la pared redondeada de madera que cercaba la casa de Thot. Y también su escritorio, su ventana, su tetera, los miles de papiros en desorden y hasta la hoguera anaranjada y el basto caldero de hierro que constituía el óculo del viejo duende. Arcana dio un respingo cuando reconoció el lugar e instintivamente buscó a Thot en él. Pero éste no se hallaba allí. Tampoco Lora. Aun así, Arcana estaba nerviosa por si aparecían en cualquier momento.

—Él no vendrá —la tranquilizó Bran—, recuerda que éste es tu sueño. Nadie más que yo puede entrar en él.

La Dama de la Muerte se quedó maravillada mientras comprobaba que, en verdad, aquel lugar era exactamente igual que la guarida del Guardián del Destino. Los poderes de Bran iban mucho más allá de lo que esperaba, y él, que lo sabía, se mostraba más confiado que de costumbre mientras ella examinaba cada rincón de la casa árbol.

—¿Lo ves? —le dijo, jactancioso—. No nos ha ocurrido nada.

—No... —añadió ella, acercándose al escritorio. Por un momento sintió curiosidad por saber qué pasaría si tocaban algo o lo cambiaban de sitio. Se preguntaba si ello tendría alguna repercusión en el mundo real. Y Bran, que una vez más adivinó lo que estaba pensando, le respondió.

—Puedes coger los papiros, si eso es lo que tanto te interesa. No pasará nada porque los leamos. Sólo es un sueño.

De pronto Arcana tuvo muy claro que no podían continuar allí, pues sus inquietudes habían dado a Bran una mala idea.

—Eso nunca, Bran. Los libros de vida sólo puede leerlos su creador. Sería una abominación incumplir esa norma, aunque estemos dentro de un sueño.

—¿Ni siquiera uno? —la provocó el Amo de los Sueños, arqueando una ceja—. Vamos, ¿no te gustaría echar una ojeada a tu destino?

Arcana giró la cabeza sobre el escritorio de Thot y, entre el montón desordenado de papiros, su mirada se clavó directamente en uno. En él pudo leer Arcana, la Dama de la Muerte. Se le aceleró el pulso. Supo que sólo tenía que estirar un brazo para cogerlo y leerlo. Mientras tanto, Bran aguardaba a que lo hiciera.

–Venga, Arcana, ya lo has encontrado, ¿a que sí? –la tentó. Ella dudó—. Si tú te atreves, yo también.

–No, Bran –se negó al fin. Entonces el Amo de los Sueños se sintió frustrado. Esperaba que ambos infringiesen aquella prohibición para que no toda la culpa recayese sobre él. Sin embargo, Arcana parecía haber tomado ya una decisión.

–Venga, Arcana: no sospecharán nunca –arguyó, sin muchas esperanzas de convencerla—. Esa voluntad tan fuerte que tienes no te deja ser feliz.

–El Equilibrio es más importante que nuestra felicidad –respondió ella–, deja de pensar únicamente en ti y preocúpate un poco más por el mundo en el que elegiste vivir, Amo de los Sueños.

En ese instante, a Bran el rostro se le congestionó de ira. Por primera vez desde que conocía a Arcana tuvo verdaderas ganas de levantarle la voz, pues ahora estaba realmente enfadado con ella. Pero la Dama de la Muerte no se lo permitió porque, antes de que el joven pudiese abrir la boca, ella se había despertado y ya no estaba allí.

Arcana abrió los ojos. Comprobó que se encontraba en su cueva y se quedó más tranquila. Miró a su alrededor por si Bran había dejado algún regalo inesperado sobre el suelo, como la otra vez, pero no. Sólo estaban el fuego y la rosa.

Después se incorporó y tomó la flor en sus manos, apenada por lo que acababa de sucederles. La conducta de Bran la sacaba de quicio, pero aun así lo amaba tanto como a un hermano, y lo compadecía. Deseaba poder ayudarle a superar aquella rabia que contenía su corazón, mas el joven dios era inmaduro, temerario, y no la escuchaba.

Finalmente la Dama de la Muerte decidió dejar pasar unos días antes de volver a verlo, y deseó que a lo largo de aquel tiempo él no hiciera nada descabellado. Así que de nuevo guardó la rosa, con infinito cuidado, y después se levantó. Salió de su cueva y comenzó a caminar.

Pasó por lugares en donde las rocas eran abruptas y definían caminos retorcidos. De hecho, toda su isla estaba plagada de rincones. En los acantilados el mar no dejaba de romper con fuerza, levantando olas voraces, y aquel día el cielo nublado presentaba una tonalidad violeta. Arcana no supo cuánto tiempo llevaba caminando cuando, inesperadamente, se sintió interesada por una formación de piedras gigantescas que dibujaban un círculo sobre un claro. Le sorprendió el esmero con que aquellos montículos habían sido colocados y pensó que debía ser obra de la Gran Madre. Así que, muy despacio, penetró en el círculo.

En su interior había trazada sobre el suelo, con miles de pequeños guijarros, una enorme espiral que parecía no tener fin. Arcana observó la belleza de aquella forma, infinita y arcaica, y luego caminó hacia su centro, levantando con cuidado los pies para no estropear el trazo ni mover un solo guijarro del lugar que le pertenecía. Mientras lo hacía, tan sólo escuchaba el bramido del mar.

Se sentía a solas con la tierra, con la antigua diosa, como si por un instante ésta hubiera despertado de su letargo para dirigirse a ella. Entonces, sin comprender cómo, tuvo un momento de lucidez y supo exactamente qué hacer. En el interior de la espiral había un objeto que a primera vista no identificó pero, al acercarse, descubrió que se lo había visto utilizar a los *efímeros*: se trataba de un martillo de hierro. Mas, ¿quién lo habría dejado allí? ¿Tal vez la propia Gran Madre? En cualquier caso, supo con claridad que ahora era para ella y que debía llevárselo. Por eso, y aunque ignoraba para qué le serviría, Arcana lo levantó del suelo, comprobando que pesaba una barbaridad, aunque su condición de diosa la dotaba de una fuerza capaz de sostenerlo sin problema. Después volvió a contemplar la espiral y, luego, se marchó de allí.

Mientras regresaba a su cueva se preguntó si debía contárselo a Thot. Tal vez fuera un detalle insignificante y, seguramente, el Guardián del Destino ya lo tuviera previsto. Aunque a decir verdad, lo que temía Arcana era encontrarse con aquél y no poder mentirle acerca de lo que les había ocurrido a Bran y a ella durante aquel sueño en el que estuvieron a punto de leer sus propios libros de vida. Entonces, contrariada como estaba por todo lo que había pasado aquel día, decidió que lo más adecuado era descansar y despejar su mente. Así que guardó el martillo a buen recaudo y

se acercó a su charca para hacer lo que más le tranquilizaba: observar a los mortales en Onhyria.

Lejos de allí, o quizás cerca, según se viese, Bran se encontraba arrodillado sobre la hierba de las praderas que rodeaban su templo. Tenía sus esmeraldinos ojos fijos en su óculo, y dos lágrimas enturbiaban la superficie nítida de las aguas mientras observaba, a través de éstas, a su amada Arcana.

El martillo místico

—Así que un martillo... —murmuraba Thot mientras sostenía con los labios un palo de regaliz—. Es un hallazgo curioso, ¿no crees, Arcana? Antiguamente, muchos dioses utilizaban martillos místicos para forjar objetos indestructibles...

Arcana asentía, intrigada. Esperaba que Thot pudiese explicarle la función de aquel objeto, aunque sospechaba que eso formaba parte de su trabajo como Dama de la Muerte. Quizás debería experimentar con aquel extraño martillo e investigar un poco más su isla, que hasta hacía poco no había despertado ningún interés en ella.

—De cualquier modo, querida, yo opino que deberías guardártelo. Puede que pases cientos de eras sin necesitarlo, pero basta que un día surja la ocasión.

En la casa árbol del Guardián del Destino se respiraba la tranquilidad de siempre. Lora Nenúfar, que esa tarde tan sólo iba vestida con un ancho faldón confeccionado con cortezas de abedul, se encontraba sentada junto al fuego mientras terminaba de fabricarse una diadema con ramas de acebo, que conservaban multitud de bayas rojas y brillantes, todavía frescas. La guardiana le había explicado a Arcana que la luciría durante la celebración del solsticio de invierno gélido que tendría lugar en breve, cerca de allí. Ésta pensó que aquella diadema quedaría muy bien sobre la melena anaranjada de Lora, y sintió envidia por no poder viajar a Onhyria todavía y por perderse aquellos encuentros maravillosos de los *efímeros*, mas no insistió en preguntarle a Thot cuándo podría hacerlo, pues supuso que, llegado el momento, el Guardián del Destino se lo diría.

Por su parte Thot, sujetando la raíz dulce con los dientes, cargó con un montón de papiros entre sus delgaduchos brazos y se subió con ellos a la altísima escalera sin fin que se apoyaba sobre su ingente biblioteca, formada por los libros de vida de todos los habitantes de Onhyria. Sin agarrarse a los

estantes con ninguna de sus manos, el viejo duende comenzó a subir los peldaños haciendo alarde de su buen equilibrio, aunque Arcana creyó que se caería y se rompería el cráneo. Tanta era la fascinación de aquél por hacer las cosas al modo terrenal que ni en esas circunstancias utilizaba sus poderes de dios.

—¿Te gusta cómo ha quedado, Arcana? —dijo Lora, mostrándole a la joven diosa su recién terminada diadema. El hada de cabello naranja solía comportarse de un modo muy serio y comedido cuando los otros Elementales, sobre todo Avernus, entraban allí. Pero con Arcana todo era distinto. Era la única diosa, a parte de Thot, a la que no tenía que hablar de vos.

—Es muy hermosa —respondió ésta. La Dama de la Muerte admiraba con fervor todo lo que los mortales, incluso con las limitaciones propias de su naturaleza, eran capaces de crear. En ese momento pensó incluso que Thot y ella no eran tan distintos. La artesanía, además, era algo que llamaba especialmente su atención: veía tanto amor invertido en ella... Y Lora se alegró al comprobar que aquella insignificante diadema era de su agrado.

—Me gusta fabricar estos adornos —le explicó—, y también tejer, y coser. Yo misma le cosí a Thot la túnica que lleva puesta.

Tras decir esto, el hada no pudo evitar mirar cómo iba vestida Arcana: aquella prenda mal fachada creada a partir de una manta raída no resistiría mucho más el paso del tiempo ni las caminatas por Óscrembhork. La Dama de la Muerte también se dio cuenta. Durante lunas había observado a los seres feéricos desplazarse por los bosques disfrutando de su desnudez. Pero incluso éstos, cuando se trataba de asistir a eventos importantes, se cubrían el cuerpo a la manera humana, con vestidos, túnicas y camisas bordadas. Y Arcana, puesto que era una Elemental y ejercía un oficio tan importante, prefería ir vestida al igual que sus compañeros.

—Haré una túnica nueva para ti —le prometió Lora, sonriéndole con benevolencia. Entonces la Dama de la Muerte se sintió tan afortunada que no supo cómo expresar su inmensa gratitud. Nunca un *efímero* había tenido un gesto tan amable con ella.

—Gracias, Lora —respondió.

—No hay de qué, Arcana. Ahora debo irme, a buscar más acebo.

–Lora –la llamó Thot con su afable voz–, ¿sería mucha molestia que me trajeses del poblado alguna de esas raras semillas con forma de corazón? Esas que tienen la cáscara marrón y brillante...

–¿Te refieres a las castañas? –sugirió Lora.

–¡Eso es, querida! –afirmó Thot–. Están deliciosas, ¿crees que se asarán bien sobre el fuego sagrado?

Lora y Arcana se miraron con complicidad, reprimiendo una carcajada. Como siempre, el Guardián del Destino solía tener ideas disparatadas que nunca dejaban de sorprender a quienes lo conocían.

–Podemos intentarlo, Thot –le respondió Lora–, les preguntaré a mis hermanas si han vuelto a recolectar.

–Gracias querida –le dijo el duende–, y procura regresar antes del anochecer.

–Descuida Thot. Ahora he de irme. ¡Adiós, Arcana!

La Dama de la Muerte se despidió de ella. Le gustaba el carácter de Lora. Además, sospechaba que el hada guardiana de Thot no se mostraba así de cercana con ninguno de los otros Elementales, y eso le hizo sentirse feliz. Después, Lora cerró tras de sí la enigmática puerta de la casa árbol, una puerta invisible que se dibujaba perfectamente en torno a la silueta del hada tan sólo cuando ésta quería entrar o salir de aquel antiquísimo tejo. Ése era uno de los efectos del pacto de lealtad. Ningún otro *efímero* podría penetrar en la guarida del Guardián del Destino, la cual pasaba desapercibida ante los ojos de cualquier caminante que cruzase el bosque en que se hallaba ubicada.

–Arcana, querida –la avisó Thot–, necesito colocar estos papiros en sus estantes correspondientes. En seguida bajaré a hablar contigo, así que te agradecería que me esperases. Creo que queda té caliente, por si te apetece un poco.

–Tranquilo, Thot. No me moveré de aquí.

Thot le sonrió y continuó ascendiendo por la escalerilla hasta que se perdió en el infinito una vez más. Luego, la Dama de la Muerte se quedó sola en el interior de la casa árbol. Hasta entonces nunca le había pasado.

Prefirió no beber té ni comer nada, pues aquellas experiencias nunca le habían parecido agradables a su cuerpo carnal. En lugar de ello se acercó al fuego sagrado de Thot, porque éste, inexplicablemente, sí le resultaba cálido

y capaz de calentar en cierta medida sus gélidas manos. Y mientras permanecía allí, escuchando el hipnótico crepitar de las llamas en medio del hondo silencio, sus ojos se fueron solos hacia la superficie del escritorio. Recordó cómo Bran y ella habían estado a punto de cometer una imperdonable negligencia apenas tres días antes, y reconoció que todavía se sentía muy culpable por ello, a pesar de que todo hubiera ocurrido en un sueño. Se preguntó también si Thot lo sabía. Seguro que sí: si Bran, que era un dios joven e inexperto, podía leerle los pensamientos, ¿cómo no podría hacerlo el viejo duende, que era el más antiguo de todos y que, además, escribía la historia de sus vidas?

Se sintió avergonzada al haber faltado a la lealtad del Guardián del Destino, quien siempre era amable con ella. Pero, justo entonces, el corazón le dio un vuelco al ver sobre el escritorio un papiro que llevaba su nombre: Arcana, la Dama de la Muerte. No entendía cómo era posible que la escena comprometedor que había vivido en su sueño se estuviera repitiendo de nuevo, como una tentación que la perseguía. Se giró para comprobar que continuaba estando sola, pues por un instante sospechó que aquello fuese obra de Bran, tan inteligente como era y tan calculador.

Aquel papiro parecía llamarla a gritos. Además, era de los primeros sobre el montón desordenado, es decir, que le costaría muy poco poder leerlo. Es más: no tendría ni que cogerlo, sino sólo torcer un poco la cabeza y aguzar la vista. Sin embargo, en lugar de hacerlo se apartó del escritorio y se colocó justo en el otro extremo de la estancia, junto al caldero del conocimiento.

De pronto se oyó a Thot bajando temerariamente por los estrechos peldaños de la escalerilla. El duende, que llegaba con las manos vacías tras haberse descargado de todos los papiros que debía archivar, refunfuñaba.

—Iba a caerme, pero no lo he hecho —explicó, algo malhumorado—. Cuando estaba allá arriba, tan alto que ni siquiera os veía a ti ni al fuego, sino sólo una nube blanquecina debajo de mí, coloqué un pie mal y me resbalé. Pero mientras lo hacía, pensé: podría caerme, mas no quiero hacerlo. Y puesto que todos elegimos hasta el último detalle de nuestros destinos, yo elegí que no quería caerme y romperme la crisma. Así que voy a dejar de reprocharme mi torpeza, porque al final no me he caído, y eso es lo más importante.

A pesar de que aquella anécdota parecía incongruente, Arcana adivinó que Thot se refería a ella. Lo sabía. Sí. Por eso la joven diosa alzó la mirada con vergüenza, como si esperase una reprimenda. Se preguntaba si Thot lo sabía todo sobre todos y si, en cambio, fingía constantemente que no tenía ni la menor idea pues, al fin y al cabo, era él quien escribía sus vidas. Así pues, el Guardián del Destino se dirigió a ella y sonrió con bondad.

—Nunca he dudado de ti, Arcana —le confesó, con dulzura en la voz—. La honestidad y la fuerza de voluntad son tus mejores virtudes como diosa. ¿Qué más te da si puedes penetrar o no en la conciencia de los demás? Eso sólo alimentaría tu ego y, créeme, el ego a los dioses no nos sirve para nada.

La Dama de la Muerte no encontraba palabras para contestar. Thot lo sabía, sabía que en dos ocasiones ella había estado a punto de ojear su libro de vida y de infringir, por lo tanto, una de las normas más importantes del Equilibrio. Por esa razón se sintió fatal.

—No te culpes por algo que no hiciste, incluso aunque hayas sentido la tentación. ¿Quién no la siente alguna vez? Me alegra contarte que ni siquiera los dioses estamos exentos de ella.

Arcana derramó una lágrima, tan negra como su cabello, y después miró al suelo. Entonces Thot le alzó la barbilla con la mano, con suavidad, y le limpió la lágrima. A la joven diosa lo que más le dolía de aquella situación era haber estado a punto de fallarle a un ser tan entrañable y piadoso.

—Perdóname, Thot... —se arrepintió. El Guardián del Destino la miró con aire paternal y suspiró.

—Arcana, escúchame. El día que llegamos a Onhyria adoptamos un cuerpo. Un cuerpo que tiene necesidades y sensaciones que hasta entonces no conocíamos, pues nunca habíamos poseído uno. La curiosidad, la ambición, el hambre o el miedo son experiencias que no debemos apartar de nuestro camino, sino superarlas y aprender qué regalo nuevo traen a nuestra sabiduría.

—Tengo que contarte algo, Thot —lo interrumpió Arcana, sin poder contenerse un segundo más. Él se sorprendió, aunque no le molestó la interrupción—. Es sobre Bran y su nuevo poder. Creo que se le está yendo de las manos. Pero no quiere escucharme.

Thot articuló una mueca de lástima. Entonces condujo a Arcana junto al caldero del conocimiento, levantó la tapa y le indicó que se asomara.

–Dime qué ves, querida...

Arcana, al igual que solía hacer con su charca, comenzó a distinguir las imágenes sobre el agua. Colores y luces difusos se arremolinaban, abriéndose para dejar paso a una imagen nítida de Bran. El joven dios estaba sentado sobre la hierba de sus prados, justo delante del riachuelo que los cruzaba. En sus manos tenía una rosa como la que había regalado a Arcana en otra ocasión. Pero su mirada se mostraba perdida y carente de vitalidad, incluso se podría asegurar que había estado llorando. A la Dama de la Muerte se le hizo un nudo en la garganta al verlo tan triste, y tuvo ganas de correr a consolarlo.

–¿Qué ves, Arcana? –le preguntó Thot, apenado. Arcana titubeó.

–Veo un niño asustado.

El Guardián del Destino se encogió de hombros y asintió, con gesto resignado.

–Ahora ves que todo su poder no le sirve de nada si no tiene a nadie que lo ame. No dudo que poseas las mismas capacidades que él, pues eres una diosa. Ya se te irán despertando. Pero tú has venido a Onhyria con ventaja: conoces el amor a los demás. Y ése es el don más grande que un Elemental puede ostentar. ¿Acaso crees que Narmo o Avernus ya han aprendido a utilizarlo?

Arcana sabía que no. Narmo y Avernus eran fríos, severos e intransigentes con los demás. Se sentían en un plano muy diferente al de los *efímeros*, a los que abiertamente consideraban inferiores. Hasta ahora los había envidiado porque le parecían dioses poderosos, sin embargo las palabras de Thot habían conseguido cambiar su opinión al respecto. El Guardián del Destino, en cambio, era mucho más poderoso que ninguno de ellos a pesar de ser discreto, sencillo y humilde. Además, siempre tenía una palabra cálida o un gesto cariñoso para quien los necesitara.

–Ámalo, querida.

–Pero no puedo ir con él –dudó ella–, eso iría contra las normas del Equilibrio, ¿verdad?

–Yo sólo te digo que lo ames –insistió él–, donde quiera que estés. Ámalo, como lo amo yo, como tú amas a todos, y tal vez consigamos que su alma de dios vuelva a brillar.

Los planes de Dagus

Había estallado una terrible tormenta en Mergalia. Llovía a raudales sobre toda la ciudadela y sobre los bosques circundantes mientras la grisácea luz de la tarde iba sucumbiendo a las tinieblas de la noche. La tierra estaba encharcada y las gotas de lluvia repiqueteaban sobre ella, provocando un chasquido que a veces se volvía ensordecedor por la intensidad con que caían. Ninguna criatura osaría abandonar su guarida mientras cayese una tormenta como aquélla. Las chimeneas de la fortificación de Mergalia despedían todo el rato el humo resultante de la leña quemada, pues el castillo estaba frío y era difícil de calentar, y algunas siervas cuidaban afanosamente del fuego de la cámara de Dagus de Anshuz, para cuando éste volviese. Sin embargo, esa noche el señor del feudo tardaría en llegar.

Fuera de las murallas de la ciudadela, en el interior del templo de la colina titilaba una luz tenue y amarillenta. Sagart Auguria, el sacerdote, había acogido a Dagus y a sus mejores hombres allí para que discutieran acerca de la tregua con los *féeros*, pues el señor de Mergalia prefería reunirse con ellos lejos del castillo mientras su hermano Jórak permaneciese en él.

Cuatro antorchas iluminaban débilmente la estancia, que estaba fría como el hielo y olía a una mezcla de humedad con el sudor ácido de aquellos burdos guerreros, aunque éstos, sin quejarse, esperaban con actitud expectante. Estaban sentados a una mesa, astillada y decrepita por el paso del tiempo, y sobre sus cabezas pendía de una viga una lámpara de araña cuyos cirios no se habían encendido para la ocasión pues, por encima de todo, Dagus necesitaba que aquel encuentro pasara inadvertido.

En torno a ellos los altares del templo estaban vacíos, excepto uno sobre el que reposaba el cadáver de una liebre recién asesinada y varios de los restos del animal. Sagart, de pie junto a dicho altar, tenía las manos manchadas de sangre y ésta le chorreaba hasta los codos, aunque su

expresión era indiferente mientras examinaba las vísceras en silencio, todavía calientes.

Dagus, presidiendo aquel sórdido ritual, observaba a su fiel clérigo con impaciencia. Sobre la mesa tenía colocada su hacha de guerra, la famosa hacha de los ancestros que había llegado a él a través de varias generaciones desde que el primer Anshuz la utilizó. Se creía que incluso dormía con ella junto a la almohada. El filo de aquella arma había hecho rodar las cabezas de todos los jefes y monarcas a los que los antepasados de Dagus y éste mismo habían arrebatado después sus tierras. Cabezas ahora sin vida que colgaban de los portones de la muralla de la ciudadela. Ésa era la firma de los Anshuz, y así se explicaba la grandeza de Mergalia.

A su mano derecha se sentaba Kreing Funestus, conocido como el General Escorpión, un enorme guerrero veterano que ya había servido al anterior señor feudal en las últimas batallas que libró. Sobre su cráneo afeitado había tatuados dos escorpiones, y una barba negra recogida en una trenza le brotaba desde la barbilla. Tenía la nariz aguileña, los ojos caídos, grises y fríos, capaces de intimidar a cualquiera, e iba cubierto con una capa de pieles de zorro.

Al otro lado de Dagus tomaba asiento Tarbh, otro descendiente Anshuz sospechosamente parecido al tirano y de edad similar, sólo que con los cabellos más claros, de un castaño ceniciento, y la barba poblada y descuidada. Una cicatriz de batalla cruzaba su mejilla definiendo una forma parecida a una estrella, y esa noche se había abrigado con una pelliza de toro negro.

—Comienza, Sagart —ordenó Dagus, resignado por la tardanza del invitado que faltaba—. Mi hermano lleva dos días esperando mi respuesta y no me concederá ni uno más.

Ante la inminente crispación de su señor, el sacerdote parecía dispuesto a hablar cuando, de pronto, alguien irrumpió en el templo armando un jaleo considerable. Todos los hombres empuñaron en seguida sus armas y apuntaron al recién llegado antes de identificarlo, pero entonces un guerrero más viejo que ninguno de ellos se tambaleó junto a la puerta con una mueca burlona. Los demás bajaron las armas y Dagus resopló, exasperado.

—¿La zorra de la tabernera os ha vuelto a emborrachar, Argael? —le recriminó. Sin embargo, el viejo guerrero no pudo sino liberar una estridente

carcajada, motivo por el que Dagus y sus hombres se miraron indignados. Argael de Anshuz tenía el pelo blanco, los bigotes amarillentos y ásperos, y el rostro plagado de surcos y marcas de vejez. En cambio, iba ataviado como un guerrero y la vaina de su espada pendía de su cinturón, aunque su arma no estaba dentro. El viejo se dio cuenta de esto y profirió una maldición: se le había vuelto a olvidar en la taberna tras haber impresionado con ella a las mujeres.

—Inútil —masculló Dagus.

Argael se sentó torpemente en el asiento que le estaba asignado y apoyó los brazos sobre la mesa para sujetarse la cabeza, que le pesaba como una roca tras haber bebido como si no hubiera mañana. Después de dirigirle una mirada reprobatoria, Dagus hizo un gesto a Sagart para que prosiguiera.

—Mi señor —comenzó el sacerdote, hablando con su característico acento foráneo—, los dioses han hablado.

Sagart dejó sobre el altar el cuchillo sacrificial y se hizo a un lado para secarse las manos con un trapo. Luego se colocó de pie junto a la mesa. Caminaba encorvado, con poco garbo, y su figura alta y esquelética resultaba fantasmagórica. Pero, a pesar de su desagradable aspecto sucio y mortecino, el clérigo supo adoptar un gesto solemne para dar a conocer los augurios que acababa de recibir.

—La traición de un vástago Anshuz acaece sobre vos y vuestro feudo —vaticinó—, un vástago del mismo árbol que os fructificó a vos. Parece que un hermano atenta contra vuestro poder...

—¿Un hermano? —interrumpió Argael, en tono de mofa y bajo los efectos de la ebriedad—. ¿Cuál de todos los que tu padre engendró en este reino? El idiota de Varus hizo en realidad, como se suele decir, un pueblo de hijos. Un pueblo de bastardos. Creía que así nunca te traicionaría nadie, pues todos tendrían lazos de sangre contigo, pero parece ser que se equivocó...

Tarbh, el guerrero de la cicatriz en el rostro, se mostró claramente ofendido al escucharlo. También el señor de Mergalia se enfureció, aunque por algún motivo se contuvo frente a Argael. Sus hombres sabían que, en otras circunstancias, ya le habría cortado la cabeza a cualquiera que mostrara tan poco respeto. Mas con aquel viejo era diferente, pues había vínculos que merecía la pena no romper.

–Mi queridísimo tío –le dijo Dagus, sarcásticamente–, me pregunto a menudo por qué mi padre jamás os rebanó el cuello también a vos. Incluso a veces me llevo a preguntar por qué no lo hago yo mismo.

Sin embargo Argael, muy lejos de sentirse intimidado, sonrió con sorna y se dispuso a contestarle, henchido de arrogancia.

–Tal vez porque si lo hicieras, sobrino, las gentes del Norte comenzarían a mostrarse algo desobedientes con tu régimen. Recuerda que fui yo quien colonizó esa parte.

–Lo recuerdo, tío –respondió Dagus–, mientras vos os esmerabais tanto en vuestra enmienda, mi padre lo celebraba en vuestra cama, con vuestra esposa.

Todos los guerreros rieron, excepto Argael. Sagart, en cambio, se mantenía al margen de aquellas disputas familiares, con la mayor discreción posible, mientras esperaba sin protestar a que su señor le cediera la palabra por fin. Dagus emitía grotescas risotadas dando golpes con el puño en la mesa, pues su falta de diplomacia y buenos modales hacía que en las discusiones pudiese llegar a ser tan cruel como en las guerras.

–¿Qué os molestó más, Argael: que mi padre gozara de la compañía de vuestra señora o que mi tía engendrara un único varón gracias a él?

Argael miró con profundo rencor a Tarbh, que se sentaba junto a Dagus, y aquél le devolvió la mirada con dureza. El viejo también se reconcomía de odio hacia su insolente sobrino Dagus, pero lo disimulaba bastante bien, así que, finalmente, esbozó una sonrisa a pesar de la humillación. Dagus y él se habían detestado desde siempre, sin embargo los dos se necesitaban el uno al otro por cuestiones políticas, por lo que jamás se desafiarían a menos que las circunstancias cambiasen.

–Mi padre casó a todas vuestras hijas con hombres poderosos –le reprochó Dagus, observándolo con altanería–, así que no tenéis motivo para quejaros: toda vuestra descendencia está bien situada.

–Ya –respondió el viejo guerrero–, aunque no les legó nada porque eran mujeres, ¿me equivoco? Pero este hermanastro tuyo que se te sienta al lado sí que tomó parte en la herencia, ¿verdad? A pesar de haberse criado como un perro con las esclavas del castillo.

En ese momento, Tarbh se levantó de donde estaba sentado, dispuesto a agredir a Argael, que seguía increpándolo con insultos y miradas de lo más

provocadoras. Entonces Dagus retuvo a su hermanastro, aunque no sin ganas de golpearle la cara al viejo. Acto seguido, y con un veloz movimiento, le clavó los dedos debajo de la quijada y apretó su garganta mientras éste, que debido a la borrachera no tenía fuerzas para reaccionar, se callaba de inmediato, haciendo esfuerzos por respirar.

A decir verdad, Dagus ansiaba matarlo allí mismo. Sus ojos en esos momentos ya no se parecían en nada a los de Jórak, sino que estaban inundados de ira y podrían amedrentar a quien quiera que tuviese delante.

—Ocupad vuestro asiento y callaos, viejo —le advirtió casi en un susurro—, ya nos habéis retrasado suficiente.

Luego soltó a Argael y éste se dejó caer medio desvanecido sobre su silla, proyectando sobre su sobrino una hostilidad nunca vista. Dagus, en cambio, decidió ignorarle para que la reunión no se demorase más, y después hizo entender a Sagart que podía seguir hablando.

—Uno de vuestros hermanos os traicionará, mi señor. Y supongo que se trata de un hermano de sangre. Hablo de Jórak de Anshuz, el único hijo legítimo del linaje de Mergalia junto a vos, a menos que existiera algún otro...

—No hay más —confirmó Dagus—, sólo Jórak y yo. Aunque Jórak sería incapaz de traicionarme: él es un sacerdote de las Cumbres, cándido, virtuoso... No mataría a un ratón.

Los guerreros se rieron de nuevo. En las palabras con las que Dagus describía a su hermano había desprecio y rencor, aunque también envidia. Al fin y al cabo, Jórak era el primogénito, y esa idea le había aterrado siempre.

—Tu hermano es como una mujer —añadió Tarbh, socarrón—, no sabe ni coger una espada. Ni siquiera osaría enfurecerte.

—¿Por qué no os calláis y escucháis al sacerdote? —opinó Kreing, el General Escorpión—. Hasta ahora sus augurios nunca han fallado. No subestiméis a Jórak.

Se hizo silencio. Dagus solía crecerse cuando incitaba a sus hombres a criticar a su hermano mayor junto a él. Eso le hacía sentirse menos inseguro, aunque no le impedía continuar envidiándole. Además, conocía de primera mano el sentido de la justicia de Jórak y también sabía que era un hombre

valiente, a pesar lo mucho que se esmeraba en ridiculizarlo ante sus guerreros. Mientras Dagus reflexionaba sobre todo esto, Sagart prosiguió:

–También he visto un niño, un heredero... –explicó el clérigo, con los ojos un tanto perdidos en la nada.

Tarbh y Kreing estuvieron a punto de hacer algún comentario al respecto, pero Dagus, muy atento, los mandó callar de inmediato. Ese punto le intrigaba especialmente. Frunció el entrecejo y puso toda su atención en las palabras de Sagart.

–Un niño mestizo que heredará vuestro feudo y será rey si permanece bajo vuestro cuidado –matizó el sacerdote–, o bien encabezará una revuelta que asolará vuestros dominios si no se educa bajo vuestra tutela.

El señor de Mergalia se quedó atónito. ¿Qué significaba aquello? ¿Tenía que llevar más cuidado a la hora de atender a sus hijos? ¿Y cuál de ellos sería? Pues Dagus ya había engendrado a muchos niños con mujeres del feudo, aunque no recordaba que ninguno de ellos fuera mestizo.

–Esa ramera feérica se te ha resistido más que ninguna, sobrino –vociferó Argael, regresando a la conversación–, pero al fin lo has logrado. Eso sí que será un mestizaje: el hijo de un humano y una duende. ¡A saber qué bestia infame surge de esa unión!

Argael comenzó a reírse solo, ya que nadie lo siguió. Dagus se hallaba muy pensativo y no era capaz de articular una sola palabra.

–¿Aruna de los Pantanos? –se extrañó Kreing–. No tenía noticia de su embarazo.

–Yo tampoco –añadió Dagus, absorto–. Es muy posible que se me haya pasado por alto. Últimamente la he notado muy sensible durante nuestros encuentros. Aunque nuestras conversaciones no son, lo que se dice, fluidas.

Los fieros ojos de Dagus se tornaron lujuriosos mientras contaba esto último. Recorrió con su memoria cada parte del cuerpo de la joven Aruna y un deseo irrefrenable se encendió en su interior, todavía con más intensidad al pensar que ella llevaba en el vientre a su heredero.

–¿Y qué diferenciará a ese crío de todos los demás que vas dejando por ahí a su suerte? –lo increpó su tío, sacándolo de aquellas ensoñaciones–. Ni siquiera estáis unidos ante los dioses. ¿Quién considerará a ese niño el heredero de Mergalia?

–Los *féeros* no necesitan tantos formalismos –le contestó el General Escorpión con determinación–, los pueblos féericos simplemente le deberán lealtad, pues es hijo de Aruna de los Pantanos y nieto de uno de los grandes jefes de la región.

–En cuanto a mi linaje –lo interrumpió el señor de Mergalia–, Sagart podrá officiar un ritual, si es lo que quiere mi pueblo, para demostrar a todos que Aruna es mi esposa legítima y que, en consecuencia, ese niño será mi heredero. Además, él representa la décima generación...

El curtido rostro de Dagus, a pesar de toda su crueldad y despotismo, se llenó por un momento de una ilusión extraña. Todos sabían a qué se refería.

–El décimo heredero de un conquistador se convierte por derecho en rey –explicó Sagart Auguria con parsimonia–, y eso engrandece la naturaleza del linaje. Así es como se han formado los antiguos reinos del Gran Continente.

–Mi hijo –especuló Dagus–, rey de Mergalia...

–Pero entonces... –intervino Tarbh–. ¿Qué sucede con los *féeros* y la tregua?

El señor de Mergalia se quedó pensativo mientras deslizaba sus dedos encallecidos por encima de la empuñadura del hacha de los ancestros. La traición, el heredero... Las predicciones de Sagart se mezclaban con sus reflexiones y con sus expectativas mientras decidía qué órdenes dar a sus hombres pues, como en todos los casos, los augurios podrían evolucionar mejor o peor.

–Se acabó la tregua –espetó, rotundo–. No quiero que mi futuro reino peligre por culpa de esos demonios del bosque.

–Así pues –preguntó Kreing–, ¿enviarás de nuevo a Jórak como emisario para declararles otra guerra?

La sugerencia del General Escorpión sonó muy leal. Pero los planes de Dagus eran mezquinos y oscuros. Entonces éste dibujó una sonrisa despótica en sus labios resecos y respondió sin reparo.

–A Jórak lo quiero muerto cuanto antes –anunció–, yo mismo me encargaré. No quiero darle la más mínima oportunidad de que me quite la autoridad sobre el feudo, y mucho menos de que consume su traición contra mí. A él los *féeros* lo respetan, y es tan honesto que, si vuelve a los bosques,

lo más seguro es que incluso se una a su bando. En cuanto a la guerra, atacaremos por los poblados del Este de Árguembhork antes del amanecer, tal y como lo habíamos planeado. No se lo esperan, así que sucumbirán como ratas.

—¿Quieres que avise ya a los hombres? —le preguntó Kreing, haciendo un amago de levantarse. Dagus asintió con la cabeza.

—Hazlo, y que no falten caballos, y fuego. Necesitamos fuego: a los *fēeros* les aterra.

Acto seguido, Kreing Funestus abandonó la reunión y se marchó a toda prisa del templo. La sombra de su corpulenta figura a la mísera luz de las antorchas se proyectó sobre la pared del templo hasta que cerró la puerta.

—En cuanto a Aruna, reconozco que debería tenerla mejor vigilada, al menos hasta que nazca la criatura.

—¿Por qué tanta fijación con esa duende? —protestó Argael—. ¿Es que el futuro rey de Mergalia no puede ser un humano de raza pura?

—No —rebató Sagart—, los augurios la señalan a ella. Su hijo será un rey poderoso, quizás el más grande del continente.

Argael se conformó, aunque seguía molesto sólo de pensar que, pasadas algunas eras, se vería sometido al mandato de un duende mestizo hijo de su más detestado sobrino. Dagus, sin embargo, deseaba dar por zanjada aquella reunión. Debía acudir al encuentro con su hermano para quitárselo de en medio cuanto antes y evitar así que las circunstancias se complicasen más de lo debido. Además, al día siguiente tenía que encabezar la invasión de los pueblos *fééricos* del Este.

—¿Hay algo más, Sagart? —le preguntó a éste.

El sacerdote dudó. Sabía que su señor tenía prisa, pero quedaba un mensaje que era digno de su conocimiento.

—Mi señor: ellos tienen la ayuda de los dioses —resolvió—, y vosotros sois simples humanos.

A Dagus no le agradó aquella respuesta. Sagart, sin embargo, hablaba tranquilo, con los brazos extendidos a lo largo de su alto y esquelético cuerpo. La sangre del sacrificio ya se había secado sobre su piel, volviéndose de un color entre rojo oscuro y marrón.

–Entonces, busca una solución –le ordenó Dagus con severidad–. Tú eres el sacerdote. Si alguien sabe hablar con los dioses, ése eres tú. Así que procura que se pongan de mi lado.

Dagus se levantó de la mesa y su hermanastro Tarbh lo siguió, aunque no Argael, que se había quedado dormido. El señor de Mergalia lo observó con un desdén inigualable, aunque consintió que se quedara allí hasta que despertara de la borrachera. El día que el viejo faltara sería Tarbh, su hijo bastardo, quien ocuparía su puesto como alcaide de las tierras del Norte, aunque todavía debía ganarse el respeto de aquellas gentes. Evidentemente, Dagus tenía planeado deshacerse de su tío en cuanto dejara de serle útil. Y calculaba que no debía de quedar mucho tiempo para eso.

Poco después, Dagus y Tarbh abandonaron el templo mientras Sagart los despedía con parquedad, cerrando la puerta tras ellos. Mientras tanto, no muy lejos de allí, Aruna corría en dirección a la fortaleza, ocultándose tras los árboles. Vestida con su vieja saya sucia y con el cabello mal recogido, jadeaba de cansancio mientras le abordaban unas náuseas que la obligaron a detenerse. Se encontraba tan mal que creyó que vomitaría de nuevo.

Detenida junto al tronco de un fresno, se angustió al pensar en todo lo que había escuchado mientras espiaba a Dagus y a sus hombres en el templo: su hijo, aquel que llevaba ya en el útero, quizás se convertiría en el mayor tirano de la historia de Onhyria si no se lo llevaba de Mergalia. Por un momento consideró que lo más apropiado era deshacerse de él ahora que aún podía: regresaría a su poblado y allí las curanderas le indicarían cómo hacer gracias a sus conocimientos sobre plantas mágicas. Sin embargo, por instinto se colocó la mano sobre el vientre, y entonces la imagen de Jórak de Anshuz le vino a la cabeza: si su hijo era al menos la mitad de justo y noble que él, merecería la pena traerlo al mundo. Presa de la confusión y sumida en la más absoluta desesperación, comenzó a llorar de impotencia. Estaba mareada, cansada, aterrada... Pero debía hacer un último esfuerzo para llegar hasta Jórak y advertirle de que Dagus lo mataría en cuanto lo viese.

De pronto escuchó cascos de caballos corriendo a toda velocidad. Eran Dagus y Tarbh que, indudablemente, llegarían a la fortaleza mucho antes que ella. Al pasar por su lado, Aruna se agazapó lo mejor que pudo junto al tronco para que no la viesen. Después observó cómo se alejaban y se

desanimó, pues ahora que ni siquiera poseía su magia feérica, ¿cómo avisaría a Jórak del peligro? En cuanto se acercara a los muros de la ciudadela, los guardias la interceptarían y la entregarían de nuevo a su captor, a su dueño y señor. Además, aunque llegara hasta allí, el señor de Mergalia le llevaba ventaja, y quizás se encontraría al sacerdote asesinado ya a manos de éste. Lo único que le quedaba de su naturaleza feérica era la manera en que la habían enseñado a rezar a los Grandes Espíritus, quienes tal vez la ayudarían en su empeño. Así que se arrodilló, unió las manos y cerró los ojos, y después suplicó por la vida de Jórak de Anshuz.

Pasaron unos instantes cuando dio por terminada su plegaria. No había dejado de llover y su ropa estaba empapada. Ahora que ya había hecho todo cuanto estaba en su mano, se sentía extrañamente vacía al saber que era el momento de marcharse y que no volvería a saber nunca nada más de Jórak. Él le había ayudado a salir de la ciudadela escondiéndola entre la mercancía de un carro. Después le había indicado que se marchase en dirección al Norte, pues había dejado un caballo para ella atado a un sauce junto al arroyo. Por encima de todo, aquel sacerdote de corazón limpio le había pedido que no se detuviera ni volviera atrás, que se marchara a las Cumbres de los Sabios, en donde estaría a salvo con su hijo. Así pues, con gran dolor en su interior, Aruna decidió avanzar y no fallar a quien había sido su salvador hasta que, de repente, una silueta se desprendió de la oscuridad.

Aruna se sobresaltó, aunque no tenía la sensación de encontrarse en peligro. La figura era la de un hombre vestido con una túnica de sacerdote, y al acercarse la duende descubrió sus ojos rebosantes de nobleza.

—Jórak! —gritó mientras se abalanzaba sobre él para abrazarlo. El sacerdote respondió a su impulso de una forma fraternal mientras Aruna lo apretaba con sus brazos, como si tuviera miedo de que éste fuera a desaparecer si dejaba de hacerlo—. ¿Cómo es que estás aquí?

—No lo sé —respondió él, un poco abstraído—, tuve la sensación de que tenía que permanecer fuera del castillo esta noche. Así que vine a los bosques a refugiarme de la tormenta.

Aruna lo contempló, asombrada. Era evidente que alguna parte de su magia ancestral seguía viva y que ésta había logrado alcanzar a Jórak. Así que, en silencio, dio las gracias a los dioses.

—¿Qué haces aquí todavía, Aruna? —le preguntó aquél—. Deberías estar de camino a las Cumbres.

—¡Dagus quiere matarte! —exclamó ella. Jórak la miró, atónito, como si no hubiera acabado de entender sus palabras, pero Aruna prosiguió—: Me detuve junto al templo al ver que las luces estaban encendidas dentro y que afuera esperaban varios caballos. Dagus se reunió con sus hombres de confianza allí y escuché todos sus planes. Jórak, tienes que marcharte tú también si no quieres que tu hermano te asesine.

Jórak se quedó pensativo por un momento para decidir qué era lo más correcto. No confiaba en su hermano, eso estaba claro. Aunque jamás habría esperado que llegara hasta ese extremo. En parte deseaba quedarse para intentar dialogar con él o, por lo menos, para hacerle frente. Aunque su mente práctica le hizo entender que su muerte no beneficiaría a nadie más que a su asesino. Es más: sólo él podía poner en conocimiento de los Sabios los crímenes que su hermano estaba cometiendo y, por tanto, iniciar un movimiento que frenara su tiranía, promoviendo una alianza entre los pueblos sometidos.

—Está bien, Aruna —concluyó—, me iré contigo. Supongo que ha llegado el momento de tomar una decisión con respecto a Dagus y a sus abusos de poder.

—Pero yo no voy a las Cumbres, Jórak —anunció ella—. Voy a Árguembhork para avisar al gran jefe Abhain Negroboj de que, antes del amanecer, los guerreros de Dagus romperán la tregua sin previo aviso y atacarán a los poblados

—¿Cómo dices? —se sorprendió Jórak, indignado—. ¿Eso también lo han planeado?

Aruna asintió, con lágrimas en los ojos. Se hallaba temblorosa y tenía frío, una sensación bastante desconocida para los *féeros* excepto para aquéllos que, como ella, habían perdido su magia natural. Era obvio que la magia oscura a la que el sacerdote de Dagus la había sometido estaba produciendo en ella efectos muy negativos. Aunque también se planteó que, quizás, fuese consecuencia de aquel accidentado embarazo. Jórak, que se dio cuenta de su malestar, se quitó de los hombros su vieja pelliza de oveja y se la echó a Aruna por encima de la espalda mientras ésta, ligeramente ruborizada, lo observaba con suma devoción.

–Aruna, escúchame –le explicó Jórak–, te acompañaré hasta el caballo. Entonces tú seguirás hasta las Cumbres y yo me marcharé a Árguembhork para hablar con Abhain.

–Iré contigo, Jórak –se negó ella–, no quiero huir sin más. Te ayudaré mientras pueda. Y luego viajaremos los dos juntos a las Cumbres.

Jórak iba a contradecirla cuando, de pronto, Aruna se desvaneció y se desplomó sobre el suelo. El sacerdote, esforzándose por reanimarla, asumió pues que debía llevarla con él, a pesar del peligro que ella correría en Árguembhork cuando las tropas de Dagus comenzaran a aparecer, tan sólo unas horas más tarde. Pero la verdad era que Aruna estaba demasiado débil para emprender sin ayuda un viaje tan largo y complicado. Si enfermaba o se desmayaba estando sola, seguramente moriría antes de llegar a las Cumbres de los Sabios. Y si eso ocurría, Jórak se sentiría responsable.

Por lo tanto, y cargando con la duende sobre los hombros, caminó con paso firme, adentrándose en el bosque, hasta encontrar aquel caballo blanco que los conduciría hasta Árguembhork. Pasados unos instantes Aruna ya había recobrado la consciencia, aunque apenas podía sostenerse erguida. Por eso Jórak la subió sobre el lomo del animal y, después, él hizo lo mismo.

Espoleó al caballo y comenzó a cabalgar lo más rápido que podía, teniendo en cuenta el mal estado de su compañera. Ella iba con el cuerpo y el rostro apoyados en la espalda de Jórak, cogida a su cintura para no caerse del animal, sintiendo el agradable calor que desprendía el humano y oliendo su piel limpia. Entonces, presa de aquel duermevela hipnótico que se adueñaba de ella por efecto del desmayo, se sorprendió a sí misma lamentándose porque aquel hombre al que se aferraba en esos momentos, aquel humano que casi le doblaba la edad, no fuera el padre de su hijo. Después, avergonzada, dispuso esos pensamientos como pudo y cerró los ojos para descansar un poco antes de llegar a los poblados del Este. Cuando se sintió algo más lúcida, continuó contándole al sacerdote todos los detalles que recordaba sobre la reunión de Dagus con sus hombres.

Destino de un pueblo

El impetuoso caballo blanco no se detuvo hasta que los llevó al mismo lugar en el que, algunos días atrás, los *féeros* les habían tendido una emboscada a Jórak y a los hombres de Dagus de Anshuz. Y aunque todo parecía encontrarse en calma y silencio, el sacerdote supo desde el principio que muchos eran los ojos que los observaban.

–Soy Jórak de Anshuz –se presentó, alzando la voz–, vengo de Mergalia y necesito dar al gran jefe Abhain Negroboj un mensaje urgente.

Rápidamente el follaje de los alrededores comenzó a moverse y de entre los arbustos y las copas de los árboles surgieron decenas de *féeros* guerreros que rodearon a los recién llegados, sin apartar sus lanzas de ellos. Jórak, sin perder la calma, se quedó quieto, esperando que los centinelas tomaran alguna decisión.

–¿Quién es la mujer que cabalga contigo? –le preguntó uno de aquéllos. Pero Aruna, que iba medio dormida, no tuvo siquiera fuerzas para mirarlo.

–Es Aruna de los Pantanos –respondió Jórak en su lugar–, hija de Arún de los Pantanos, el gran jefe de los poblados del Sur. Está embarazada y enferma, así que os ruego que la asistáis cuanto antes.

El duende que había hablado se acercó a ella con desconfianza y reconoció sus rasgos no humanos, lo cual le hizo convencerse de que Jórak no mentía. De pronto se produjo un gran revuelo entre los *féeros*, que se debatían entre bajar o no a Aruna de aquel caballo, e inesperadamente una joven hada guerrera se abrió paso entre ellos.

–Dejadlos pasar –ordenó a los demás, que se callaron al instante–, es amigo de mi padre.

Se trataba de Maeror Negroboj, la hija mayor de Abhain. Jórak reconoció en seguida en ella los ojos verdes e intensos del gran jefe. A pesar de su juventud, Maeror era un hada muy resolutiva y apreciada entre los guerreros, y la textura fibrosa de su cuerpo femenino daba buena cuenta de

sus bien acatadas rutinas de entrenamiento. Esa noche se había retirado los rebeldes rizos de su frente con una diadema emplumada.

Puesto que nadie se movía, pues casi todos estaban todavía atónitos por la inesperada visita del humano, Maeror hizo a Jórak un gesto para que la siguiera. Así que éste, sin apearse del caballo, pues todavía no le habían autorizado a hacerlo, se desplazó a lomos del animal hasta la choza del gran jefe, rodeado por un numeroso grupo de *féeros* armados. Sin embargo en el poblado, muy lejos de lo que Jórak esperaba, todas las chozas estaban iluminadas y quizás ninguno de los lugareños dormía. Entonces Maeror, con un gesto algo hosco, ordenó al humano que se detuviese.

–Espera aquí –le indicó–, he de avisar a mi padre.

Jórak asintió mientras la veía alejarse para introducirse en la choza más grande del poblado. A pesar de la tensión que se palpaba en aquel instante, se giró para comprobar cómo se encontraba Aruna, y ésta, que dormitaba apoyada en él, se despertó sobresaltada.

–Tranquila, Aruna –la consoló Jórak–, ya hemos llegado.

Ella, sin entender muy bien qué estaba sucediendo, volvió a dejarse caer sobre la espalda del sacerdote, rendida y agotada. En ese mismo momento Maeror, con gesto preocupado, salía de la choza, en cuyo interior fulguraba la luz ámbar del hogar.

–Mi padre te invita a entrar en su casa una vez más –anunció–, deja aquí a tu caballo y permite que las hembras de nuestro poblado se encarguen de Aruna mientras tú te reúnes con el gran jefe.

Jórak, tras darle las gracias muy comedidamente, ayudó a Aruna a bajarse del animal. Pero al ponerse en pie, la duende se mareó y se agarró al cuello del sacerdote con ambos brazos.

–¿A dónde vas a ir, Jórak? –le preguntó angustiada.

–Hablaré con Abhain –le explicó aquél–, tú ve donde te indique Maeror. Tienes que descansar.

Aruna no parecía muy conforme con aquella decisión. Sintió miedo de que Jórak se marchase del poblado mientras ella dormía y que muriese a manos de Dagus. Pero al final se resignó y se cogió del brazo de Maeror para poder caminar. Poco después, aquélla se alejaba de Jórak sin dejar de observarlo mientras él se adentraba sin temor en la casa de los Negroboj, seguido por varios *féeros* guerreros.

Al entrar allí agradeció encontrarse por fin a resguardo de la gélida lluvia del invierno tardío. Se detuvo en la puerta, de pie, esperando a que el gran jefe le permitiera el paso personalmente. Éste, sin embargo, avivaba las ascuas de la chimenea mientras Lila, su hija pequeña, dormía sobre una estera, en un rincón de la choza. Cuando Abhain logró que la lumbre se hiciera estable, se giró y miró a Jórak con preocupación.

—Asuntos muy graves deben de estar amenazándonos para que te presentes a estas horas en mi casa —le dijo, severo. Después, el gran jefe suavizó su tono y adoptó cierto aire bonachón—. Siéntate, amigo mío. Éste también es tu hogar.

—Gracias, gran jefe —respondió Jórak. Tomó asiento en el mismo lugar que la vez anterior y esperó allí, en silencio, mientras varios *féeros* guerreros, varones y hembras indiferentemente, se sentaban a su alrededor definiendo un círculo que el imponente Abhain presidiría, sin duda. El gran jefe, como siempre, llevaba el torso descubierto y el cabello recogido en dos trenzas que colgaban sobre sus velludos pectorales, aunque esta vez no portaba sobre la cabeza ninguna corona de ramas.

Justo entonces, Maeror cruzó la cortina que cubría la entrada a la choza y tomó asiento entre los demás, muy cerca de Jórak. El sacerdote se dio cuenta de que ésta tenía las mejillas salpicadas de pecas y los ojos más redondeados y grandes que la mayoría de *féeros*, algo que supuso que habría heredado de su madre, pues los de Abhain eran muy rasgados. Además, ahora que estaba sentada, se veía mucho más menuda y joven. Pues claro, ésta no superaba a Aruna en edad. Sin embargo, y Maeror lo sabía, en su rostro permanecía una inamovible mueca ruda, como adquirida tras mucho tiempo de ensayar una expresión facial que la hiciera más respetable. Quizás por esa razón la hija mayor de la familia Negroboj miraba siempre con el ceño fruncido y la boca torcida en un gesto desafiante.

Al descubrirse observada por Jórak, Maeror le clavó sus enojados ojos, y éste, discretamente, apartó la mirada de ella mientras entraban más guerreros en la gran choza. Entonces, cuando ya todos se hallaron sentados en silencio, Abhain se decidió a comenzar aquella repentina reunión.

—En primer lugar, quiero que todos conozcáis a Jórak de Anshuz —dijo, alzando su ronca voz—, primogénito legítimo de Mergalia, sacerdote de las Cumbres y amigo de nuestro pueblo.

Todos los presentes lo escrutaban, recelosos, aunque ninguno abrió la boca para opinar. Jórak entendía perfectamente que, para la mayoría de aquellos *féeros*, él resultara un huésped incómodo, dado su linaje. Pero si el gran jefe se había tomado la licencia de presentarlo ante los demás de aquella manera, debía de ser porque en realidad su origen no les importaba. Él sabía de sobra que, en ese sentido, los *féeros* aventajaban mucho a los humanos al no prejuizar las situaciones y a los demás con la misma facilidad que éstos. Y Abhain, a pesar de todo, evidenciaba ese hecho al confiar en él.

—Y ahora, Jórak, mis generales y yo necesitamos que nos des una buena razón para haber irrumpido de esta manera en nuestro poblado. Aunque te mentiría si no te dijese que nuestro chamán ya había previsto que hoy sería una noche difícil. Así que, ¿tu hermano ya se ha decidido a exterminarnos de una maldita vez?

Tras un breve momento de reflexión, Jórak se aclaró la voz y comenzó a hablar, en tono grave.

—Jamás hubiera perturbado el descanso de vuestro pueblo si no fuera porque vengo a avisaros de algo terrible. Pues bien: vuestro chamán no está equivocado. Mi hermano planea arrasrar vuestros poblados al amanecer. Vine en cuanto lo supe. Dagus pretendía romper la tregua sin más y sorprenderos con sus guerreros.

Las noticias de Jórak sí causaron indignación. Mientras el sacerdote tenía los ojos fijos en el suelo, hadas, duendes y silfos protestaban acaloradamente. El miedo les embargaba, y también la desesperación. De repente, entre todo aquel alboroto alguien más se sumó a la reunión, pasando desapercibido por completo. Tan sólo Jórak se dio cuenta de la llegada de un chamán alto, muy delgado, con la piel tostada y leñosa, parecida a la corteza de un árbol, con muchos nudos y surcos. Se trataba de un ser feérico, aunque no conseguía clasificarlo en ninguna de las especies que conocía. El chamán, además, no tenía cabellos, sin embargo llevaba sobre la cabeza adornos hechos con hojas de roble que parecían simular una melena. Rodeaban sus muñecas varios brazaletes fabricados con semillas, y de su cuello venoso pendían algunos collares elaborados con los mismos materiales. Por otro lado, llevaba pintados sobre el pecho y los brazos varios símbolos de color azul índigo. Pese a su aspecto salvaje, aquel *féero* transmitía

una profunda serenidad a través de las córneas veladas de sus ojos ciegos, y Jórak, por su parte, lo observaba con respeto y curiosidad.

–Bienvenido, Kofu –lo recibió Abhain para acallar las demás voces–, gracias por haber acudido a mi llamada.

Kofu miró al gran jefe, aunque no dijo nada. Casi con sigilo, se sentó junto al enorme duende de cabellera trigueña y esperó a que prosiguieran las conversaciones.

–¿Cómo podemos estar seguros de que este humano no es un espía? –protestó Lago, aquel silfo joven y rubio que Jórak ya había visto en la anterior ocasión.

–Utiliza tu intuición, Lago –lo reprendió Maeror–, ¿es que no te das cuenta de la diferencia que hay entre él y su hermano? Hasta un niño lo notaría.

Maeror y el silfo dieron lugar a una nueva discusión a la que no tardaron en sumarse los demás. Abhain se cubrió la cara con las manos, exasperado, mientras Jórak y Kofu aguardaban, sin hablar. Los *féeros* estaban visiblemente nerviosos.

–¡Callaos de una vez! –ordenó el gran jefe, dando un grito–. ¡Faltan sólo algunas horas para que los guerreros de Mergalia asolen nuestras tierras! ¿Qué hacéis discutiendo entre vosotros?

Abhain Negroboj se mostraba enfurecido, y el silencio que había provocado era tan denso que incluso parecía haberse interrumpido el chasquido constante de la lluvia en el exterior. Tan sólo se escuchaba la respiración intensa de la pequeña Lila, que continuaba dormida en un rincón, ajena a todos aquellos hechos.

–El humano dice la verdad –arguyó Kofu, en tono pausado, mientras jugueteaba con las semillas de uno de sus collares–, conviene que lo escuchéis.

El chamán resultó milagrosamente convincente para todos los que se habían congregado allí, y acto seguido Abhain dio a entender a Jórak que podía seguir hablando.

–Mi hermano no tendrá escrúpulos, utilizará todos sus recursos para colonizar vuestras tierras. Sólo desea someter a los *féeros* al igual que ha sometido a otros pueblos humanos de los alrededores de Mergalia.

—¿Cómo te has enterado de que nos atacarán al amanecer? —inquirió Maeror.

—Aruna espío a mi hermano mientras estaba reunido con sus guerreros —respondió Jórak—, por eso decidimos correr a advertiros del peligro que corríais.

Abhain puso cara de asombro. El gran jefe no había visto a Jórak llegar con Aruna y, por tanto, no sabía que ésta se encontraba en el poblado.

—¿Aruna? —se extrañó. Jórak asintió—. ¿Aruna de los Pantanos? Dagus de Anshuz la secuestró hace varias lunas. ¿Tú la has ayudado a escapar?

—Sí —contestó el sacerdote—, pero aquí no está a salvo, y tampoco en el Sur, junto a su familia. Mi hermano la buscará incansablemente hasta que la encuentre.

Cuando Jórak calló, se formó una nube de murmullos entre los presentes. Ninguno entendía qué trascendencia podía tener, para toda aquella historia, la joven primogénita del gran jefe Arún, la cual en esos momentos dormía en otra choza bajo el cuidado de varias hadas ancianas.

—¿Y por qué un humano poderoso como Dagus ansía encontrar a una hembra duende, joven e inexperta? —preguntó Abhain, desconcertado—. ¿Qué es lo que tu hermano desea de ella? Pensé que la utilizaba como un simple rehén para chantajear a los *féeros* de las tierras pantanosas.

—Hay más, Abhain —prosiguió Jórak—: Aruna espera un hijo de Dagus.

Las caras de sorpresa de todos los reunidos eran indescriptibles ante la noticia de Jórak. Desde el principio de los tiempos, uno de los tabúes más corrientes entre todos los pueblos de Onhyria era la unión entre seres humanos y seres feéricos. Se había especulado mucho en las leyendas y las creencias populares sobre qué desastres podrían resultar de aquella unión de razas. Luego, el sacerdote continuó:

—Mi hermano quiere que ese hijo sea su primogénito legítimo, es decir, que herede el feudo. Además, por derecho generacional ese niño será nombrado rey, y toda Mergalia accederá a la categoría de reino. Dagus también cree que ese hijo, por ser descendiente de la hija de un jefe duende, será quien le ayude a someter a todos los pueblos feéricos.

—Y lo hará —añadió Kofu, de forma inesperada, mientras se rascaba una de las marcas de pigmento de su leñosa piel—, será el peor tirano que conozca Onhyria si se educa bajo la influencia de su padre, dentro de los

muros de Mergalia. Sin embargo, si ese niño crece con su madre escondido en algún lugar lejos de su herencia paterna, se convertirá en el libertador de los pueblos feéricos y humanos sometidos al poder de los Anshuz. Ésa es la profecía que esta misma noche ha sido revelada al señor de Mergalia. Ésa, y también la concerniente a la traición que sufriría a manos de uno de los vástagos de su propio linaje. ¿Ése eres tú, Jórak?

Jórak, atónito por la clarividencia del chamán, asintió, y todos los *féeros* que se sentaban en torno a él se quedaron todavía más tranquilos al saber, gracias a Kofu, que aquel humano había traicionado a su cruel hermano para ayudarlos a ellos.

—Entonces —añadió Abhain—, debemos poner a salvo a Aruna cuanto antes. Hay que impedir que Dagus se adueñe de ese hijo que espera. Pero los bosques de Árguembhork ya no son un buen lugar para que ese niño nazca en ellos.

Se cruzaron miradas de preocupación. Nadie imaginaba qué lugar sería el más seguro para madre e hijo. Nadie, excepto Jórak y, quizás, Kofu, que le cedió humildemente la palabra.

—Pensé que Aruna podría esconderse en las Cumbres de los Sabios —reveló—, Dagus no osaría ofender a los sacerdotes que viven allí, pues tiene miedo de sus dioses.

—Las Cumbres de los Sabios... —reflexionó Abhain en voz alta—. Tengo entendido que la vida allá arriba es dura, pues nieva demasiado. Aunque Aruna es una duende, su naturaleza es fuerte y sabrá cómo adaptarse. Además, si cuenta con el favor de los Sabios, entonces podemos estar seguros que ese niño será un privilegiado. ¿Pensabas acompañarla, Jórak?

—Mi intención era enviarla allí en mi nombre, a escondidas de mi hermano, por supuesto. Le facilité un caballo y algunos víveres para el viaje, aunque me di cuenta de que Aruna está demasiado débil para viajar sola. Sin embargo, yo siento que mi deber está aquí, en vuestro poblado. Siento que debo quedarme para luchar contra Dagus, así que no seré yo quien la acompañe, a menos que no me quede más remedio.

—Pero tú eres un sacerdote de las Cumbres —se sorprendió Maeror Negroboj—, luchar no te está permitido, ¿verdad?

A Jórak no le pareció fuera de lugar aquella pregunta. De hecho, él mismo se había sorprendido al haber tomado la decisión de coger las armas

contra su propio hermano, aunque era consciente de que, a causa de ello, rompería sus votos y, probablemente, los Sabios lo expulsarían de su círculo. Los sacerdotes no debían empuñar armas, y menos aún mancharse de sangre las manos, aunque su vida estuviera en peligro. En cambio Jórak se había dado cuenta de que no le quedaba otra opción.

—Sacerdote —le dijo Kofu—, no estás obligado a luchar. Tu misión es otra para la Gran Madre. Por eso, nadie te juzgará si esta noche te marchas con Aruna y dejas que nuestro pueblo se encargue de la guerra.

—Lo sé —respondió Jórak—, y agradezco vuestra consideración. Pero si me acogiera a ello, no podría evitar sentir que estoy huyendo de mi hermano. Y eso es algo que no haré jamás. Aunque me vaya la vida en ello, le mostraré mi desprecio por su tiranía e intentaré defender vuestros bosques como merecen. Así es como lo quería la Gran Madre, y mi sino, por encima de todo, es honrarla.

La decisión de Jórak fue bien acogida entre los *féeros*. A decir verdad, aquel humano era muy especial, desprendía una energía poderosa y humilde a la vez, y no había miedo en su corazón. Pero él, lejos de enorgullecerse por los elogios de los *féeros*, permaneció en la austeridad del silencio mientras escrutaba a Kofu. El chamán había sacado una pequeña bolsa en la que guardaba sus runas adivinatorias. Extrajo un puñado de ellas y las lanzó suavemente sobre el suelo. Jórak pensó que sus dedos parecían ramas resacas.

Todos esperaban con gran interés y cierto temor las predicciones del chamán. Kofu, en cambio, estudiaba con paciencia la posición de las runas sin decir nada. Nunca lo hacía hasta que terminaba de recibir el mensaje.

—¿Qué has percibido, Kofu? —le preguntó el gran jefe, muy intrigado.

Kofu continuaba observando las runas, hechas con pequeñas piedras redondas y planas, mientras se frotaba la barbilla. Finalmente, alzó la cabeza e hizo a todos la revelación.

—Los guerreros de Dagus lucharán sin piedad. No quieren negociar, sino sólo devastar nuestra tierra. Por ese motivo, los dioses nos conceden su ayuda esta vez.

Aquella frase dejó a todos boquiabiertos. Incluso a Jórak, quien se imaginó que si los dioses se disponían a ayudar a un pueblo, esto se debía a que los acontecimientos que sobrevendrían eran muy graves. Abhain

suspiró mientras se giraba para mirar a su pequeña hija Lila, que dormía apaciblemente, y por un fugaz instante el miedo se reflejó en sus ojos. Entre tanto, Kofu prosiguió:

—Un humano, enviado por la Gran Madre, será crucial para que el encuentro resulte favorable a los seres fééricos.

El chamán hablaba como si no tuviera delante a nadie, aunque Jórak se dio cuenta de que se refería a él. Por lo tanto, Kofu acababa de confirmar que era necesario que él participase en la batalla, sin embargo se preguntaba qué debía hacer para servir de verdadera ayuda a los *féeros*. Quizás ya lo había hecho al correr a advertirles y su misión había culminado.

—El humano ha de quedarse —afirmó Kofu, indiscutiblemente—. Pero Aruna de los Pantanos, la que está gestando al heredero de Mergalia, debe marcharse de aquí esta misma noche. Si no, todo lo que hagamos mañana será en vano.

Jórak se sintió culpable por no poder acompañar a Aruna. La veía tan débil e indefensa que le aterraba que viajara en soledad. Sin embargo, los designios de la Gran Madre lo habían llevado hasta aquella guerra, y no podía faltar a la que era su verdadera responsabilidad.

—Aruna debe partir rumbo a las Cumbres, como propuso Jórak — prosiguió Kofu—, aunque alguien debe acompañarla, por supuesto.

Tras escuchar al chamán, Jórak se quedó más tranquilo. Al parecer sería otro de aquellos *féeros* quien iría con ella durante el viaje, y esa idea era alentadora. Después, Kofu cogió con las puntas de los dedos una de las runas y la examinó mientras todos los presentes permanecían expectantes. Finalmente, habló:

—Maeror Negroboj —resolvió—, tú la acompañarás.

—¿Yo? —se sorprendió Maeror, indignada—. Yo soy un hada guerrera, de las mejores del poblado. Tengo que quedarme a defender mi hogar. Además, es sólo un viaje: puede ir cualquier otro en mi lugar.

La reacción de la hija del jefe comenzó a generar cierta tensión en el ambiente, y Jórak se dio cuenta de que la joven hada guerrera lo miraba con una brizna de rencor en los ojos, como si él tuviese la culpa de que el chamán hubiese tomado aquella decisión. Maeror estaba claramente molesta.

—Hija —le respondió Abhain, en modo conciliador—, si las runas te han asignado esta labor debes aceptarla. Son los dioses quienes han hablado. Y

nosotros, simples *efímeros*, no somos quiénes para cuestionar sus decisiones. Llevarás a Aruna de los Pantanos hasta las Cumbres para ponerla a salvo junto a su hijo, el futuro libertador de los pueblos.

Maeros asintió sin más, reprimiendo una ira atroz gracias a su bien disciplinado carácter. En aquellas circunstancias no discutiría más con su padre ni con el chamán, aunque se marcharía con el orgullo herido y con la sensación de que su talento estaba siendo menospreciado.

—Supongo que ha de ser así —aceptó al final, resignada—. Con vuestro permiso, abandono esta reunión: he de prepararme para el viaje.

—Ve, hija —la instó Abhain—, iré a despedirte cuando terminemos.

Maeros se levantó, cabizbaja y malhumorada, y se dirigió a la puerta sin mirar a nadie, batiendo sus alas con arrogancia. Mientras salía de la choza, Lago, el silfo, no le quitaba ojo de encima. Luego, Abhain respiró hondo antes de continuar.

—Ahora cada uno de vosotros reunirá a sus guerreros. Recordad que es imprescindible que todos estemos preparados antes del amanecer. En cuanto a ti, Kofu, necesitamos toda la ayuda que los dioses puedan brindarnos. Invócalos. Mañana ninguno de nosotros puede fallar. Por el momento, levanto la reunión. Debemos trabajar duro si queremos que el destino nos sonría de nuevo.

Los *féeros* se alzaron rápidamente del suelo y, con gran ajetreo, salieron de la choza. Se respiraba miedo y preocupación, y todos hablaban sin parar, sabiendo que sería una noche ardua y complicada durante la cual casi nadie podría dormir. Cuando la gran choza se vació, Jórak se quedó a solas con Abhain y con el chamán.

—¿Sabes empuñar una lanza, humano? —le preguntó el gran jefe. Jórak asintió, a pesar de que no había tocado un arma desde que abandonó Mergalia, cuando tan sólo era un niño y su padre se empeñaba en convertirlo en soldado. No obstante, se esforzaría cuanto pudiera. Tal vez no conociera las técnicas del combate, aunque las largas caminatas, así como subir montañas y trepar árboles, algo que solía hacer a diario en las Cumbres, lo habían dotado de gran resistencia y agilidad. Abhain prosiguió—: Entonces, lucharás junto a mis guerreros.

El gran jefe puso su basta mano sobre el hombro de Jórak y éste sintió que con él se entablaba una extraña confraternidad, como si ya hubieran

luchado juntos otras veces. Kofu, por su parte, se marchó para hacer los rituales pertinentes con sus aprendices. Abhain despertó a Lila, que protestó para seguir durmiendo, y luego indicó a Jórak dónde se encontraba Aruna.

En el poblado se percibía una gran agitación. Había dejado de llover y olía a barro y a leña ardiente, pues el fuego de todas las chozas estaba encendido mientras varios grupos de *féeros* armados se desplazaban de acá para allá. Los habitantes de Árguembhork, al contrario que los humanos, no practicaban la alquimia de los metales y, por tanto, fabricaban sus armas con madera de encinas sagradas que luego forjaban mediante una magia alquímica, muy antigua, que les confería una solidez bárbara.

Jórak observaba a decenas de guerreros pasando a su lado cuando, de pronto, se cruzó con un grupo de hadas que se adentraba en lo profundo del bosque con todos los niños del poblado. Los más pequeños iban dormidos y sus madres los llevaban en brazos. El sacerdote vio cómo Abhain llevaba con ellos a su hija pequeña y se despedía de ella, dándole un abrazo cálido y largo. Cuando al final se separaron, Lila se cogió de la mano de Lirio Tundragrís, el hada adolescente de cabello oscuro que solía ocuparse de la pequeña Negroboj. Acto seguido, con el corazón roto, el gran jefe contempló cómo su hija menor se perdía en la lejanía, y Jórak, junto a él, se sintió abatido.

Entre tanto, el sonido rítmico de los tambores chamánicos comenzó a intensificarse. Kofu y sus aprendices, que habían prendido una hoguera en el exterior, los tañían, sumidos en un trance que avanzaría con la noche para invocar a los Grandes Espíritus. Además, aquellos ritmos ancestrales incentivaban el ánimo de los guerreros.

Cuando Abhain y Jórak entraron en la choza donde se encontraba Aruna, ésta dormía a pesar del sonido de los tambores y del jaleo de los habitantes del poblado. Un hada anciana se encontraba sentada junto a ella, mirándola con lástima. Jórak la saludó, cortés, y ella le dedicó una sonrisa maternal. Tenía la piel arrugada y leñosa, y el humano se sorprendió al comprobar que, al igual que en el caso de Kofu, la vejez sobre los *féeros* parecía ir poco a poco convirtiéndolos en árboles.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó, arrodillándose junto a Aruna.

–Ha comido y bebido algo –le explicó la anciana–, así que está más repuesta. Lo importante es que no ha vuelto a vomitar. Ahora duerme tranquila, aunque su energía...

El hada dudó. No estaba segura de qué mal afectaba a Aruna, aunque evidentemente ella y los de su especie se habían percatado de que la duende no poseía ya ningún poder feérico.

–El sacerdote de Dagus la maldijo –explicó Jórak, haciendo un esfuerzo por no maldecir allí mismo a su hermano. Tanto la anciana como Abhain se indignaron al escucharle, pero él no contó más. Se inclinó sobre Aruna y le rozó la frente, con delicadeza, mientras susurraba su nombre. Al instante ella abrió los ojos, desconcertada, pero se tranquilizó al comprobar que Jórak seguía a su lado.

–¿Qué ha pasado, Jórak? –preguntó, tiritando de frío. El sacerdote le frotó los brazos para hacerla entrar en calor.

–Tienes que irte, Aruna.

–Necesito dormir –se quejó ella, con la voz quebradiza–, no puedo más. Dejadme dormir un rato.

–No, Aruna –insistió Jórak–, Dagus llegará en cuanto amanezca. No podemos permitir que te encuentre.

Aruna, aunque estaba derrotada de cansancio, se incorporó, muy despacio. El cabello, rubio y pálido, se le había secado junto a la lumbre y ahora lo tenía extendido sobre su espalda. Y su mirada, oscura y azul como el océano, se mostraba apesadumbrada, pues le asaltaba una pregunta cuya respuesta no estaba convencida de querer saber.

–¿Me acompañarás tú, Jórak? –se atrevió al fin. Él se lo pensó un momento antes de responderle y, luego, sintió pena por ella mientras negaba con la cabeza.

–Lo hará Maeror Negroboj –le explicó–, yo debo enfrentarme a mi hermano.

Aruna se lamentó en silencio mientras se abrazaba a Jórak y apoyaba la cabeza en su hombro. Éste, dolido por haber tomado esa decisión, permaneció allí para ella, intentando calmarla. Inesperadamente Maeror entró en la choza, pero al ver aquella escena se sintió fuera de lugar. Y su ceño se frunció más.

–Ya está todo listo, padre –le dijo a Abhain con parquedad–, debemos partir cuanto antes.

–¿Lleváis armas, provisiones...? –le preguntó él. Maeror, como era obvio, ya se había encargado de todo–. Deberíais llevar al caballo con vosotras.

El hada guerrera torció el gesto al oír la recomendación de su padre. Los *féeros* no estaban acostumbrados a domesticar animales para su propio beneficio, por lo que le parecía abominable utilizar al equino con aquel fin. Y Abhain lo sabía.

–Aruna está muy débil –insistió el gran jefe–, si os persiguieran, ella debería escapar, pase lo que pase. Piensa en su hijo. Hazlo por el bien de ese niño, y de todos los demás.

Maeror, resignada, no replicó, así que Abhain y ella salieron de la choza y esperaron a que Jórak y Aruna se despidieran para poder emprender ya el largo camino que llevaría a las dos jóvenes hasta las Cumbres de los Sabios.

–Aruna, escúchame –le dijo Jórak–, cuando lleguéis a las Cumbres pregunta por Ruis, el Sabio, y dile que soy yo quien te envía. Cuéntaselo todo, ¿entiendes? Él te ayudará.

La duende captaba con atención todas las indicaciones de Jórak. Las magulladuras de su rostro habían remitido casi por completo gracias a las curas del sacerdote y se la veía algo más saludable, a pesar de las cicatrices que le quedarían para siempre. Mientras él hablaba, ella se perdió por última vez en sus pequeños ojos del color de las avellanas.

–Me gustaría que tú fueras uno de los sacerdotes que educara a mi hijo. ¿Y si no vuelvo a verte nunca más Jórak? –le preguntó, con el corazón en un puño. Al humano se le hizo un nudo en la garganta.

–Eso puede ocurrir, Aruna –resolvió con franqueza–. Si mañana muero, habré tenido un gran motivo para hacerlo. Y tú deberás seguir adelante, pues somos muchos los que caeremos para protegeros a tu hijo y a ti.

–Sólo deseo que este niño que llevo dentro sea igual que tú, Jórak –le confesó ella, valientemente, mientras se tocaba el vientre con una mano. El sacerdote comprendió entonces hasta dónde llegaban los sentimientos de la joven hacia él–. ¿Me dejarás contarle que tú fuiste su verdadero padre?

–Muéstrale la verdad desde que nazca –le respondió éste, procurando no herirla–. Tiene derecho a saberla y le ayudará a ser quien tenga que ser.

Aruna le sonrió con los ojos humedecidos. A pesar de todo, aquel humano llevaba razón. Así pues, lo abrazó por última vez y él le correspondió, como lo habría hecho un hermano mayor. La duende se percató así de la pureza que había en el espíritu de Jórak y entendió que éste la amaba sin desear poseerla, al igual que a todos los seres de Onhyria.

–Llevará tu nombre, Jórak –le prometió, apoyando una vez más la cabeza sobre su pecho.

–Gracias Aruna –respondió él–, serás una madre increíble. Que los dioses os amparen, a ti y a mi sobrino.

Aruna esbozó una frágil sonrisa al escucharle. Después se separó del humano, dispuesta a despedirse definitivamente de aquél que había sido su salvador. Ambos tenían la clara intuición de que sus caminos no volverían a cruzarse jamás. Luego, la duende cogió la vieja pelliza de Jórak para devolvérsela, pero él insistió en que se la quedara.

–Hará frío en las Cumbres –le explicó.

Mientras tanto, afuera Maeror y Abhain habían terminado de ensillar al caballo blanco que llevaría a Aruna sobre su lomo. Además, Maeror se había vestido a la manera humana, con ropa de montaraz. Los seres feéricos lo hacían siempre que debían visitar poblados humanos. Luego padre e hija se despidieron también, prometiéndose el uno al otro que volverían a verse en cuanto hubiese terminado todo aquello. El hada guerrera supo mantenerse entera y firme, aunque con más dificultad lo hizo Abhain, que no quería que su hija se diera cuenta de lo preocupado que estaba en realidad. Justo entonces, Aruna se reunió con ellos.

–Marchémonos ya –propuso Maeror–, cuanto antes nos alejemos de Mergalia será mejor.

–Hija –la detuvo su padre. Ella se giró, intrigada–. Espera un poco, Yule llegará en seguida.

–¿Yule Tundragrís? –se sorprendió Maeror. Por suerte para ella, la oscuridad de la noche no permitió a su padre darse cuenta de que sus mejillas se habían enrojecido súbitamente–. ¿Por qué lo has llamado?

–Para que te acompañe.

Maeror se encontraba dividida entre la emoción que le producía aquella decisión inesperada de su padre y el desconcierto en cuanto a su descabellada idea.

—¿Por qué Yule? —preguntó con curiosidad—. Hay otros silfos y duendes guerreros en el poblado. Como Lago Imbolc, que es tan buen arquero.

—Lo sé hija, lo sé. Pero Yule es el único de todos que sería capaz de dar su vida por la tuya.

La traición del hermano

Jórak se había vestido como un guerrero de Árguembhork. Se había desprendido de su larga túnica de lana, ya que ésta no le sería nada útil durante la batalla, y en su lugar vestía una prenda oscura hecha jirones que le cubría desde la cintura hasta los muslos, ajustada con un cinturón del cual pendían las armas que se le habían dado. Llevaba el cabello recogido con una cinta, el torso desnudo, cruzado por un carcaj, y las hadas ancianas le habían pintado, como a todos los demás, los símbolos de los Grandes Espíritus sobre el rostro y el pecho con un pigmento de color azul índigo. Después lo habían bendecido según sus costumbres. Jórak había aceptado todos aquellos ritos sobre su cuerpo y su alma, y en poco se diferenciaba ya de cualquier otro *féero*.

Se encontraba tendido en el suelo de la gran choza de Abhain, junto a éste y a otros guerreros. Y, probablemente, era el único que no dormía. “Será mejor descansar un poco hasta que amanezca”, le había aconsejado el gran jefe. Pero su naturaleza humana se lo impedía. Se había colocado lo más cerca posible de las ascuas para no quedarse frío y se tapaba el cuerpo de mala manera con un escudo rectangular de madera de encina y con su vieja túnica de sacerdote. Todavía no terminaba de creer que hubiera roto sus votos para consagrarse a aquella batalla, aunque así era. Ahora era un guerrero y debía luchar por la justicia.

Los tambores de Kofu y sus discípulos retumbaban todavía. Jórak no tenía ni la menor idea de cuánto tiempo llevaban tocándolos ni de cuánto rato más lo harían. Aquel sonido rítmico e hipnótico ya formaba parte de su conciencia, y pasadas algunas horas incluso le ayudó a dormir un poco. Mientras sucumbía al abrazo del sueño se encomendó a sus dioses, les pidió perdón por sus decisiones y les hizo saber que se dejaría llevar dócilmente por sus designios si éstos beneficiaban a los pueblos de Onhyria.

Entonces varios cuernos soplaron en la lejanía y frenéticos bodhranes vibraron a través de los bosques. No había amanecido todavía, pero todos los guerreros se levantaron del suelo y salieron a toda prisa de la gran choza. Las órdenes de los generales se mezclaban con las exclamaciones de unos y otros, y Jórak, que no tenía miedo de morir de una forma violenta, sintió el aguijonazo de la adrenalina en la boca del estómago mientras corría detrás de Abhain y sus compañeros.

Algunos grupos de *féeros* permanecían estratégicamente colocados en los alrededores y sobre los árboles mientras Abhain guiaba a Jórak y a los demás hacia el linde de los bosques. Pronto escucharon el clamor de los guerreros de Mergalia, que se divisaban a lo lejos, cubiertos con pieles de bestias y algunas piezas metálicas con las que se protegían el cuerpo. Éstos empuñaban espadas y hachas de acero, y gritaban como monstruos mientras se dispersaban para comenzar a arrasar el lugar. Sin embargo, los *féeros* pudieron ver en sus rostros un gesto de indiscutible asombro cuando los encontraron preparados para el combate. Acto seguido, comenzaron a atacarlos desde varios flancos.

Los silfos y hadas guerreros sobrevolaban el bosque, ahora convertido en campo de batalla, para luchar con ventaja. Lanzaban con precisión verdaderas lluvias de flechas envenenadas que hacían caer a los humanos al instante. Éstos, por su parte, no dudaron en defenderse por todos los medios posibles, aunque era evidente que sus planes se habían truncado y todos sabían por qué.

Jórak avanzó junto a sus compañeros hasta chocar de frente con varios de los soldados de su hermano. Con ayuda de su escudo, logró reducir a algunos de ellos mientras gritaba con ímpetu. Esta vez no había vuelta atrás: debería defenderse como pudiera, aunque tuviera que mancharse las manos de sangre.

—Tú eres el traidor —lo increpó uno de sus enemigos—, no eres como ellos. ¡Mereces morir!

Jórak de Anshuz jamás había participado en una guerra, sin embargo un instinto visceral de supervivencia lo embargó, dotándolo de una habilidad extraordinaria para la lucha. Por esa razón se defendió sin dudar de varios hombres que lo atacaban a la vez mientras esquivaba las flechas de acero de los guerreros de Mergalia, y por primera vez hundió su lanza en

el vientre de uno de ellos. El hombre lo maldijo mientras se retorció de dolor, y Jórak, aun asolado por los remordimientos, no tuvo más remedio que continuar defendiendo su vida. Había asumido que allí no le serviría de nada la compasión, y prefería no cargar en esos momentos con la culpabilidad que comenzaba a atormentarle por lo que acababa de hacer. Casi sin darse ni cuenta, hirió a otro de sus atacantes, y con cada vez más seguridad en sí mismo fue esquivando las agresiones de cada uno de los soldados que se le acercaban a la vez que los atacaba con las armas que habían sido consagradas para él.

Abhain Negroboj y los demás luchaban valientemente, con una destreza que, a decir verdad, superaba con creces la de Jórak. La batalla avanzaba durante aquellos primeros minutos con ventaja para los *féeros* cuando, de pronto, varias flechas incandescentes cruzaron el aire y se clavaron en los árboles, en la tierra y en la piel de algunos duendes guerreros. El fuego, a pesar de la humedad del ambiente, tenía efectos devastadores en los bosques. Algunos silfos volaban para arrancar las flechas de los troncos justo cuando un majestuoso trueno sobrecogió todo el lugar, precediendo a una impresionante tormenta. Jórak supo en seguida que los Grandes Espíritus la habían enviado en ayuda de sus hijos fééricos, y aquel momento de conexión con la Gran Madre lo impulsó a continuar sin pensar en el cansancio.

Las tropas de Dagus caían bajo la lluvia ante los guerreros de Abhain. Gemidos y lamentos de dolor e ira acompañaban el combate, sumiéndolo todo en caos y desesperación. Aunque, por desgracia, también los *féeros* eran heridos y asesinados por sus contrincantes. Jórak pensó que podría ayudarlos a sobrevivir gracias a sus conocimientos sobre medicina, pero eso lo haría después. Por el momento, tenía que continuar combatiendo.

Pasaron algunas horas desde que había amanecido, aunque el cielo se veía tan gris y llovía con tanta fuerza que reinaba la oscuridad. Los seres fééricos parecían haber conseguido cierta ventaja sobre la contienda: estaban más acostumbrados a la lluvia y veían mejor que los humanos cuando no había demasiada luz. Y aunque a Jórak también le afectaban estos problemas, sin saber por qué se sentía protegido. Tanto sus oraciones como el ritual de guerra que había consumado con el chamán lo habían conectado a los dioses una vez más, y notaba su ayuda y su presencia pues, a pesar de

no librarse de las heridas, todo le salía mejor de lo esperado. Era innegable que él y sus compañeros se encontraban bajo el favor de las deidades.

Los *féeros* eran conscientes de que estaban ganando a sus enemigos, y aquello los estimulaba a seguir mientras que los guerreros de Mergalia peleaban con más rencor y menos precisión, convirtiéndose en rivales menos costosos que al principio. Sin embargo, pronto ocurrió algo que alejó la mente de Jórak de aquella sensación de triunfo: a lo lejos atisbó los cuernos del ciervo macho, ensartados en el casco del tirano. Entonces, mil ideas cruzaron su cabeza. Su hermano estaba allí, a caballo, dándole todo en el combate y luchando con la mayor ferocidad de que era capaz. Dagus de Anshuz, manchado de la cabeza a los pies con sangre ajena, se hallaba bajo el influjo de la peor furia jamás conocida por un mortal. Sembraba la muerte a su alrededor casi sin esfuerzo y avanzaba con firmeza hacia el lugar en el que se encontraba Abhain.

Por su parte, el duende se desenvolvía con éxito, sin percatarse de esto, mientras Jórak comprendía que su hermano sólo buscaba al gran jefe. Ni siquiera creía que se hubiera dado cuenta de su presencia, pues Dagus no podía imaginarse que alguien como él, un dedicado sacerdote de las Cumbres, estuviera participando en aquella contienda, empuñando un arma y venciendo a los soldados más agresivos de Mergalia.

Jórak en seguida intuyó que Dagus se aproximaría al gran jefe, de forma furtiva, para asesinarlo a traición, pues aquella tristemente era la naturaleza de su carácter. Se esforzó por advertir a Abhain, pero su voz era insignificante entre el griterío de la guerra y tampoco podía avanzar hacia él, pues varios soldados de Mergalia se lo impedían mientras observaba de soslayo cómo Dagus galopaba hacia el gran jefe, portando sobre su yelmo las astas de ciervo que lo distinguían del resto de sus soldados, con el hacha de los ancestros asida por el mango y lista para decapitarlo de una sola sacudida. Tenía que impedirlo.

De un impulso derrotó a los dos soldados que tenía delante, clavando en ellos, a sangre fría, la hoja de su espada de encina sagrada. Después, corriendo con dificultad sobre los cuerpos de los que ya habían caído, buscó a Abhain. El enorme duende luchaba con brutalidad y la sangre de sus heridas se había mezclado con los pigmentos de las marcas rituales, ensuciándole el vello y la piel. A pesar de todo, Abhain Negroboj resistía los

golpes y los cortes de las afiladas hojas de acero sin quejarse ni una vez. Animaba a sus guerreros gritando con su ronca voz y esquivaba sin fallar los ataques humanos.

Pero los ojos de Dagus, henchidos de odio, también habían encontrado al gran jefe. Además, aquel caballo suyo corría como el fuego. El hacha de guerra que los distintos señores del feudo de Mergalia habían ido heredando de sus ancestros estaba teñida de rojo y acechaba el ancho cuello del duende, que peleaba de espaldas a Dagus en ese preciso momento. Al arma mortífera apenas le quedaban unos centímetros para segar la vida de Abhain Negroboj, y el tirano ya gritaba de placer cuando, de pronto, Jórak se abalanzó sobre el duende y lo empujó hacia el suelo, de modo que el hacha de Dagus sólo pudo cortar el aire.

—¡Maldito hijo de perra! —insultó el señor de Mergalia a su hermano—. ¿Cómo te atreves a traicionarme así?

La cara de Dagus estaba desencajada de rabia, sus ojos parecían ir a salirse de las órbitas y apretaba las mandíbulas con ira. La altura que le proporcionaba el caballo y los cuernos de ciervo macho que portaba sobre la cabeza le daban una apariencia gigantesca, aunque en realidad era su alma, violenta y sanguinaria, la que provocaba aquella sensación de terrible pavor en quienes se lo cruzaban. Jórak, a pesar de ello, no le tenía miedo alguno. A continuación él y Abhain se levantaron del suelo, tan pronto como fueron capaces, y se pusieron en guardia aun a sabiendas de lo difícil que era derrotar a un guerrero que combatía a caballo.

—No permitiré que te lleves su cabeza —declaró Jórak, alzando la voz—, ni te permitiré seguir sometiendo a los pueblos a tu antojo. Márchate ahora, hermano, si no quieres que ésta sea tu última hazaña.

Jórak permanecía entero y duro, como una roca, con su escudo preparado y su lanza en la otra mano, apuntando a su hermano con determinación: si no se marchaba del bosque, lo mataría. Y Dagus, que nunca lo había visto así de enfurecido, tuvo un leve momento de duda. En realidad siempre había temido que su hermano mayor utilizara la fuerza para poner fin a sus atrocidades, pues éste le infundía mucho respeto. Pese a sus constantes intentos por demostrar que él era el heredero digno del linaje, algo en su interior siempre le recordaba que Jórak era, de los dos, el hermano

más fuerte. Pero finalmente, y avergonzado por sus propios temores, intentó imponerse ante él.

—¿Te atreves a amenazarme? —lo increpó—. ¿Tú? ¿El sabio y cauteloso sacerdote, siempre velando por la paz?

—Contra ti no nos ha quedado más remedio que utilizar tu propio lenguaje —le respondió Jórak. Sabía que Dagus estaba apelando a su ruptura de votos para hacerle flaquear. Mas no lo permitió: había tomado su decisión con plena conciencia, y viviría con ella y con sus consecuencias hasta el final de sus días.

En torno a ellos los guerreros dejaron de luchar. Los *féeros* ya aventajaban a los humanos en número, y éstos se rendían mientras los vencedores no dejaban de apuntarles con sus armas. Además, las ramas de los árboles estaban llenas de silfos y hadas arqueros preparados para dispararles en cuanto hiciesen un mal movimiento. Entonces todos rodearon a Jórak, a Abhain y a Dagus, aguardando en medio de una tensión insostenible a que terminasen la negociación.

Mal que le pesara, el señor de Mergalia sabía que estaba acorralado: podría matar de un solo hachazo al gran jefe, o bien a su hermano, pues esto le apetecía todavía más. Sin embargo, era consciente de que, acto seguido, cientos de flechas y lanzas se cernirían sobre él y jamás volvería a salir de los bosques. Abhain, en cambio, con el gesto tenso y el ceño fruncido, asía su lanza deseoso de poner fin a la vida de aquel humano mezquino y vengar así a todos los seres feéricos a los que éste había asesinado.

—Ya veo que te has convertido en un líder, hermano —prosiguió Dagus—, nunca me lo habría esperado de ti. ¿Ya lo saben los Sabios? ¿Saben que has revocado tu sacerdocio por defender a estos demonios salvajes?

Jórak condenó la ruindad de Dagus, pero sus palabras y su insolencia no lograron irritarle.

—Eso es asunto mío, hermano —contestó con templanza—, y ahora márchate y no vuelvas nunca más por aquí. Pues la próxima vez ya no tendremos ninguna consideración contigo.

Dagus hirvió de rabia al escuchar cómo su hermano le perdonaba la vida ante la multitud. Aquel hecho le hirió el orgullo y lo deshonró delante de todos sus hombres. No obstante, admitió que esa vez le interesaba

conservar su vida, y Jórak, con su honestidad y su gran sentido del honor, se lo estaba sirviendo en bandeja. Siempre lo había envidiado por sus buenas virtudes, por su capacidad para hacer el bien aun sacrificándose a sí mismo. Y entonces una idea perversa lo iluminó.

—Abandonaremos los bosques de Árguembhork —resolvió al fin—, y no volveremos a atacaros nunca más. Desde hoy, gran jefe Abhain, os declaro la paz.

Abhain y Jórak intercambiaron una mirada fugaz. Se habían quedado absortos por la propuesta, aunque no era necesario decir que ambos desconfiaban de Dagus porque en sus palabras se percibía, como siempre, algo turbio.

—A cambio —prosiguió el señor de Mergalia, exponiendo sus condiciones—, sólo reclamo a mi hermano. Deseo que esté de nuevo en su tierra natal. Alguien como él, con sus grandes cualidades, será útil para mi pueblo.

—Jórak no irá contigo —se adelantó Abhain, negándose con rotundidad—, ahora es uno de los nuestros. No permitiremos que te lleves otro rehén.

Jórak se quedó admirado por la intervención de Abhain Negroboj. Había significado mucho para él, pues le enorgullecía ser considerado como un miembro más del pueblo feérico. Mientras tanto, el gran jefe retaba con la mirada a Dagus, como si tratara de defender a uno más de sus congéneres.

—Hay miles de hombres preparados para venir a asolar vuestros poblados si esta noche no regreso sano y salvo a mi fortaleza —los amenazó Dagus con un deje agresivo—, y he de deciros que lo harán igualmente si mi hermano no viene conmigo ahora mismo.

Abhain trató de negarse otra vez, al igual que todos los *féeros*, incapaces de entregar a uno de los suyos ante aquella extorsión. En cambio, esta vez fue el propio Jórak quien tomó la decisión.

—Está bien, Dagus.

—¡No, Jórak! —protestó Abhain—. ¡No le creas! ¡Te matará en cuanto lleguéis a Mergalia!

Pero Jórak, con la cabeza bien alta y la mirada firme, avanzó hacia su hermano, ignorando al gran jefe.

–¿Lo juras por los dioses, Dagus? –le preguntó–. ¿Juras ante los dioses que mi vida no peligrará y que, si me voy contigo, dejarás a los seres feéricos en paz para siempre?

Dagus no respondió. Los dioses le daban miedo, y su hermano también, porque sabía hablar con ellos. El viejo sacerdote, Quercus Tejón, les había explicado cuando eran niños que si se incumplía un juramento hecho ante los dioses, se desataría la ira de éstos.

–Lo juro –pronunció al fin, para asombro de todos. El señor de Mergalia parecía muy seguro de sí mismo. Aunque su juramento causó una gran indignación entre los *féeros*.

–¡No creas nada de eso, Jórak! –exclamó el gran jefe, sintiéndose impotente. Mas ya estaba hecho. Así que Jórak se giró para despedirse de él. Le apretó la mano, como se la habría apretado a un hermano, y le dio las gracias. El duende notaba que la rabia de la injusticia lo quemaba por dentro. En cambio, no podía hacer nada. Él y todos los *féeros* contemplaron con suma tristeza a Jórak, que caminaba hacia el tirano de Mergalia mientras éste, altanero sobre su caballo, esbozaba una mueca triunfal. Jórak depositó sus armas sobre el suelo en señal de lealtad y, después, Dagus y él emprendieron el regreso a la ciudadela.

–¡Escúchame, Dagus de Anshuz! –clamó Abhain en tono amenazante–. Ese hombre que te llevas me ha salvado de morir bajo tu sucia hacha de guerra. Le debo la vida. Así que, si incumples tu juramento, si me entero de que Jórak ha muerto por tu culpa, prepárate para recibir mi venganza.

Dagus, que lo había oído sin detener su caballo, se giró un instante y le dirigió un gesto desdenoso. Después continuó la marcha mientras los *féeros* lamentaban a sus espaldas la decisión de Jórak. El hecho de encontrarse rodeado de ellos y saber que no lo atacarían por miedo a las represalias enaltecía aún más el despreciable ego del tirano.

Continuaba lloviendo, y por todo el bosque se había propagado un silencio sepulcral. Jórak caminaba detrás del caballo de su hermano, herido y cansado, con el cabello y la piel mojados. El agua de la lluvia y su propio sudor habían descolorido ligeramente los símbolos sagrados que llevaba pintados en el torso y el rostro, así que ahora volvía a ser un humano corriente mientras abandonaba aquellos bosques maravillosos que no volvería a visitar jamás. En las afueras esperaban decenas de soldados de

Dagus que le lanzaban furiosas miradas de odio, pero aun así Jórak continuaba erguido y orgulloso de todos sus actos mientras se encomendaba a la Gran Madre.

Cuando ya quedaron fuera de la vista de los *féeros*, Kreing Funestus se acercó a Jórak y le ató las manos a la espalda ante las humillaciones e insultos de los demás mérgalos. Le obligaron a caminar así durante al menos dos horas durante las cuales no dejó de recibir los golpes de castigo del General Escorpión y también de Tarbh de Anshuz, su ruin hermanastro. Pero, a pesar del dolor, no se quejaba, y esto irritó todavía más a sus castigadores.

A lo lejos se veían ya las murallas de la ciudadela y las columnas de humo que brotaban desde diferentes puntos. El aroma de la tierra húmeda comenzaba a combinarse con el olor a metal, a madera quemada y a grasa asada. Era media tarde y estaba empezando a oscurecer. Sin embargo, en lugar de dirigirse a la fortaleza, Dagus ordenó a todos cambiar su rumbo y llegar hasta el templo de la colina.

Jórak sabía que su hermano le había mentado desde el principio y que había jurado en vano. Al fin y al cabo, él mismo había elegido aquel destino conscientemente, convencido de que moriría antes de que cayera la noche. Su hermano lo asesinaría, pero confiaba en los dioses, y ellos harían el resto.

Cuando se encontraron ante el templo, Jórak estaba exhausto, malherido y magullado tras haber sido torturado durante todo el trayecto. Al escuchar todo aquel jaleo, Sagart Auguria, el sacerdote de Mergalia, abrió la puerta y lo miró con una mueca vengativa. En ese instante Jórak sintió verdadera repugnancia hacia él. Después, Dagus se apeó de su caballo y se acercó a su hermano. Lo empujó, haciéndole caer al suelo, boca abajo, y le colocó un pie sobre la espalda mientras los demás guerreros lo insultaban sin piedad.

—¿Dónde está Aruna de los Pantanos? —le preguntó, asestándole una patada en el costado. Jórak apretó los dientes para soportar el dolor, notando que un espumarajo de sangre afloraba a su boca, pero aun así no le contestó—. Bastardo, sé que su desaparición tiene que ver contigo.

Dagus volvió a golpear a Jórak con su bota, esta vez en el rostro. Jórak, que sentía la piel inflamada, cerró los ojos. Todo su cuerpo estaba en tensión preparado para lo que viniera.

—Aruna se encuentra a salvo de ti —le contestó, apenas ya sin voz—. Jamás la encontrarás.

El señor de Mergalia rugió de indignación y volvió a golpearle, una y otra vez, mientras su hermano soportaba el sufrimiento sacando fuerzas de donde ya no las tenía. Entonces, y sin poder reprimirse más, bramó de dolor cuando el despiadado tirano le partió el brazo.

—¿Dónde se encuentra esa perra, Jórak? —gritaba Dagus exasperado—. ¡Si no me lo dices, te mataré!

—Hazlo —respondió Jórak—, un niño que liberará a los pueblos de tu yugo bien merece mi muerte para protegerlo.

—¿Qué pasa, Jórak? —lo provocó Dagus, aludiendo a su último recurso, ya que el dolor y la tortura no funcionaban con su hermano—. ¿Es que hay algo entre tú y Aruna? Pues siento decirte que he sido yo quien ha gozado de ella cada noche que pasó en Mergalia.

Dagus, con la mirada llena de sucia lascivia, levantó la cabeza de su hermano, tirándole del cabello, para que sus ojos se encontrasen. Pero Jórak, a pesar de todo, continuaba irradiando aquella entereza que lo caracterizaba y que Dagus tanto envidiaba.

—¿Y qué ganaste con ello, Dagus? Ella no te ha respetado nunca. Ni lo habría hecho por más que la hubieses obligado a yacer contigo.

—¡Estoy harto de tu palabrería! —estalló de rabia el señor de Mergalia, agarrándolo con más fuerza—. ¡Soy yo quien domina Mergalia! ¿De qué te ha servido a ti tu sabiduría, si te has dejado engañar como un necio al venir hasta aquí?

Jórak suspiró. El dolor comenzaba a hacerse insoportable y sangraba sin parar, y sólo las gotas frías de la lluvia lo aliviaban, aunque en el fondo tenía ganas de terminar ya con aquel asunto. Se había puesto en manos de la Gran Madre por una causa noble, y deseaba que la misma diosa creadora que le había dado la vida hacía treinta eras ahora lo enviara a la muerte y lo liberase al fin del sufrimiento del cuerpo carnal.

—Jamás me engañaste, Dagus —señaló—, me entregué a ti por mi propia voluntad y, además, he logrado lo que quería.

En la magullada cara de Jórak se dibujó una sonrisa de satisfacción que irritó todavía más al tirano, y éste, por un instante, tuvo miedo de que sus

planes hubieran fallado. ¿Qué era lo que su hermano había conseguido al dejarse torturar de aquella manera?

—Mientes, asqueroso embustero.

—No, hermano... —respondió Jórak, sagaz—. Has faltado a tu juramento, has ofendido a los dioses. Y por eso les pido que te sea devuelto justamente todo el daño que has provocado.

Aquello colmó la paciencia de Dagus. Por mucho que maltratara a su hermano éste siempre estaba en posesión de la verdad. Toda su vida lo había detestado, y en aquel momento lo hizo más que nunca.

—¡Cállate de una vez, idiota! —rugió, enfurecido—. ¡Yo estoy por encima de tus dioses! ¡No les tengo miedo!

Pero en ese instante, antes de que terminase de pronunciar aquella afirmación con tamaña osadía, un relámpago cayó ante todos los hombres, partiendo en dos el tronco de un fresno cercano y haciendo brotar el fuego sobre él. Dagus se sobresaltó y observó aquel espectáculo con el pavor impregnando su rostro. Incluso había palidecido. Los dioses acababan de hacer un primer manifiesto de ira hacia su blasfemia. Por eso, rindiéndose a la furia más visceral que jamás había sentido y gritando como una bestia, desenvainó su espada y, sin el menor atisbo de piedad, la clavó en el corazón de Jórak, su hermano de sangre.